

YA VUELVO

Mariela Salaberry





Mariela Salaberry nació en la ciudad de Durazno, Uruguay, el veintiocho de enero de mil novecientos cuarenta y ocho. Vivió allí hasta que, como ciertas muchachas y muchachos del interior del país, fue a Montevideo.

Desde sus veinte años trabajó como periodista, hilvanando las luchas populares de su tiempo; en volantes, afiches, boletines y periódicos.

El destierro la depositó, primero en Buenos Aires y luego en París, donde nació su hija.

Ya vuelvo



**SITIOS DE MEMORIA
URUGUAY**
Un proyecto editorial

Ya vuelvo

Mariela Salaberry

Memorias y resistencias. Vol. 2



2022, Montevideo, Uruguay.

ISBN: 978-9915-9310-1-2

Diseño, edición y composición:
Rodrigo Barbano y Mariana Riso Fernández

Foto de tapa:
Jonas Clementoni

Tipografía: Libre Baskerville. Impallari Type bajo Open
Font License.

EDITORIAL SITIOS DE MEMORIA - URUGUAY

<http://sitiosdememoria.uy>

contacto@sitiosdememoria.uy

Parece a veces que despierto
Y me pregunto qué viví;
Fui claro, fui real, es cierto,
Pero ¿cómo he llegado aquí?

Fernando Pessoa

Para mis nietos

**Me faltan palabras para mencionar a todas las personas que me
han ayudado a escribir lo aquí narrado.
Para ellos, para todos y para mi hija, va aquí un enorme abrazo.**

Varias veces intenté armar un libro. No pude. Hasta que aparecieron dos
hadas madrinas: Mariana Risso y Rodrigo Barbano.
Mientras comenzaron a recuperar historias de las luchas de los años se-
tenta en nuestro país, encontraron mis trabajos y decidieron editarlos.
Verlos en formato libro me produjo un extraño pudor.
Me costó mucho leerlos “con ojos de otro”.
Fue como si salieran de la lámpara de Aladino.

PRÓLOGO

Cuando dios hizo a las muchachas no imaginó que algunas se las ingeniarían para sobrevivir a los desengaños con el espíritu veraz, desprevenido y alocado de su juventud. O acaso le salieron tan imprevisibles que las protegió para que desmintieran a los impávidos y a los agoreros. Los recuerdos de Mariela Salaberry evocan desde la educación religiosa en un colegio de monjas de Durazno en los años cincuenta hasta los tedios de la pandemia del Covid-19, y en cada relato late el mismo brío fresco y audaz.

Estas crónicas y memorias tienen la propiedad de contar un camino personal y expresar a la vez, la trayectoria de una generación que centró su experiencia en luchar contra las injusticias sociales, sobre el entendido de que no hay modo de afirmar la vida propia sino es en solidaridad con los demás. Las aventuras juveniles, el compromiso político, la persecución de la dictadura, la vida clandestina junto a Hugo Cores, quien fue su compañero por muchos años, los exilios en Buenos Aires, París, Brasil, la maternidad, las perplejidades del regreso y nuevas experiencias, despliegan un abanico de circunstancias en que se reconoce la historia colectiva bajo la mirada de una narradora desasida de formalidades, capaz de transmitir las

muchas maneras en que se mezclan el miedo, el grotesco y la comedia, el dolor con el absurdo, la perseverancia y el azar.

Unos textos asumen la primera persona con carácter de testimonio, otros apelan a una tercera persona y nombres ficticios para eludir eventuales daños a la intimidad y ganar distancia en la evocación de los recodos más sensibles del pasado, pero todos esgrimen una luminosa autenticidad, capaz de sortear las trampas de las generalizaciones sobre la resistencia al poder militar que instaló el terror en la vida uruguaya durante doce años. Las luchas populares y el curso del tiempo cerraron el ciclo de esa etapa en el país, y desde entonces un sostenido esfuerzo colectivo recupera la memoria de los años más oscuros con las voces de muchos protagonistas y sobrevivientes. Es en parte el propósito de este libro, que también suma experiencias previas y posteriores en las que Mariela Salaberry reconoce huellas y preguntas sin contestar, se mira a sí misma en los demás, y recupera episodios de la vida cotidiana con agudeza, curiosidad indoblegable y una madura dosis de piedad.

“Me sorprendía que me llamaran por mi nombre” — escribe a propósito de su regreso a Durazno, una vez finalizada la dictadura—. “¿Era, entonces, la misma persona que aquella que nombraban? ¿Quién era la que respondía a ese nombre tan sonoro? ¿A qué persona, de las tantas que fui, le estaban hablando?” Y poco más adelante: “Ca-

minar por Durazno era caminar entre adioses”. La frase resume el espíritu de *Ya vuelvo*, el libro de una caminante que ha comprendido al fin, que el saludo de los encuentros es también el de las despedidas, y los adioses una forma fraterna de andar en el tiempo.

Carlos María Domínguez

Ya vuelvo

Durazno en flor

Somos un grupo de amigas que nos conocemos desde la infancia. Durante la adolescencia, inventamos un grupo que, cuando no teníamos clases ni deberes, nos reuníamos sólo para divertirnos. Muchas veces le tomábamos el pelo a nuestras maestras.

Salvo Rosita Ferrando, la de jardinera, durante la escuela primaria, casi todas nuestras maestras fueron monjas. No así en el liceo, período en que la educación estuvo a cargo de profesores de quienes desconocíamos sus creencias religiosas. La única excepción fue la inolvidable monja Bárbara.

Cuando viví en Calcata, Italia, con mi novio, se me despertó el berretín de escribir de una forma diferente a como lo había hecho desde hacía muchos años. Tal vez la cercanía del Vaticano o algunos programas de televisión en los que participaban científicos, curas y otras personalidades, me trajo a la memoria el Colegio de las monjas. Y me saqué las ganas, comenzando un relato. Luego lo pasé a las que, hasta hoy, seguimos siendo un grupo de diez se-

lectas amigas. En esa época, una de ellas, Estela, fue al Colegio a sacar fotos, acompañando la narrativa con imágenes. La de pájaros embalsamados, nos produjo un común horror.

Fue así como se produjo este trabajo, realizado por el mero placer de contar.

Desde bastante antes de la pandemia, el grupo se reunió varias veces y, desde que apareció el famoso “guasap”, nos saludamos todos los santos días, apenas nos levantamos.

No tenemos las mismas ideas. Nuestras vidas han circulado por distintos vericuetos. Todas lo sabemos muy bien.

Pero la amistad la hemos mantenido, llueva o truene.

Venid y vamos todas

El edificio del Colegio y Liceo de la Inmaculada Concepción de la ciudad de Durazno, ubicado en la calle dieciocho de julio, entre Eusebio Píriz y Monseñor Arros pide, era de construcción sólida. Todavía existe. Ocupa la mitad de una manzana y estaba rodeado por paredes altísimas, tanto como las de algunas prisiones.

En la planta baja funcionaban las clases, la capilla,

la sacristía, el escritorio de la hermana directora, la cocina, el salón de canto (adornado con pájaros embalsamados), dos patios de recreo y los baños. También había un salón destinado a los festejos de celebración de la primera comunión y, cerca de la entrada, la clase de Jardinera, en la que muchas nos iniciamos.

Lo que estaba en la planta alta era algo misterioso. Se accedía por dos escaleras. Una, de mármol blancuzco, iba al dormitorio de las pupilas. Eran niñas que vivían en el Colegio porque sus padres trabajaban en chacras o tambos, en lugares alejados, que siempre añoraban. La enorme inundación del 59, las desesperó. Sentían que no podrían verlos nunca más. Alguna vez nos aventuramos a subir: imposible. Antes de llegar a los últimos escalones, alguna de las monjas, en tareas de vigilancia, nos sorprendía y en lo alto, un cortinado espeso, sostenido desde el techo, cortaba el paso.

La otra escalera, casi siempre cerrada por una puerta de madera empotrada en la pared, era el claustro de las monjas. Estaba prohibido entrar. Nunca lo pudimos traspasar. Ni lo intentamos siquiera.

Un olor a churrasco cerca de la hora del mediodía hacía adivinar que en algún sitio se cocinaba. De esos menesteres se ocupaban las llamadas “chicas de la casa”. Eran compañeras que no podían pagar el Colegio.

Todo el edificio se comunicaba por una galería te-

chada que bordeaba el enorme jardín, vergel de flores y árboles, con caminitos laterales empedrados. Eran caminos umbrosos, perfumados de glicinas, hechas casto túnel en la glorieta herrumbrada del camino central. Por él se accedía a la misteriosa gruta de piedra, con su pastora arrodillada en el deslumbramiento de la aparición de la Virgen de Lourdes.

Los días de celebraciones, formábamos fila en el patio delantero. Si eran fechas importantes había que concurrir de uniforme: pollera de zarga azul marino tableada, camisa y corbata bordada en letras blancas, con la insignia del colegio y buzo escote en V, también azul. Y llevar flores frescas.

Ahí estábamos todas, desde primero a sexto. El bullicio de la formación se acallaba cuando la voz de alguna de las monjas entonaba, decidida, uno de los inolvidables cánticos. Poco a poco, todas la seguíamos con fervor y la fila comenzaba a moverse, cantando a voz en cuello: “Veniiiti vaamos toodos, con floores aa Mariíía, con flores aa Mariíía que maadre nueestra es”. Era el himno a la Virgen algo desfigurado. En realidad, decía “Venid y vamos todos”.

El vaivén del andar lento, la respiración acompañada por el canto, solía producir algunos disimulados bostezos y nos imbuía de un aire angelical. Al llegar a la gruta, mirábamos la estatua de la virgen, hacíamos la señal de la cruz y dejábamos las flores a sus pies. Así durante diez

años consecutivos.

En los días de fiestas patrióticas, se agregaba el Himno Nacional y la Marcha a la Bandera: a veces llegamos a odiarlas de repetir siempre lo mismo y pasar tanto rato paradas, en fila.

Otras veces íbamos a las misas celebradas en la pequeña capilla. El cura, de sotana oculta bajo la casulla ornamentada de pedrería, con dibujos en hilo de oro sobre raso, borlas y puntillas, era ayudado por una monja que balanceaba el incienso: sacudía la impecable campanilla de bronce respondía con jaculatorias en los momentos previstos por el rito. Realizaba las tareas propias de los monaguillos.

Por entonces, salvo el cura, ningún hombre andaba por el Colegio.

La misa era en latín, lengua de la que podíamos repetir algunas frases sin saber su significado: “kirie eleison”, “ora pro nobis”, “ite missa est”, “dominus vobiscum”. Al dominus vobiscum a veces respondíamos “el culo te pelliscum”, dicho entre susurros y risas disimuladas.

En el momento de la consagración de las hostias, guardadas bajo llave en el sagrario (junto con el vino), el silencio debía ser absoluto, a riesgo de caer en pecado mortal. Era el momento culminante de la misa. Arrodilladas y con las manos entrecruzadas en acto de extrema de-

voción, fijábamos la vista en la enorme hostia que el sacerdote elevaba al cielo mientras oraba, para después llevarla a su boca, inclinado, de espaldas a nosotras.

Luego, siempre en silencio, debíamos empezar a levantarnos de los bancos y hacer fila para hincarnos en un largo reclinatorio de madera lustrada, próximo al altar, para recibir las hostias consagradas. La que no iba a comulgar era mirada de reojo. Seguramente había pecado. Solo podían comulgar aquellas que estuvieran en estado de pureza total, previa confesión.

El padre, desde el altar, bajaba hacia las fieles alumnas con el copón de oro en sus manos y repartía las hostias, una por una, luego de dibujar en el aire la señal de la cruz. Las hostias no se podían tocar. Por eso cerrábamos los ojos sacando la lengua para recibirlas, tragarlas sin morderlas, levantarnos y volver a nuestros lugares. Morder la hostia también era pecado. Nuestra relación con ese círculo delgado blanco de harina y agua, hecho por las manos santas de las monjas en unas planchitas de hierro calientes, era crucial.

La hostia, luego de consagrada, era el vivo cuerpo de Cristo. El vino, su sangre. Es un acto ancestral, tomado de la última cena, cuando Jesús comparte el pan y el vino con los apóstoles antes de ser traicionado por Judas. Ese hijo que su padre envió al mundo y se hizo matar para salvar a los hombres de sus pecados. Comer la hostia era tener al hijo de Dios en el cuerpo, que es lo mismo que

tener al propio Dios. Este milagro, piedra angular de la doctrina de la Iglesia Católica Romana durante siglos, no era del todo comprendido por nosotras siendo niñas.

Jardinera

Rosita Ferrando fue nuestra primera maestra. Alta, fornida, el pelo recogido en un rodete bien estirado con horquillas: una simetría perfecta. Vestía polleras largas que ningún viento pudo jamás levantar, ni los de amor ni aquellos ventarrones de invierno que atravesaban la Plaza Independencia de Durazno. Las florcitas blancas sobre colores siempre oscuros dejaban adivinar músculos tensos, bien formados, semejantes a los de un buen caballo de carrera. Siendo por entonces la única maestra que no era monja (pero casi) nunca se supo cómo entró a trabajar en el Colegio. Sin duda por ser católica militante, de la época de Pío XII.

A veces, en el silencio de la clase, se oía un bisbiseo beato que salía de su boca mientras recortaba papeles de colores para hacer manualidades. La tijera corría veloz y precisa en sus enormes manos, movimiento inimitable por ninguna de las niñas de cinco años que con ella iniciamos la escuela primaria. De esas manos salían mágicos farolitos chinos, guirnaldas desplegadas, mariposas coloridas de papel glacé. Para nosotras en esos momentos, Rosita se tornaba adorable, aunque la severidad de su cara traía una suerte de miedo vigoroso, inquietante, como pollera de monja, como volar de murciélago.

Todos los santos días salía con ella de la escuela. Caminábamos sólo dos cuadras, atravesábamos la Plaza Independencia y me dejaba en la esquina de Rincón e Ibiray. Los zapatos bien lustrados, de punta redonda, pulsera al tobillo y barullento tacón ancho, marchaban a paso militar, sin hablar, sin distraer su astuta mirada.

Las baldosas de cemento de la plaza, aquellas que formaban largas guardas al borde de la gramilla, con diseños de triángulos y cuadrados en los que jugábamos a la rayuela, parecían ablandarse bajo la suela de sus zapatos. Me apretaba la mano con mucha fuerza; una garra, propia seguramente de algún ancestro prehistórico que le quedaba. Porque también le encantaban los sapos. Soltarme de su mano para correr hasta casa debe haber sido una de las primeras sensaciones de verdadera libertad que he vivido.

Ese nombre “Rosita”, tan alejado de su imagen y su manera de ser, era realmente un despropósito. Nos tiraba de las orejas, daba coscorriones muy fuertes, nos ponía en penitencia sólo por vernos hablar. Nos tenía bajo absoluto control las cuatro horas que pasábamos con ella. Sus ojos eran verdaderos radares. No se le escapaba nada. Se parecían a los de un pájaro embalsamado enorme que había en el salón de canto. Y usaba bigotes. Naturales, claro.

A la que le tocaba penitencia o tirón de orejas podía saltársele las lágrimas y limpiárselas con uno de aquellos pañuelitos que se guardaban, húmedos, en la manga o

en el bolsillo de la túnica. Ella no se inmutaba. Otras se burlaban a sus espaldas del enojo o quedaban inmóviles, aprendiendo aquellas reglas que se transmiten desde la infancia, de sólo ver y oír lo que le sucede a otro.

Muchas le teníamos miedo. Pocas veces la vimos sonreír.

Era soltera, por no decir solterona. En su casa tenía varios insectarios: mariposas de todos colores y tamaños, pinchadas en perfecto orden, como verdaderos trofeos.

Pero lo peor era el beso de despedida que me daba antes de soltarme la mano: me invadía un olor a clavo de olor penetrante. A veces pienso si no sería pasta de dentista. Cuando el calor ahogaba la ciudad, el clavo de olor llegaba mezclado con el perfume penetrante de su transpiración axilar. Atravesaba el aire con sabor a aceite rancio.

Podría decirse que Rosita, en lo que fue verdadera maestra sin hablar de religión, fue en el “no se hace, no se debe, no se puede”, junto al “se debe, hay que”; esos sutiles barrotes del alma, con guardián y cerrojo que arrastramos durante toda la vida. Después vendrían otros, ya con el humus preparado, donde prendieron las enseñanzas de las monjas.

Así empezamos unas veinte niñas el largo el recorrido por el Colegio y Liceo Inmaculada Concepción.

Los sacramentos

Vuelo hacia aquellos años y recuerdo la primera comunión, en 1955. Tenía siete años. Nos habían dado clases de catecismo para prepararnos. El bautismo y la confirmación se daba a pocos días de nacer. Para semejante evento, la modista nos hacía vestidos blancos de largas enaguas almidonadas, polleras de organza fruncida, puntillas, perlititas, bordados, florcitas rococó. Toca de tul, guantes, zapatos y medias blancas. El cuerpo impoluto a semejanza del alma limpia. Como la virgen. Para ser un vestido de novia sólo le faltaba escote y cola. Ese día nos sentíamos livianas como plumas.

En ese estado volátil de delicada fascinación, formábamos un grupo de arcángeles vaporosos, etéreos, serios, celestiales, inmaculados. En una pequeña bolsita forrada de satén, las estampitas con impresiones en colores suaves, de bordes dorados, con la fecha y nuestros nombres inscriptos en letras también doradas, eran nuestra seña de identidad: la entrada a la feligresía mundial. Abríamos el pequeño tesoro para intercambiarlas, mientras que nuestros padres (ni tan puros ni tan creyentes), tomaban chocolate con plantillas, preparado en el Colegio.

La confesión era un asunto problemático. Daba mucho trabajo. No encontraba palabras, siendo que nunca tuve problemas para hablar. Ese acto de estar arrodillada en el enorme y majestuoso confesionario de madera tallada, con el padre escuchando tras la rejilla y la cortinita ne-

gra, me ponía en un estado raro. Quedaba en blanco.

Me carcomía la curiosidad por saber quién era el confesor; me distraía tratando de reconocer su voz, oteaba intentando ver un detalle de su perfil oculto. No era miedo, era algo más bien incomprensible.

De repente, el cura preguntaba si tenía malos pensamientos. No se me ocurría ninguno. No sabía lo que eran. Alguna mentira sí, sobre todo quedarme con parte del vuelto del monedero de mi madre. Entonces le decía: mentí, robé. Pero tenía la sensación de que no decía todo. Daba la impresión que alguna culpa quedaba revoloteando por ahí. Por las dudas, igual pedía perdón. Una compañera, del miedo que le daba confesarse, se hizo pichí.

El lenguaje con que se nombraban los pecados no encajaban en nuestro vocabulario. Después sí, ya de adolescentes y casi mujeres, sabíamos muy bien cuáles eran y cómo se nombraban los famosos siete pecados capitales.

También el tipo de peligrosidad y su ubicación en algún lugar del universo: infierno para los sacrilegios y los mortales, purgatorio para los veniales, limbo para los que morían sin haber sido bautizados. Pero en la escuela, aún no los habíamos aprendido.

Enigmas

Esa suerte de inocencia e inquietud con la que nos

confesábamos estaba también en nuestras curiosidades. Aquellas personas vestidas de negro hasta los pies, con enormes pollerones ¿usarían bombachas? ¿Enaguas?

Lo que nos comunicaba con ellas era el ritmo de sus cuerpos ocultos, sus ademanes, su forma de tratarnos. Y la cara, enmarcada por una toca blanca apretada, con una moña en el mentón, endurecida, inmóvil por el almidón. Hermética. Una cabeza que parecía asfixiada. De tanto verlas, sus rasgos eran muy expresivos para nosotras. Detrás de la toca, varios paños negros caían hasta los hombros. ¿De qué color tendrían el pelo? ¿Sería corto o largo? ¿Tendrían madre y padre? ¿Dónde y cómo comían? En realidad, ¿comerían?

La alianza de oro que usaban todas las monjas significaba el casamiento con Cristo, el mismo Cristo para todas. Esa forma de poligamia no era pecado. Era parte del misterio, de la fe que no pregunta. Verdaderos enigmas.

Algo extraño y familiar se movía en el paisaje de nuestra infancia. A fuerza de verlas y oírlas, nos acostumbramos. Los niños se acostumbran a todo.

Las nociones de bien y mal, más que a los pecados, estaban ligadas a lo que ocurría durante las horas de clase. Las maestras tenían un repertorio de premios y castigos no muy amplio pero inalterable.

Lucir una escarapela por buen comportamiento, es decir, no hablar nunca en clase, no pedir para ir al baño ni ante la peor de las emergencias, trabajar con prolijidad, contestar con corrección, nunca gritar y hacer con diligencia lo solicitado, era el mejor de los premios. Si además la escarapela llegaba sana y salva para que la vieran nuestros padres, muchísimo mejor.

A fin de año, cuando la mayoría de las notas era Sobresaliente, una foto carnet de las pocas afortunadas aparecía en el Cuadro de Honor. Quedaban todo el año colgadas en el corredor de entrada. Así podían verlas nuestros familiares los días de fiesta.

Esa modalidad de fotografía se inauguró en nuestras vidas antes que la cédula de identidad, una ciudadanía pedagógica algo prematura. La contrapartida para las que no estábamos en el Cuadro de Honor era una sorda envidia, la misma que se desataba cuando a otra le ponían una escarapela.

Los castigos no pasaban de echarnos de clase, mandarnos a sentar al último banco y en algún caso grave, hablar con nuestros progenitores. El resto iba en la libreta de calificaciones, igual que las de la escuela pública. Se devolvía con la firma de uno de ellos, como hasta ahora.

Cada tanto, se hacían los retiros espirituales: eran para meditar, en silencio. A dos o tres de nosotras, por hacer diabluras, nos habían puesto el mote de “los diablos

negros del retiro”, siendo que el diablo (figura maléfica) y el infierno (que nos quemaría vivas) nos producían horror.

Las monjas maestras

Entre las maestras, había monjas dulces, cómplices, cariñosas. Y de las otras.

Con el paso de los años, fuimos capaces de percibir su cercanía por el solo susurro de sus abundantes pollerones negros.

Inventamos sistemas de muecas y señales de alerta. Nos llevó un buen tiempo, pero pudimos adquirir ciertas artes con las que burlábamos algunos de sus andamiajes de captura. Otros todavía nos apresan. El miedo es un bicho precoz.

La de tercer año se llamaba Sor Epifanía. Era alemana. Exhalaba un resplandor de baronesa contrariada. Alta, delgada, de andar ligero y hablar sibilante, movimientos precisos, afilados, recorría la clase a paso vivo y regular con una regla en la mano. Lacónica. Cuando advertía alguna anomalía, nos pegaba fuerte en los dedos. La regla era como un sable. Tenía el poder de petrificarnos, del mismo modo que Sor María Bárbara, que pocos años después fue profesora de inglés en el Liceo. En realidad, ella y Sor Epifanía fueron las únicas monjas alemanas que tuvimos. Las demás eran todas orientales.

Sor Ernestina, la maestra de segundo, era bastante mayor. Su cara era como la de la abuela estampada en las cajas de té Masawate, arrugadita. En invierno muchas veces vestía un saquito negro de lana sobre el hábito. Caminaba con dificultad y le faltaba la falange de un dedo de una de las manos. Decían que se lo había mordido un loco cuando estaba en misión en un salvaje país, del que tuvo que huir. Había venido a protegerse, nada menos que a Durazno.

En su clase viví una de mis primeras humillaciones públicas. En el pizarrón, Sor Ernestina, con su ondulada caligrafía, había escrito incompleta, la palabra ca...a. Le faltaba una "s" o una "m". Había que completar la palabra. Me hizo pasar. Corrí veloz al pizarrón, tomé la tiza, pero en lugar de una "s" o una "m" puse una "c". Apenas terminé, sentí las risotadas de toda la clase, sin entender.

La cara de Sor Ernestina era de furia. Me mandó a sentar en un rezongo, haciendo pasar a otra. Caminé hasta el banco, extrañada. Recién desde allí, leí lo que había escrito y comprendí. La palabra "caca" me acusaba desde el pizarrón. También vi a quien luego de borrar la "c" y poner la "s", al bajar de la tarima, me miraba con aire triunfal. Es el primer lapsus de mi vida que recuerdo, junto a una sensación de rabia y vergüenza. No entendía por qué me había equivocado.

La monja tomó mi error como una falta de

respeto y no me creyó cuando intenté decirle la verdad. Estaba muy enojada conmigo. Días después, al pasar la lista, cuando dijo mi apellido contesté: “Presente, canejo”.

En mi casa se escuchaba un radioteatro después del mediodía..Los personajes principales se llamaban la Chimba y el Tola. Vivían a los gritos. El Tola, cuando en la escuela pasaban la lista, decía: “Presente canejo”. Sospecho que de ahí había sacado la expresión, sin saber qué significaba, ya que no le prestaba mucha atención. Toda la clase se alborotó cuando lo dije y se perdió el silencio necesario al control de asistencia.

Para Sor Ernestina semejante respuesta era un signo de suprema mala educación. Llamó a mi madre. Le dijo que me tenían que dar té de tilo antes de ir a la escuela. Y que no me dejara escuchar la radio. Después mi vieja me contó que por ese motivo, había ido a hablar con el Dr. Santini, médico de familia y él le había dicho que quien tenía que tomar té de tilo era la monja y no yo.

Sor Antonieta debe de haber sido la monja que más quise. Maestra de cuarto año, era muy severa pero de una simpatía y una frescura muy poco común en el Colegio. Usaba unos lentes muy gruesos, culo de botella, que le empequeñecían los ojos. Vivaz, tenía una boca cien veces sonriente y una carcajada alegre, retumbante.

Estando de vacaciones, en casa me hacían ir todos los días a misa, a las siete de la mañana. Yo me ponía un

abrigo, me arremangaba los pantalones del pijama, iba y volvía a la cama. Cuando Sor Antonieta lo supo, llamó a mi madre y le dijo que no lo hiciera más; que las vacaciones estaban hechas para descansar. Así me vi libre de esos absurdos madrugones y pude disfrutar de quedarme en la cama, leyendo hasta tarde. Años después me enteré que dejó los hábitos.

Nos despidió de la escuela, en sexto año, Sor Elena. Era de una delicada belleza que el enojo y la dureza metamorfoseaban en anguloso terror. Su especialidad eran las matemáticas. Las manejaba y nos indagaba con una velocidad inapelable. Alta, delgada, de labios finos, lucía una palidez numérica.

Nos hablaba con crudeza de la muerte. Un día nos dijo que, por las noches, teníamos que imaginarnos que estábamos en el ataúd, muertas. Para aprender que eso, algún día podía ocurrirnos. Traté de hacer el saludable experimento, sin éxito. No conseguía quedarme quieta, por más que intentaba controlar cada músculo de mi cuerpo. Tal esfuerzo consumió tantas energías que el sueño me salvó de imaginarme en un ataúd.

Sor Elena tenía un hermano que le decían “el muerto”. Se parecía a ella, pálido, flaco. Cuando me lo encontraba por ahí, por las dudas, yo cruzaba la calle.

No recuerdo nada de primer año, cuando nos iniciamos en las artes de la lectura y la escritura con el

“ojo ala pala”, “mi mamá me mima”, “el oso asa la masa”, “el oso se aseaa solo al sol”.

Sí recuerdo los juegos de ronda en el gigantesco patio del colegio, lleno de niñas: Sale el sol, arroz con leche, la Rueda rueda. También Martín Pescador, La Farolera, Antón Pirulero, la rayuela, la payana, la mancha.

De túnica y corbata

Íbamos al Colegio de túnica blanca, como todos los niños y niñas de la escuela pública en Uruguay. En lugar de la moña azul, la corbata del Colegio. La inspiración vareliana de fines del siglo XIX pretendía que la túnica, igual para todos, convertiría en iguales a los niños de diferentes orígenes sociales. Es uno de los mitos uruguayos más arraigados.

Había túnicas de crea y de piquet, túnicas bordadas en el cuello, el canesú y los bolsillos, túnicas almidonadas de blanco incandescente, túnicas desplanchadas y sucias, túnicas casi transparentes de tanto uso, túnicas de dobladillos alargados ad infinitum, túnicas remendadas, túnicas con muchas tablas o con pocas, según la cantidad de tela disponible en el hogar.

También corbatas de intenso azul marino y corbatas desteñidas, casi celestes. Corbatas impecables en las costuras y corbatas deshilachadas en las puntas, como las moñas de la escuela pública. Nadie decía nada. Pero el

ojo acostumbrado, a captar las diferencias, atraviesa sin dificultades el vestir escolar.

Don dinero

Esas diferencias provenían de nuestras familias. El cernidor se pasaba fino, evitando las malas juntas. Se trataba de mantenernos en el círculo de elegidos, en el camino que nos llevaría a un buen casamiento, a una profesión prestigiada, a un buen pasar económico.

Eran los otros dioses terrenales que convivían con el reino del dios católico. Sobre todo el dios dinero, con su doctrina de acumulación y ganancia, con sus súbditos y mandarines, con su correlato en las costumbres, en los modos de vida, en los lugares de diversión y hasta en la construcción de las viviendas.

El voto de pobreza, que junto con el de castidad estaba en el estatuto de la Orden de las monjas, no era para nosotras. Castidad hasta el matrimonio sí. Pobres no. Aquello de que “es más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos”, la liturgia del dinero lo ignoraba.

Nuestra vida en ese Colegio de olor a nísperos y glicinas, resuena en la memoria de manera algo clausurada, separada del resto de nuestra vida de niñas; como si no pudiéramos ver puentes entre el jugar a las muñecas, el andar en bicicleta y esa escuela.

El Colegio se prolongaba en los hogares con los deberes hechos con pluma cucharita y tinta azul. Llorábamos de rabia frente a los cuadernos de doble raya, diseñados para que la letra fuera pareja y elegante. Fuimos expertas en sacar borrones con tiza, papel secante y agua jane. Cuando ya el papel estaba por perforarse, arrancar la hoja era el último recurso, desesperado.

Pasamos horas haciendo planas que repetían mil veces, con la letra cada vez más deforme y más agrandada, (para terminar más rápido) la palabra que habíamos escrito con faltas de ortografía. Lo mismo en voz alta, cantando las tablas de multiplicar, la lista de preposiciones, las conjugaciones de los verbos.

Terminada la tarea, era la liberación: salir a jugar a la plaza.

El liceo

En el período del liceo, a pesar de que el Colegio tenía varios profesores laicos, la religión siempre ocupó un lugar privilegiado. Y cambió nuestra manera de vivirla.

La fe, esa confianza ciega en algo incomprensible, nos fascinaba. La creencia en milagros como la multiplicación de los panes y los peces; o Jesús caminando sobre el Mar Muerto, no exigía explicación. El misterio de la Santísima Trinidad, ese triángulo hecho de Padre, Hijo y Espíritu Santo, tampoco. Lo de la paloma era lo más difi-

cil de comprender. Pero no teníamos demasiadas interrogantes sobre cosas tan cercanas como el triángulo padre, madre, hijo.

Pasaron muchos años antes que cuestionáramos la creación del universo hecha por aquel dios todopoderoso. Ese supremo Señor que, en un abrir y cerrar de ojos, había sido capaz de inventar casi todo lo existente: el lunes: la noche y el día; el martes: la separación del agua del cielo; el miércoles: la tierra, las plantas y los árboles; el jueves: el sol, la luna y las estrellas; el viernes: los peces y las aves; el sábado: los animales domésticos o salvajes. Entre los animales, el hombre: macho y hembra.

Y el domingo descansó.

Para nosotras, cuando dios había dicho “Hágase la luz”, en un chasquear de dedos, todo fue luz al instante. Es una historia hermosa, mágica. Más que la del hada madrina que transformó para Cenicienta la calabaza en carroza y los harapos en vestido de fiesta. Semejante dueño del universo sólo podía ser venerado. Y temido.

Artigas, nuestro prócer, con su cara adusta y fría, no nos extasiaba. La gesta libertadora, leída en el librito de H.D., lleno de fechas y batallas, no competía con las coloridas historias de la Biblia, contadas por las monjas. Su existencia, escrita en libros con dibujos de colores, era suficiente para creer en ellas.

La imponencia de la Iglesia San Pedro en la Plaza Independencia de la ciudad de Durazno, con los cuadros del Vía Crucis a lo largo de las paredes, las enormes estatuas de los santos, el Cristo muerto con la corona de espinas y las gotas de sangre sobre su rostro, daban una consistencia pétrea a la doctrina católica.

Ese Cristo estaba en un sepulcro de vidrio grueso, ubicado sobre el ala derecha de la iglesia, a la altura de nuestra mirada. Daba tal impresión de realidad que más de una vez salimos preguntándonos si le habíamos visto mover la nariz o inflar la piel del estómago, por la respiración. ¿Estaría por resucitar?

La venida de algún Obispo, con aquellos ropajes color carmesí y el capelo cardenalicio que ocultaba la tonsura, conmovía a la ciudad. Era el Obispo de Florida, que comandaba la Arquidiócesis de Durazno. Largas colas se formaban para besarle el anillo de oro, con una enorme y redonda piedra preciosa engarzada, sostenido en su dedo gordezuelo, signo de buena mesa.

La liturgia, la doctrina, las prácticas, los edificios, los hombres y mujeres que dedicaban su vida al apostolado, los creyentes a nuestro alrededor, eran suficiente criterio de verdad.

Silencio

Es difícil hablar de fe sin el silencio. Entrar al aire

fresco y la penumbra de una Iglesia, apresa lo sagrado, lo grave, lo trascendental. También el cuerpo. El silencio se oye poderoso y habitado. En silencio se imagina. La respiración se calma, el andar es un desliz. Los ojos bajos encapotan el mundo externo. Sólo permanece el relucir de las velas y la actitud expectante.

Las primeras notas del armonio, colocado en la parte de atrás de la Iglesia y a lo alto, suenan a música sobrenatural. Cuando decrece su intensidad, la voz del sacerdote trasmite la palabra de Dios. Las mantillas de tul ocultan los rostros. El incienso agregaba un toque místico al invadir el aire con su olor penetrante y su textura de nube.

El “más allá” era inasible, pero estaba ahí. Un misterio atrapante que empezó a convivir con nuestros cambios. Empezamos a menstruar y a tener formas de mujeres. Con las hormonas en acción, la Virgen María dejó de ser una estatua venerada en la gruta del Colegio para convertirse en nuestro modelo de mujer. Adquirió otro espesor y consistencia.

Aspirábamos a ser como ella, convocándola ante el más tibio llamado de las tentaciones. Esa mujer que ningún hombre tocó pero que engendró al Hijo de Dios gracias al saludo del Arcángel San Gabriel, recibía nuestras más ardientes plegarias.

Transcribo algo que escribí en mi diario íntimo

de esos años: “Virgen santa, madre de Dios, te pido para que Pepe guste de mí. Me gusta mucho. Pero a él le gusta la Pelusa. Hacé que me quiera a mí. Te pido que me hagas pura como vos, buena como vos. Sin manchas. Te pido mil veces que me conserve en la pureza total, virgencita mía”.

Pedidos desesperados que aparecieron cuando los varones empezaron a ser objeto de deseo. Impetuosos deseos que necesitábamos ahogar, mantener a raya, tratar inútilmente de exorcizar.

Sucumbimos a las caricias escondidas, a los besos, a las deliciosas provocaciones de las penumbras veraniegas. Las confesiones olvidaron la inocencia. Los pecados se agigantaron, cargados de culpa. Los rezos se tornaron más fervorosos que nunca, buscando la salvación eterna, en torturadas horas en la iglesia, deshojando nuestra adolescencia.

El silencio empezó a acompañar los viajes hacia el examen de conciencia severo, al diálogo privado con Dios, a la súplica del deseo y el perdón, las promesas, los agradecimientos.

“Yo pecador...”, “perdónanos nuestras deudas”, “Ave María purísima, sin pecado concebida”, dejaron de ser fórmulas sin sentido.

Los remolinos que nos agitaban necesitaban de

Dios, de la comunión con él. En su compañía, con él en el cuerpo, el dolor se esfuma, no hay soledad. Su bondad y su amor es eterno. En ese estado de abandono, no falta nada. Y siempre hay esperanza.

Inolvidable sacrilegio

Un día, no sé por qué, mi memoria se inundó de un recuerdo de mi infancia.

Había venido de visita a casa el sobrino de unos vecinos italianos, Massimo, muy simpático y desenfadado. En una de aquellas eternas y tórridas siestas duraznenses mi madre había permitido que nos quedáramos con unas amigas a jugar en el living. Massimo era nuestra novedad.

Sentados en la penumbra, muy suelto de cuerpo, Massimo desabotonó la bragueta de su pantalón corto y sacó el pito de la cueva, meneándolo en una suerte de danza extraña, sin más pretensión que espantarnos. Fue la primera vez en mi vida que vi el codiciado gusanito en escena.

Las niñas, muertas de risa, nos enrejamos los dedos en los ojos para poder verlo mejor mientras en voz baja le decíamos: “no, no”, cosa que lo estimulaba a continuar con el meneo. De pronto oímos un adulto acercarse. Fue el desbande.

Jamás confesé el susodicho episodio que vino a torturarme en la adolescencia. Era un pecado terrible que nunca había confesado; había comulgado en pecado: era sacrílega. Estaba fuera del reino del Señor. Nada me protegía.

Sacaba la cuenta de cuantos sacrilegios ya cargaba en el alma. Eran tantos y tan graves que me hundía cada vez más en la desesperación. Iba a misa, pero no comulgaba. Tenía que confesarme, pero no me daba el coraje. Portaba el estigma y la cobardía. “Yo, la peor de todas”, dijera Sor Juana Inés de la Cruz, al ser castigada por el clero. Así me sentía.

Más los días pasaban, mayor el miedo a morir sacrílega. Para peor, la confesión ya era cara a cara, con un cura joven con el que tenía un trato cotidiano y amistoso. Añoré la ilusión de anonimato de las rejillas y la cortina del confesionario. Hasta que me decidí, temblando, a decirle al cura, que me quería confesar.

Mientras me hacía esperar en su escritorio, el coraje que había acumulado a fuerza de miedo, iba disminuyendo. Sin mirarlo, pude balbucear lo ocurrido empapada de vergüenza, apretando las manos hasta el dolor. Me escuchó. Sin asombro, me bendijo, me perdonó, se levantó y se fue. Yo salí livianita, sin la carga de aquella tonelada de lacerantes culpas.

Dragones

Sospecho que nadie imaginaba, al vernos pasear en las tardecitas por dieciocho de julio, el tenor de nuestros juegos de pelota a la hora de los recreos, en el enorme patio del Colegio. La “prisionera”, una antigua versión de *hand ball*, se jugaba con violencia y furibundas ganas de que el cuadro contrario perdiera. Corríamos y tirábamos la pelota con tanta fuerza como en un partido de fútbol. Así gastábamos nuestras energías.

Salíamos de tardecita, con nuestros mejores atuendos, a iniciarnos en ese paseo rumoroso por el que transitaba toda la ciudad; donde los autos circulan con lentitud y las miradas hilvanan amores y vergüenzas.

Los varones, muchos de ellos hermanos mayores, como mariscales de campo, controlaban el ir y venir de sus hermanas y novias. Era el soñado momento del dragoneo. Nuestras miradas eran caleidoscópicas. Aprendimos a mirar como quien no mira. Sentir el cuerpo tenso y aparentar despreocupación. Charletear entre risitas nerviosas y codazos disimulados.

–Ahí viene.

–Lo vi.

–¿Lo viste?

–¿Qué hago?

–Callate.

–Te miró.

–No, no me miró.

Los paraísos de la Plaza Sarandí escuchaban, risueños, nuestra cháchara mientras algún helado se nos derretía en las manos. Eran los helados del Bar Plaza de sábados y domingos, después de la Vermouth de las seis de la tarde, en el Cine Artigas o el Teatro Español.

Lo que ocurría en un par de horas de ir y volver por esas cinco cuadras del centro de la ciudad, nutría las más variadas conversaciones.

En una ciudad como Durazno, pocas cosas escapan a la mirada inquisitiva y al deseo de escudriñar en la vida de las gentes. El chismorreo es una actividad social de primer nivel. Algunas señoras eran diplomadas en tales menesteres. Las teníamos identificadas.

En invierno, como el ritual en boga prohibía que fuéramos a los bailes de los clubes antes de los quince años, hacíamos bailes en nuestras casas. El drama era si se planchaba o no. Planchar nos cubría de vergüenza: ellos no nos miraban, no nos elegían. ¿Qué podríamos tener de feo después de habernos preparado tanto para agradarlos? ¿Por qué Fulana o Zultana baila siempre y yo nunca? No lo decíamos, pero el bichito nos roía.

Con ellos hablábamos poco. Más bromas que otra cosa. Casi todo se jugaba en el saber bailar, en el aspecto físico, en la gestualidad. A veces tímida, a veces audaz,

prometedora, esquivada, rabiosa, provocativa o avergonzada, siempre transmitía. Eran bailes cargados de sensualidad.

Una amiga contó una vez, con el humor que la caracteriza, el operativo codo: cuando nos apretaban al bailar, el codo, rígido como un hierro, se colocaba en el pecho del compañero y lo mantenía alejado hasta que la pieza terminaba. Podíamos bailar carita a carita. Pero de la cintura para abajo tenía que haber luz.

Así empezamos a noviar. Antes de formalizar, iban y venían mensajes de tempranas celestinas preparando el terreno. Luego venía la declaración formal que al joven a veces le costaba tanto como a nosotras dar el “sí”. La fórmula era estoica.

Él debía preguntar: “¿Te querés arreglar conmigo?” Nosotras teníamos tres variantes de respuesta: “Lo tengo que pensar”, “Sí” o “No”. Nada de “te quiero” o alguna palabrita tierna. Eso después.

Yo tuve semanas a mi primer novio esperando con el “lo tengo que pensar”, sólo porque no me animaba a darle el “sí”. Se lo di una tarde, cuando él esperaba en la vereda de casa. Abrí la persiana, lo pronuncié, avergonzada. Y la cerré. Él había pasado cuatro bailes intentando declararse, es decir, un mes.

Las celestinas ya habían tejido el arreglo. Toda la

concurrancia esperaba su declaración. Me sacaba a bailar y enmudecía. Cuando se declaró, la que enmudecí fui yo. Fue un noviazgo de una prudencia extrema. El primer beso robado me hizo salir corriendo, con el corazón a ritmo de twist.

Mis padres nos obligaban a estar sentados en el banco de la plaza que estaba justo frente a mi casa. Duró poco. Un día llegó con un paquete. Me devolvía los regalos que le había hecho. Cuando vi que no se iba, entendí que yo tenía que hacer lo propio. Corriendo busqué los suyos, se los di y nos dimos el adiós.

Adiós

Mentiría si dijera que dejé de acercarme a la religión del Colegio sólo por razones filosóficas o ideológicas. Eso vino después, con muchas preguntas, cuestionamientos, lecturas, líos familiares. Sobre todo, a partir de que, con Juan XXIII y el Congreso de Puebla, la religión católica cambió de manera radical y nos hizo ver el mundo de otra manera, como ocurrió en varios países occidentales. Formamos un grupo de la Juventud de Estudiantes Católicos (JEC) junto a otras muchachas y muchachos de Durazno.

Pero en aquél momento lo decisivo fue que a los dieciséis años, me enamoré. Y moría de ganas de hacer el amor. No todo fue en un abrir y cerrar de ojos. Mi novio, más o menos de mi edad y hasta similares creencias,

sentía tantos deseos como yo. Argumentaba que el cuerpo y el alma eran una unidad. Entonces, ¿por qué tendríamos que separarlos con tanta rigidez?

Yo resistía. Hasta le hice una promesa a la Virgen: me corté el pelo para que él no hiciera el amor con una gurisa que lo rondaba, sin tapujos. Tenía pavor de que me dejara.

Un día, un grupo de amigos nos fuimos juntos de viaje. Le dije a mis padres que iba a un Congreso de estudiantes católicos: una mentira a medias. La idea era salir para el Este, a dedo. Íbamos con muy poca plata. Queríamos salir solos, ver el mar, ir a alguna playa.

Tuvimos la suerte de que nos dejaran a unos kilómetros antes de Punta del Este. Nos metimos en la playa, armamos campamento, comimos, guitarreamos y nos fuimos a dormir entre los médanos. Había mucho viento. Los dos nos acostamos en aquellas arenas finas, tan diferentes a las del Río Yí, con el rumor de las olas y a cielo abierto.

Estaba casi por dormirme, acurrucada, cuando empecé a sentir unas delicadas caricias en la cara y en la cabeza, de una dulzura preciosa.

– Acercate - me dijo, - hace mucho frío, ¿no?

Así, de a poquito, nos fuimos apretando.

Estábamos casi desnudos. Nos acariciamos sin premura. Los dos éramos vírgenes. Empezamos a descubrir nuestros cuerpos, poco a poco.

A partir de ahí, escondidos, estábamos atentos a cualquier oportunidad que nos permitiera hacer el amor. En la azotea, a las orillas del río, a la salida de algún baile o cumpleaños. Estábamos felices. Una noche, me sorprendió un placer inmenso. Fue mi primer orgasmo. No sabía lo que era. Cuando se lo comenté, él rió, feliz.

Entonces, después de todo eso, ¿para qué precisaría a Dios? ¿Ir a confesarme? ¿Rezar penitencias? ¡Qué digo confesiones! ¡Hasta las destrezas de Rosita Ferrando y las beatas oraciones de las monjas quedaron en agua de borrajas!

Mantuvimos el secreto. Durante mucho tiempo creí que era la única de toda la ciudad que había incurrido en semejante audacia. Hasta que, no hace mucho tiempo, charlando de esos años con algunas amigas, me enteré que dulzuras semejantes no solo ellas las habían vivido sino también algunos clérigos e incluso algunos obispos de anillos besados.

Se equivocaba y hacía maravillas

Viviendo aún en Durazno, muchos fines de semana nos reuníamos con una linda muchachada. El cura de la Iglesia San Pedro, muy joven, sentado en la mesa de la cocina de la casa de una vecina (para la época muy adelantada y tolerante), iniciaba las tertulias leyendo fragmentos del Nuevo Testamento. Cuando terminaba, se quedaba de charla con la mujer, escanciando vino tinto de almacén, sin consagrar. En las nohécitas, algunos tocaban el piano mientras otros bailaban al son de algún tango o milonga. Otros rasgaban alguna guitarra. Hasta actores había: eran los que habían creado el pequeño teatro de Durazno y daban funciones los fines de semana.

Para continuar nuestros estudios, algunos jóvenes del interior del país tuvimos que venir a Montevideo. Llegar a la capital fue para nosotros como descubrir el Moulin Rouge. Algunas noches íbamos a las famosas vinerías, donde comenzó el folclore popular. Apretujados alrededor de largas mesas de madera, el vino era el rey. Charlábamos poco. Más bien cantábamos y oíamos cantar. La música era el hilván de nuestros sueños.

Por entonces, nos hicimos novios Pedro Larrique y yo. Empezamos una noche de miradas furtivas y seducidas que nos condujeron a un entrecruzar de cuerpos y caricias, haciendo el amor al oscuro, casi sin terminar de desvestirnos.

No pasó demasiado tiempo y nos fuimos a vivir juntos a una pensión, en la calle Islas de Flores. El madrugón para no faltar a clases, para mí, era obligatorio. Pedro se quedaba en la pensión, bordoneando su guitarra; muy bajito, para no despertar a los demás inquilinos. Que viviéramos juntos, nuestros padres ni se lo imaginaban. Fueron épocas de amor y sexo escondido, hijos de una juventud roquera.

Por las tardes, mis dedos tecleaban (en una vieja Remington) las escrituras de un escribano, allá por la calle Ciudadela. Intentaba no dormirme sentada, aunque a veces cabeceaba. Pedro, ¡vaya dios a saber por dónde andaría!

Una vez, casi como a las cuatro de la madrugada, un quinientos veintiséis casi vacío, se detuvo en la puerta de la pensión, cambiando su trayecto habitual. El chofer, con mucho esfuerzo, tuvo que ayudar a Pedro a bajar del enorme ómnibus. Estaba con una curda celestial. Lo que hasta entonces había sido para mí una sospecha, se confirmó: capaz de disimularlo, mi novio chupaba como una esponja.

El afán de reformarlo fue uno de los motivos que me llevó a sugerir casamiento. Pedro aceptó, quizás ya estando con unas grapas de más. Y así lo hicimos, con una gran fiesta en el club Durazno. Él de traje y corbata; yo con un vestido celeste de broderie, muy escotado. Nos casamos solo por el civil. Nada de iglesia.

Con la promesa de empezar a trabajar y abandonar el líquido elemento, fuimos de luna de miel a Chile. Atravesamos la cordillera de los Andes en un avión de la Fuerza Aérea Uruguaya. Aquellos aviadores, de uniformes muy bien planchados, enamoraban a varias de mis compañeras de estudio.

Así llegamos a Santiago, donde comenzó un largo viaje a dedo, guitarra en mano él, alguna fresca minifalda, yo.

De Santiago hasta Puerto Montt, casi siempre algún camión nos transportaba de una ciudad a otra; desde la mañana hasta la tardecita. Al llegar, buscábamos alguna emisora radial, donde siempre fuimos muy bien recibidos. El locutor nos anunciaba, diciendo que éramos uruguayos que buscaban alojamiento, antes de que Pedro cantara para los oyentes un par de canciones de su folclore oriental, tan diferente al chileno. Luego, esperábamos que sonara el teléfono, por si alguna familia chilena se ofrecía a prestarnos una cama. Se ve que su canto hacía maravillas, aunque en realidad, no era nada del otro mundo, como él creía. Pero lo cierto es que todas las no-

ches, alguien llamaba. Pasaban una dirección y nos esperaban en sus casas, con enorme simpatía. Sin variantes, siempre nos invitaban con café y sopaipillas, cena que se tornó habitual en todos los días que duró aquel viaje. Así fuimos atravesando ese largo y angosto país, muy entretenidos y contentísimos, conociendo las cuecas y otras canciones chilenas, nuevas para nosotros.

Hasta que llegamos a Puerto Montt. Ese día hubo que triplicar las canciones así como los pedidos del locutor de la radio local: nadie llamaba. El tiempo pasaba, lento. De pronto, ya tarde, sonó el teléfono. El chileno de la emisora atendió, siempre amable. Anotó una dirección en un papelito y, muy sonriente, nos lo pasó.

Salimos, camina que te camina por ese bello balneario de hermosas casas y calles muy cuidadas. Pocos transeúntes. Hasta que llegamos a una zona bastante alejada.

Golpeamos una puerta, un poco confundidos. Teníamos la impresión de habernos perdido. Nos abrió una mujer joven, de rasgos aindiados y pelo negro. El lugar parecía uno de esos boliches de campaña: piso de tierra y mostrador de hormigón. Estaba completamente vacío. Nos saludó con cortedad y nos hizo pasar hacia otro lugar donde había una cocina a leña. A su alrededor, varias mujeres charlaban, mientras una de ellas preparaba las ya famosas sopaipillas que, dicha sea la verdad, ya no queríamos ni probar de tantas que habíamos comido du-

rante el viaje.

Finalizado el recibimiento, saliendo de la cocina, una de ellas, muy tranquila, nos condujo hacia un pasaje donde lo único que se veía eran paredes carbonizadas y tirantes de madera a medio quemar, negros. Era evidente que allí se había producido un incendio.

Tratando de no tropezar y en silencio, llegamos a una puerta que se había salvado del siniestro. Era una enorme habitación con dos enormes camas de dos plazas, muy bien tendidas, con acolchados de satén rojo brillante. Unas pequeñas pantallas, también rojas, daban una luz mortecina. Entre algunas cortinas y unos felpudos, manteniendo el color rojo, al sitio sólo le faltaba que apareciera Drácula.

La mujer se retiró. Mirándonos y en susurros, no podíamos contener la risa al darnos cuenta de que aquello había sido un quilombo. Nos despojamos de las mochilas y la guitarra; vestidos, nos echamos a dormir. En realidad, teníamos miedo de contagiarnos de alguna enfermedad. Y, además, estábamos cansados.

Al otro día regresamos a Santiago de Chile, en ómnibus. Desde allí hasta Mendoza. En una camioneta (parecida a esas que llevan a los niños a la escuela), volvimos a atravesar la cordillera de los Andes. En las curvas de los bordes de los peñascos, el temor nos inundaba. Muchas veces, por esos parajes yo me tapaba la cara para no

ver los inmensos fosos que ni se sabía dónde terminaban. Pensaba que nos íbamos a desbarrancar. Nos tapabamos los ojos para no verlos. Así el corazón disminuía un poco los latidos.

Ya en Montevideo, la familia nos prestó un pequeño apartamento de una habitación, living, baño y una diminuta cocina. Tenía un pequeño patio interior, donde alojábamos a un perrito: Vintén se llamaba.

Ni el tiempo que habíamos vivido juntos, ni el casamiento, ni el venturoso viaje de luna de miel, ni la guitarra y sus canciones, fueron capaces de mantener unida a la pareja. La vida se convirtió más en un dolor que en una dicha.

Comenzó el día en que revisando la agenda de Pedro, encontré la foto de una muchacha (con nombre, apellido y número de teléfono al dorso). Estaba vestida con un traje de bailarina de ballet. Ballet de música clásica. Para mí fue como ver una actriz de cine: unas piernas maravillosas y una cintura de princesa. El pecho ni se lo miré, pero imaginé que sería un portento. Era una foto en blanco y negro.

Quedé anonadada. ¿Cómo había sido posible? Guitarreo y folclore no era nada extraño, sobre todo entre hombres. Pero ¿bailarina de ballet?

Justo ese día le había prestado a Pedro mi pequeña

moto roja, por un par de horas. Aprovechando su ausencia, un poco nerviosa, llamé por teléfono a la bailarina. La cité en el boliche de San José y Cuareim, ese que quedaba a media cuadra de la terminal de ómnibus de la ONDA. Inventé una excusa para invitarla a tomar juntas un cafe-cito. La bailarina aceptó, algo extrañada.

Un rato más tarde nos encontramos; sin besos ni abrazos. Cuando la reconocí, me senté frente a ella, le mostré la foto y le pregunté si estaba saliendo con Pedro. La chica dijo que sí, con un gesto algo confuso, mientras con la mano llamaba al mozo para pedir su café. Entonces le expliqué que yo era la esposa de Pedro, es decir, la verdadera mujer. La muchacha entendió y, sin demora, agregó que el aludido le había dicho que ese casamiento estaba terminado.

Para mí ifue una semejante mentira! Pero no dije nada. Quedé muda. Guardé la foto, pagué los cafés, hice de tripas corazón y asentí con la cabeza. Cuando pude articular palabras, le dije a la bella bailarina: “¿Ah sí? Bueno, entonces dejo a Pedro en tus manos”. Me levanté y me retiré, haciéndome la agrandada; tratando de que no se notara lo que era una mezcla de rabia y dolor.

Volví al apartamento. Apenas llegué al edificio vi que la moto no estaba en el lugar que siempre la dejaba. Era un vehículo al que le tenía mucho cariño. A pesar de su escasa cilindrada, usarla me daba una sensación de seguridad y hasta de libertad. Pero ni Pedro ni la moto esta-

ban.

¿Se necesitarían otros motivos para que ese día me pusiera furiosa y descolocada?

Para peor, el caballero tardó dos días en regresar. Esos dos días, esos dos tan simples días, fueron de bronca y de tristeza, de esperas infructuosas, de insomnio, de puertas cerradas y ventanas abiertas, de rabia con el pobre perrito que criábamos en el patio; de desesperación, de desgano, de celos, de odio a aquel insoportable verano.

Ni bien Pedro apareció, se acostó a dormir como un bendito, en pleno día, como si tal cosa. El olor a vino inundaba la habitación. Cuando despertó, lo encaré. Su reacción fue terrible. De pie, con los puños y la cabeza, golpeaba las paredes y el armario de la ropa, los ojos exaltados. Parecía que se había vuelto loco. Tuve miedo. Me escapé a la casa de una de mis hermanas, siempre dispuesta a ayudarme.

Un día, cuando percibí que él no estaba, veloz, regresé. Hice cambiar la cerradura de la puerta de entrada y liberé al perrito, que ladraba como loco, muerto de hambre. Y regresé a lo de mi hermana otra vez. Permanecí unos meses allí. En ese período no lo vi, por suerte. Ni lo quise ver. Pasado un tiempo prudencial, regresé, tratando de llevar una vida normal. Hasta que un día él llamó por teléfono. Dijo que me quería ver, que no podía vivir sin mí.

Seca, le respondió que estaba atravesando una gravísima enfermedad, algo así como un cáncer. Fue la única manera que encontré para mantenerlo lejos, bien lejos. Él no dijo nada, tal vez por el asombro. O de puro susto. Y así cortamos la comunicación. No me sentí feliz. Sí, más tranquila. No hubo más llamadas.

Unos meses después, de pura casualidad, lo encontré por el centro de la ciudad. Charlamos en la vereda, justo frente a un hotel al que a veces íbamos, cuando éramos novios. No tardó en invitarme a pasar la noche con él. Varias respuestas negativas no lograban detener su insistencia. “Solo por unas horas”; “Para charlar un poco, no más; sólo por unas horas”, repetía.

Las respuestas fueron todas negativas, rotundas. Hasta terminar con un adiós que marcó, entre nosotros, una distancia más grande que nunca.

Y ¡al diablo con el mundillo de las vinerías, el folklore y el Moulin Rouge!

Ya vuelvo

Kurt Wilckens

Fue una fiesta de alquilar balcones.

No faltaba casi nadie de la vieja guardia setentista; aquellos que compartieron alegrías y fracasos, ideales y penurias. Esos que, a pesar del paso del tiempo, hasta hoy se reconocen por su forma de hablar, por sus maneras de caminar, sus guiños y ademanes; hasta por sus manías.

Muchos de ellos ya no están. Otros, vaya uno a saber por dónde andarán. Como tantos orientales, no sospechaban que estaban viviendo los preámbulos del golpe de Estado en Uruguay.

El encuentro había sido organizado en homenaje a un viejo anarquista alemán, Kurt Gustav Wilckens, pacifista, gran lector de Tolstoi. La inolvidable película argentina “La Patagonia rebelde” cuenta su historia. Es posible que quienes la vieron no la hayan olvidado. Osvaldo Bayer también hizo un pequeño film donde narra su vida. Fue exhibido en el Cabildo de la Plaza Matriz de Montevideo, hace pocos años.

La fiesta se realizó en un amplio galpón, bien iluminado. Había una enorme mesa de tablonos sostenidos por caballetes, cubierta por un par de manteles de hule. Estaba repleta, con todo tipo de manjares: pascualinas, tortas de fiambre, buñuelos, papas fritas.

Hombres y mujeres charlaban, animados. Poco a poco se iban sumando más y más personas con botellas de vino, refrescos y paquetes de comidas. Las dejaban sobre la mesada de la cocina, donde dos muchachas las cortaban en trozos pequeños.

De pronto, una de ellas tuvo el presentimiento de que iba a llegar la cana. En realidad, más que un presentimiento, le pareció haber visto entrar a un hombre que había sido Cabo del ejército en su pueblo natal. Sin imaginar que podría ser reconocido, entregó un paquete, envuelto en papel de estraza un poco engrasado.

La joven nunca supo de qué manera había ido a parar a Montevideo. ¿Algún oficial lo habría traído en un camión o en uno de esos jeeps verdes de los que por entonces transitaban por las calles? De lo que sí tuvo evidencia científica fue que lo reconoció, a pesar de que se había dejado el bigote y de que era muy posible que ya fuera adicto a la obediencia debida.

Vestía pantalón vaquero y camisa. Y daba la impresión de que le hubieran hecho la croquiñol, de tan ondeado que tenía el pelo. Cuando, con una sonrisa benévola,

acercó su paquete, se notaba que fumaba muchísimo: tenía los dientes teñidos de color chocolate.

La muchacha, inquieta, le dijo a su compañera: “Tenemos que irnos. Acá van a llegar los milicos. Avisale a los demás y vámonos”. Dejó lo que estaba haciendo, tomó su abrigo y esperó, mientras la otra pasaba la alerta a una de las jóvenes que estaba en la cabecera de la mesa, limpiándose la boca con una servilleta.

Al salir hacia la parada del ómnibus, dejaron entornada la puerta de la cocina y se fueron. Estaba anocheciendo.

De pronto, vieron la luz de un taxi libre. Le hicieron señas, pero el auto se esfumó.

Continuaron esperando. Cuando el boliche de enfrente estaba por cerrar, salió de la fiesta un muchacho, muy inquieto. Miraba para todos lados, con cara de gato asustado. Había sido uno de los trabajadores despedidos de una fábrica textil que, en ese momento, estaba en huelga.

Al ver a las dos jóvenes se les acercó. Sin decir agua va, le dio a una de ellas un objeto empaquetado en papel de diario.

—¿Qué es esto?, preguntó la joven.

—Un petardo. Guardámelo. Está por llegar la cana

– respondió, un segundo antes de pegar el raje.

La luz de una de las ventanas del bar iluminaba parte de la vereda. A la otra, ya le habían bajado las chapas de la cortina de enrollar. Casi corriendo, con muchísimo miedo, las muchachas cruzaron la calle y entraron al boliche.

–Manolo, guardanos esto, por favor – dijo una de ellas al dueño, que ya estaba cerrando la caja. - Mañana lo pasamos a buscar.

El gallego, tranquilo y confiado, puso el petardo debajo del mostrador y siguió en lo suyo.

Ellas, sin esperar ningún taxi, huyeron a través de las calles sinuosas que las alejaban de la ancha avenida.

Al poco rato, llegaron tres jeeps del ejército. Doce soldados, metralleta en mano, bajaron como si los persiguiera un feroz animal y entraron al galpón a donde se hacía la fiesta.

Ya no había nadie. El lugar estaba vacío. Fiesteras y fiesteros habían logrado escapar, saltando por un muro bastante alto que había en un espacio abierto, a los fondos del galpón. Con ellos huyó también el Cabo.

Al único que se llevaron, como si fuera un mosquito prisionero en una telaraña, fue a un chiquilín de dieciséis años. Estaba tan concentrado mientras preparaba

cócteles Molotov, que no había escuchado la alerta.

¡Pobre muchacho!

Sobre él cayó el odio que el fracaso de aquél operativo había provocado. Ni siquiera se les pasó por la cabeza que el Cabo infiltrado había sido el origen de su malograda hazaña.

Sobre la enorme mesa quedaron botellas y vasos vacíos, unos platos con ravioles y unas manoseadas papas fritas.

También quedó, bien extendida, una bandera roja y negra.

Ya vuelvo

Peripecias rioplatenses

Lo que se dice suerte

Allá por el año setenta y tres, poco antes del golpe de Estado, en Montevideo el miedo ya se colaba por todas las rendijas.

En el primer piso de un edificio cerca del centro, vivía Marta. Tendría alrededor de veinte años. Pegado a la puerta de entrada, había un kiosco. Allí compraba, casi todos los días cigarrillos negros, sin filtro, La Paz Suave, como muchas de las jóvenes de su edad en esa época. Un día, bastante nerviosa, sin dar mucha vuelta, le dijo a la dueña del kiosco que, como la cosa estaba fea por el lado de los milicos, si veía algo raro en los alrededores le avisara. Marta sabía que la señora era del Frente Amplio. Pero no mucho más.

La mujer ya la tenía calada. Para esas cosas tenía un olfato muy fino. Marta era la pinta del militante estudiantil de la época: montgomery negro, pantalones vaqueros, pelo largo con flequillo. En esa breve conversa-

ción, la señora le contó que tenía un hermano preso por tupa en el Hotel cinco estrellas, como algunos le decían al Penal de Libertad. Así que no le sorprendió lo que Marta le dijo, aunque de política hablaban poco y nada.

El pedido de la muchacha pareció premonitorio. A los pocos días cayeron los verdes y entraron al edificio. Dejaron afuera a uno de particular, junando en la vereda. Dos por tres lo cambiaban, pero movimiento militar desde la calle no se notaba.

Cuando la mujer los vió, como una autómatas, con tremendos nervios, empezó a arreglar los estantes. Cambiaba las cosas de lugar sin necesidad; hacía como que acomodaba paquetitos de caramelos, chicles, hojillas de tabaco. No sabía en qué apartamento habrían entrado.

A eso de las cinco de la tarde apareció Carmen, la muchacha que cuidaba los nenes de otra familia del edificio. Tenía la costumbre de pasar por allí cuando terminaba de trabajar. A esta sí la conocía muy bien. La había recomendado como niñera. Era una botija del barrio adónde ella vivía.

Compró unos caramelos. Mientras Carmen pagaba, le preguntó qué sabía. Carmen dijo que estaban en el apartamento ciento uno, justo el de Marta. Ella también estaba muy nerviosa y se fue volando.

La kiosquera estuvo un buen rato sin sacar los ojos

de la vereda, rogando a Dios y a todos los santos que Marta apareciera antes de cerrar. Sin dejar de relojear al tira que, aparentemente, permanecía tranquilo, pensaba cómo iba a verla, cómo iba a llamarla para prevenirla, qué le iba a decir.

De pronto, la vio llegar en su motito. Estacionó en la puerta del edificio, sobre la ancha vereda. Venía apurada, buscando las llaves en la cartera. La mujer le chistó. Pensando “ahora o nunca”, le hizo señas con una mano. Con la otra, como sin apuro, agitó un cartón de La Paz Suave, asomándolo por la ventanilla. La muchacha se acercó. Antes que Marta abriera la boca, amparada detrás del cartón, le dijo:

–Acá tenés lo que me encargaste-. Y mientras se lo daba, susurró: - Andate, están en tu casa.

–Pero yo no te encargué un cartón- respondió Marta.

La mujer pensó que la chiquilina era medio abombada. La miró fijo, le incrustó los La Paz Suave en el pecho y repitió:

–Andate, nena.

Esta vez, Marta no rehuyó la mirada. Quedó petrificada. Sin agarrar los cigarrillos, no tuvo mejor ocurrencia que decir que no tenía plata para pagarlos. La mujer quedó absolutamente convencida de que Marta era estúpida. Insistió:

—Te digo que están ahí. Andate ya mismo. Agarrá esto, ya me los pagarás, no importa.

Marta pareció reaccionar. Agarró los puchos y dio la media vuelta. La mujer siguió vigilando la calle mientras se puso en la boca cuatro caramelos Zabala, esos de dulce de leche que tenía prohibidos por ser diabética. La muchacha empezó a caminar como si tal cosa. Guardó el cartón en el canasto de la motito con una lentitud pasmosa. Montó y se fue, olímpica. El tira quedó quieto donde estaba. No se dio cuenta de nada. La mujer suspiró tranquila. ¿Tranquila?

Marta se detuvo en uno de los primeros teléfonos públicos que encontró y llamó a la casa de su hermano. Pensó que se salvaba si se iba a lo de su madre, que vivía en un departamento del interior. Cuando el hermano la atendió, le dijo que se iba al día siguiente en la Onda de las seis de la mañana, sin mucho comentario. Entre ellos, hablar así era cosa frecuente.

Le respondió un silencio prolongado. Ella se enojó. Hasta que el hermano le dijo que todo lo que hablaban por teléfono lo estaban escuchando y cortó. Demoró en colgar el tubo hasta que, poniendo otra moneda, llamó a una compañera. Pasó el aviso del allanamiento para que nadie fuera a su casa y salió disparada a buscar refugio. La cana estuvo ahí varios días, esperándola. Un día, desaparecieron.

Marta terminó en la casa de la calle Larrañaga, conviviendo con la familia Michelini. Margarita era compañera de militancia. Pocos días después tuvo que irse para Buenos Aires, su primer exilio. No quería. Lo discutió hasta el cansancio. Pero no hubo alternativa. Su madre vino a despedirla. Le trajo algunos pesos y unos pañuelos blancos, bordados a mano con una Z y una M.

Tomó el Aliscafo por Colonia, muerta de miedo. Iba de pinta, con un tapado evasé de pana cotelet azul que hacía poco se lo había hecho, a medida, una modista. Pantalones finos y un par de botas negras bien lustradas. Llevaba un portafolios de cuero blando, también azul. Y una cartera grande color miel. En la cola de ida, en Colonia, se cruzó con un compañero que venía de vuelta hacia Montevideo. Se miraron como para saludarse pero todo quedó congelado en la mirada alerta.

Luego que pasó la aduana sin problemas, la tensión aflojó un poco y el viaje se hizo largo. Lo acertó una rabiosa tormenta que sacudió al Aliscafo para todos lados. El agua golpeaba con fuerza los ventanales y Marta, en su interior, no paraba de maldecir. La gran siete, pensaba, ¿será que me voy a morir ahogada en este barquito de mierda? ¿Justo ahora? ¿O volverá para atrás?

El aliscafo siguió, orondo, su ruta y cuando el altavoz anunció la proximidad de llegada a puerto, otra vez se le prendieron las antenas. El miedo puede hacer de una persona un buen actor. Caminó con aparente tranquili-

dad, esperó la salida, conversó, simpática, con unos gurisitos inquietos que viajaban con sus padres. Y pasó la aduana.

Durante el viaje iba pensando si alguien la iría a esperar. Sabía que el Flaco Pérez ya había tenido que cruzar el charco, pero no tenía idea si le habrían avisado. Ya se imaginó sola. No conocía Buenos Aires, no sabía adónde ir.

Mientras hacía la larga cola de Migraciones, miraba hacia donde un montón de gente esperaba amigos o familiares. De pronto vislumbró, atrás del gentío, al flaco Pérez. ¡Qué suerte! Le avisaron. Me vino a esperar, pensó.

El Flaco se mantenía a distancia. Fue un encuentro raro. Había alegría pero también tristeza. Venía con mucha rabia.

Todavía era de día. Tomaron un taxi y se fueron a un boliche para intercambiar noticias, quereres, lo que viniera. Sobre el tiempo no hablaron. ¿A quien podía importarle?

Marta contó que al venirse había cortado con Andrés, su compañero desde hacia un par de años. En realidad, ni tiempo había tenido de hablar con él, pero necesitó decirlo para amortiguar el dolor de la partida. La contundencia con que argumentaba era poco confiable para el Flaco, que la conocía muy bien. ¿Sería tan así?, se pre-

guntaba. No dijo nada.

Sentados ahí, en la mesa del bar, Marta preguntó:

–Bueno, contame, ¿qué hacés acá?

En la inmediatez del boliche, el mozo preguntó qué querían tomar.

–Café con leche. Con bizcochos.

–Facturas, compañera, facturas no bizcochos-, le dijo el Flaco, en voz baja, riéndose. Trasmitió el pedido al mozo. Ella, con cara de culo, como escupiéndolo, agregó:

–Que sean saladas, por favor. Y volviéndose hacia el Flaco, reiteró, acodada en la mesa, con la mano en el mentón y aire de suprema atención:

–Contame.

–Mirá-dijo el Flaco, escribo. Artículos para un diario argentino, sobre Uruguay. Y sobre Argentina para un diario uruguayo. Lo que se está viviendo acá, en la Argentina, es apasionante. No sabés lo que es el empuje de la gente. La venida de Cámpora, ahora, en mayo.

El mozo lo interrumpió al poner sobre la mesa el café con leche y las facturas.

El Flaco era un tipo tranquilo. Tenía algo de pescado en la cara. Esperó. Pero hablar de la euforia argentina lo hacía muy locuaz, los ojos le brillaban, se erguía en la silla, gesticulaba, quería contarle a Marta cómo estaba vi-

viendo aquella época maravillosa para él.

Marta, que había empezado a tomar el café con leche, medio atorada, lo interrumpió:

–¡Qué asco este café con leche! Parece jugo de paraguas. ¿Vos tomás todos los días esta porquería?

–No. Tomo mate - contestó el Flaco.

–¡Ah, sí! Yerba con palos. ¡Cómo no me acordé de comprar un paquete de yerba antes de venir!

Pasando por alto la impertinencia, el Flaco continuó:

–Mirá, la que se viene acá es imparabile. Es una verdadera revolución. Son los sueños de la gente más pobre, los descamisados, los cabecitas negras. El peronismo tiene eso.

– ¿Ya aprendiste a tocar el bombo?

–¿Qué te pasa, ché? No le veo la gracia.

–¿Que qué me pasa ? No quiero estar acá, Flaco.

Eso me pasa.

Él entendió que no andaba por el mismo carril que Marta. Así que empezó a tomar su café y no dijo nada. Pero ella le daba conversación.

–Sí, ya sé. Dos pasos adelante y un paso atrás; allá en poco tiempo los milicos se van y en unos días más cae el capitalismo mundial, bla, bla, bla. Te lo voy diciendo

desde ya: yo, en cuanto pueda me vuelvo. Decime, ¿dónde voy a vivir? ¿En qué se puede trabajar acá?

–Bueno, por esta noche te podés quedar en la pensión donde yo vivo. Hay dos camas. Mañana buscamos otra cosa. Y laburo, no sé. El Peludo está de barman en una boíte de Barrio Norte. Dice que precisan una muchacha en la ropería.

Por primera vez en esos días, Marta soltó una auténtica carcajada:

–¿El Peludo de barman? No te puedo creer. Si los únicos cócteles que sabe hacer son los molotov. ¿Barman? La risa le entrecortaba el habla.

–¿Y yo en la ropería de una boíte? ¡Insólito!

Cuando ella se largaba a reír, contagiaba hasta a las piedras. Estuvieron los dos riéndose, cómplices.

–¿Cuánto pagan? - preguntó Marta, secándose las lágrimas.

–No hay sueldo. Te ganás las propinas.

Otro ataque de risa.

–¡Las propinas!

–Mirame bien, Flaco.

Se hizo un moño atrás de la cabeza, lo prendió con un ondulín y levantado las manos como haciendo un dis-

curso, le preguntó:

—¿A quién me parezco?

—Yo qué sé- dijo él, amoscado.

—A Evita, Flaco, a Eva Perón. ¿No decís que en la Argentina se viene la revolución? Bueno, entonces, yo quiero ser como Evita. “Compañeros...” Bueno, ella también empezó en un quilombo, solo que el mío va a ser en Barrio Nooorte. Ya empiezo más adelantada, ¿no?

Agotada la paciencia, el Flaco pagó y le dijo:

—Callate un poco, no seas boluda.

Era la palabrita que ella precisaba para seguir:

—Boluda. Ya se te pegó lo de boludo. ¿Por qué no te ponés a organizar una brigada internacional de apoyo a Perón? Perdoná, Flaco, yo te quiero mucho pero los porteños no me gustan, ¿viste?

Se levantaron y se fueron del bar, caminando hacia la pensión del Flaco.

Mientras arreglaban un poco las cobijas y las almohadas, él le preguntó:

—¿Cómo es eso de que terminaste con Andrés?

Marta se sentó. Habló demorada, con cierto ago-

bio en la voz:

Todavía no le dije nada. Pero lo pensé mucho. ¿Qué amor se puede mantener a semejante distancia? Él, más que clandestino allá. Ni piensa irse. Yo, no tanto. Pero lo cierto es que no puedo volver. ¿Qué nos queda, flaco? ¿No es mejor pensar y aclarar las cosas desde el pique?

El Flaco no respondió. Quedaron un buen rato en silencio.

Marta recordó cuando había conocido a Andrés. En mitines, un organizador de huelgas, dicharachero y simpático. Inquieto, intolerante con el poder. Pensó en el día en que él le contó que su padre desde los doce años había sido canillita y que el abuelo era casi el único comunista que existía en Flores, allá por los años de María Castaña. Marta habló con una sonrisa en la cara.

—Andrés me contaba que su abuelo, en la casa de su vieja era bastante déspota. Lo decía divertido, un poco en broma, un poco en serio. Por eso mi madre siempre le tuvo bronca a los comunistas. Capaz que de ahí resultó que yo también salí medio anarquista, decía.

El Flaco contó otras anécdotas animadas de Andrés y de su propia familia, tratando de no perder la sonrisa de Marta. Al fin, se fueron cada cual a su cama, sin poder dormir.

Daban vueltas y vueltas, con la luz ya apagada, hasta que él le preguntó:

–Marta, ¿quierés venir a dormir conmigo?

–No -dijo ella.

Y se durmieron.

En ese período bonaerense, Marta vivió con mucha tristeza, a pesar de que la asunción de Cámpora movilizó a todo el país. No pensaba en otra cosa que en irse. Escribió una carta que alguien le llevó a Andrés a Montevideo, diciéndole que entre ellos todo estaba acabado. Al mismo tiempo, le mandó decir a su madre que pidiera un certificado de buena conducta para ver si podía volver, que era lo que más deseaba. Volver a encontrarse con él.

Andrés, raudo, en una servilleta de boliche, le contestó tres líneas: “¿De qué me estás hablando? No entiendo nada lo que me decís. Ni pienso terminar con vos. Te adoro”.

Esa servilletita la dejó encendida. Durante muchos años la llevó guardada de agenda en agenda.

Boedo antiguo

Pasaron un par de meses. El flaco de periodista, el Peludo de barman y Marta en la ropería de la boîte de Barrio Norte. Salían a la misma hora, casi al alba. Se iban ca-

minando por aquellas ajenas calles de Buenos Aires hasta un bar de los de antes, en la esquina de Las Heras y Pueyrredón. Niebla, humedad, poca gente, calor, confianza, cansancio. El boliche pasó a ser un hogar madrugador muy confortable. Mesas, luces, mostrador, baño, sillas conocidas. Café con leche y facturas, comentarios del día y a dormir. El encuentro era agradable. El mozo los recibía con aquello de “¿lo mismo de siempre?”. Achicaba las distancias. Recién de viejos se enteraron de que ese boliche era una cueva de gorilas.

Jamás hablaban de asuntos personales. Lo que extrañaban era mejor dejarlo de lado. Encerraban cualquier punta de recuerdo.

Un buen día pudieron alquilar una pensión.

Era una de esas casas de Boedo, de la época colonial, que ya no se ven de tanto verlas. Casas llenas de piezas de inquilinato, habitadas por familias pobres con muchos hijos, algunas divididas al medio por tabiques.

Muchas pensiones se parecen, como los conventos. Cada una es un mundo. El que le tocó vivirlas, seguramente tiene innumerables historias que contar. ¡Tanta gente vive así! Como no escriben, ni nos enteramos.

Al entrar se presentaron como hermanos. Eso a ella la tranquilizó, aunque nadie preguntó mucho ni pidió documentos. Con pagar alcanzaba. Estar en negro era la

cosa más normal en esa época, no tan distinta a la de hoy en ese sentido. El caserón se fue ampliando hacia la azotea a medida que llegaban más y más personas de todas las provincias de Argentina buscando techo y trabajo. Y de América del Sur: bolivianos, paraguayos, uruguayos. Al Flaco y a Marta les tocó la habitación ocho, en la azotea. Era de bloques, con una linda ventana, soleada, y no le faltaba nada: cocinilla a gas, estantería, mesa, ropero húmedo y dos camas turcas. El baño, de uso común, quedaba un piso más abajo.

Un día Marta llegó a eso de las nueve de la mañana con un sueño que se moría. Trabajaba de noche. El Flaco ya estaba levantado.

—Hola, ¿cómo andás? Me voy a dar un baño—, la saludó, toalla y jabonera en mano.

Ella respondió con cara de pocos amigos.

Apenas el Flaco cerró la puerta, como a escondidas, se puso una camisa de hombre, de jean, que le quedaba grande; se arropó acariciando la gruesa tela sobre su cuerpo, se tiró en la cama y se durmió profundamente. Al volver, cantando, el Flaco largó la toalla sobre una cuerda colgada afuera, entró y se sentó a escribir a mano, con mate y termo. Miro a Marta y sintió que la quería mucho.

De pronto, ella empezó a hacer unos ruidos guturales, intensos, como de lobo. Se revolvía en la cama. El

Flaco se acercó, sobresaltado. Como no era la primera vez, sabía cómo tratarla. Le puso una mano en la frente. Nada de sacudones ni de qué te pasa, mujer. Palabras suaves, caricias tenues:

–Marta, Marta, ¿qué pasa, linda?

–¡Uf!, tuve una pesadilla – balbuceó, mientras salía del sueño. Se removió inquieta. Apenas abrió los ojos, se sacó las sábanas de encima, como si la ahogaran y se sentó en la cama. Sudaba.

–Es horrible-, dijo, arrugando la frente.

–¿Pasó? Bueno, bueno, tranquilízate. Acá estoy yo. ¿Querés un mate?- Todavía adormilada, ella le dijo que sí. - ¿Qué soñabas?

–Los sueños no se cuentan antes de comer -dijo ella, ya despierta-. Si no, se cumplen-. Pero lo contó igual. Dijo que estaba adentro de un ascensor que se rompía y quedaba atravesado entre dos pisos. Cuando quería salir, trepando por el hueco de arriba, le daba miedo que el ascensor subiera y la triturara. Quería gritar para que la sacaran y no le salía la voz sino ese grito gutural, como de lobo en acecho.

–Es horrible –agregó, rechazando el mate-. Qué suerte que estás acá. No, no me des mate que me pone nerviosa.

El Flaco preparó con ternura un té calentito, vaporoso, y continuó escribiendo. Ella se calentó las manos en la taza, oliendo un principio de calma, hasta que empezó a hablarle, casi con miedo:

–Flaco, me quiero ir.

–Mmmm–, fue la conceptuosa respuesta del Flaco.

–¿Terminaste el artículo? –, preguntó, aunque sabía que a él no le gustaba que lo interrumpieran.

–Estoy en eso–, contestó él, concentrado en tachar y corregir.

Ella se quedó quieta. Ya le conocía aquél tono de voz. Quería decir: “No molestes”. Dejó pasar unos minutos y preguntó:

–¿Vos sabías que cuando un pájaro te caga en la cabeza es suerte?

–Mmmm –, reiteró el Flaco, lejano.

–A mí me cagó uno ayer en el Jardín Botánico. Eso quiere decir que voy a volver al Uruguay.

Pensando que Marta estaba en un mal día y era mejor dejarla correr, el Flaco alargó la respuesta tras un suspiro, sin dejar de revisar sus papeles. Enriqueció el concepto:

–Mmmm. No digas pavadas.

Ella percibió el cambio. Le dio rabia y decidió insistir:

–Pará un poquito, flarcio, no me escuchás. Te estoy diciendo que quiero volver al Uruguay. Acá no

aguanto más. Esto no es para mí.

—¿No me digas? Desde que llegaste me lo debés de haber dicho cincuenta veces.

En esas estaban, cuando oyeron unos golpecitos en la puerta sin llave. El Peludo entró con paso confiado. Morochón, de pelo largo, lacio, aindiado, usaba bigotes pinchudos y tenía unos profundos ojos negros y pestañas largas. Era bajito y movía su cuerpo flaco sin parar. Parecía que los pantalones le quedaran grandes. Muy sonriente, saludó:

—¡Hola, gente! ¿Qué pasa? ¡Qué caripelas, ché! ¡Hoy es un día de fiesta, caramba! Traje un vinito para festejar. ¡Sacamos a los presos de Villa Devoto! El pueblo argentino está en la calle.

El Flaco salió entusiasmado de los papeles, armaron rueda de mate y se pusieron a charlar. El tema levantó el ánimo. ¡No era para menos! La Argentina parecía, en esos momentos, el soñado socialismo, mientras que en Uruguay se preparaba el golpe de estado. Pasó la mañana en la proseada.

Marta hizo un arroz blanco con tomates para el almuerzo, ya más animada. Hasta un mantel de colores pusieron, despejando la mesa llena de papeles. Brindaron por la Argentina y por un nuevo Uruguay. Estaban con hambre. Hubo silencio. Contra su costumbre, porque era de diente duro, Marta no puso nada en su plato.

El Peludo preguntó:

–Pero, ¿qué te pasa? ¿No comés?

Marta lo miró, con aire de reina ofendida:

–Nada. Soy feliz. Pero disimulo.

Los dos hombres se miraron en sobreentendido reojo, que aconsejaba tacto. Siguieron comiendo en silencio, hambrientos. El Flaco sabía que, aunque en la Argentina o en el mundo entero se hiciera la revolución, ese día el tema de Marta no se podría evitar. Un rato después, le adelantó:

–La señorita se quiere volver a Montevideo.

–¿Y? ¿Cuál es el problema? Yo también–, contestó con naturalidad el Peludo.

–No des manija, Peludo, no des manija–, gruñó el Flaco.

El Peludo sacó del bolsillo un Documento Nacional de Identidad argentino, esos que son como una libretita de tapas grises con una foto pegada y el nombre del usuario.

–¿Qué tal? Fíjense bien. El tipo es igualito a mí. Y casi de la misma edad– dijo, mientras lo mostraba con una mano levantada. Con la otra le daba unos golpecitos triunfales.

–¿A ver? –se impacientó Marta–. ¿De dónde sacaste esto? Mostrámelo–. Y se lo arrancó de las manos.

–Menos pregunta Dios y perdona, compañera.

Dámelo y les explico.

Marta lo abrió y se puso a mirar la foto del documento:

–Esperá, que no te lo voy a romper. ¿Pensás viajar a Uruguay con esto?

El Peludo asintió sin vacilación.

Ella analizaba cada detalle, pasando hoja por hoja. Cuando terminó, le vino una especie de pudor que le impedía decir lo que pensaba. Después de un silencio, dijo con pena:

–En lo único que se parece a vos este tipo es en lo blanco del ojo, Peludo. Y ese pelo rubión.

De carcajada fácil, él contestó, entre risas:

–Eso se arregla con una decoloración con agüita oxigenada-. Se levantó el largo pelo negro de la nuca y mostró un mechón, amarillento y seco.

–Claro. Y una permanente, –acotó Marta, ya que el sujeto de la foto tenía la cabeza llena de rulos.

Sarcástico, el Flaco se sumó:

–¿La piel también te las vas a decolorar?

–Pará..., ¿qué tiene mi piel?,– preguntó el Peludo,

algo amoscado. No le gustaba que se hablara mucho de su piel ni que se refirieran a él como “negro”, “zambo” o “mulato”. Si le decían “indio”, eso sí, le encantaba. Como a muchos uruguayos, le sonaba a título nobiliario pertenecer a algo que aludía a los charrúas.

Estaba cada vez más convencido de su parecido con el enrulado rubio de la foto de aquél DNI que lo llevaría a su país de nuevo. No pensaba en otra cosa que en volver. Para seguir en la lucha, organizar y salir a las movilizaciones; ser protagonista de aquél momento atrapante, que se vivía en Uruguay. Un fognazo de recuerdos le trajo el olor y el sabor de los días de lluvia, los asados y el cortado con espuma; el mar, “Los Olimareños”, Zitarrosa, Osiris Rodríguez Castillos. Tomar mate sin palos, hacer reuniones y guitarreadas con los compañeros. Pero no dijo nada. Haciendo un esfuerzo, el Peludo siguió atento a lo que se conversaba sobre su piel.

–Bueno, nada, es que sos un poco pardito, ¿no? –, moderó Marta, que seguía en el carril de la vuelta –. Con unos polvos bien puestos, para mí que se arregla. Por suerte, en edad estás bien–. Marta imaginaba que en el viaje del Peludo también iría ella.

–¡Bien dicho! Un poco de polvos, de esos que usan ustedes las mujeres. “Panqueic” ¿no? En eso ni se van a fijar. Pasa, estoy seguro que pasa. El Peludo ya iba sobrevolando el Río de la Plata o mirando sus aguas marrones desde un Aliscafo.

El cuarto se inundó de un soñado silencio hasta que el Flaco no aguantó más:

–¡La gran siete con ustedes dos! Se juntaron el hambre y las ganas de comer. ¿Por qué no paran de decir estupideces?

–Peludo, no le des corte a éste. Está alunado porque él no se quiere ir. Con escribir cuatro papeles ya está contento–, destiló Marta.

Se paró y siguió hablando sin la menor vacilación, mientras empezaba a levantar la mesa. Alzó el tono de la voz. Reboleando un tenedor sucio en la mano, detuvo la tarea y miró directamente al Peludo. Entre ademanes e inflexiones de voz muy enfáticos, explicó:

–Mirá, Peludo, justo antes que llegaras le estaba diciendo al Flaco que yo puedo volver sin problemas. Fíjate bien, escuchame bien. Los comunicados de los milicos son los lunes, miércoles y viernes a las ocho de la noche, ¿no? Bueno, si no me requieren en toda la semana el viernes después de esa hora me voy para allá y vuelvo el lunes antes de las ocho, antes del comunicado. Me corto el pelo, me pinto las uñas, me visto bien pituca y listo. ¿No es una lógica perfecta?

–¡Una lógica perfecta! ¡Bárbaro! Justo hoy escuché por la radio que este fin de semana y capaz que todos los fines de semana, las Fuerzas Conjuntas van a hacer huelga en Montevideo–, dijo el Flaco, tirándose en su cama turca. Prefería dormirse una siesta. La conversación ya lo tenía

harto.

–Ya te salió el vitriolo. Lo que te digo es perfectamente razonable. ¿Vos qué decís, Peludo?

–¿Yo? Argentino... Pero, podría ser, sí. Hay que estudiarlo bien.

–Marta –dijo el Flaco, incorporándose dos centímetros, codo apoyado y dedo señalador, mientras con la otra mano estiraba una cobija tratando de taparse hasta los hombros. Las Fuerzas Conjuntas te están buscando, enténdelo. Te están buscando–, remachó. Y se volvió a acomodar en la cama.

–Chocolate por la noticia. Pero allá hay mucha gente que es importante, está requerida y se quedó clandestina. ¿Por qué yo no puedo estar allá? ¿No me tienen confianza? A nosotros nos necesitan allá. Nuestra vida es allá. Vos también tendrías que volver– retrucó Marta, desde la pileta de la cocina. Los ruidos de los platos sonaban como golpes de karate.

–No es eso. Ya ves que acá también podemos hacer cosas–, anotó el Flaco, ya vencido.

Marta no quería ni podía oír razones:

–Sí, escribir articulitos–, reiteró con desprecio.

–Y recibir a los compañeros que vienen huyendo de allá. Como a vos, nena. Y darles documentos como ese que tenés vos, Peludo, que bien los pueden necesitar, ¿no? Pero díganme una cosa, ¿qué les ha entrado a ustedes con eso de irse?–. El Flaco desistió de la siesta, enojado.

Al Peludo no le gustaban las discusiones. Así que largó una frase filosófica:

–Y, todo el que se va, un día quiere volver, dijo Lenin.

La risa distendió el ambiente. Se sirvieron un vaso más de vino, esos vinos de mesa argentinos que sabían a vino francés para los uruguayos de esas épocas. Marta volvió a la carga:

–Flaco, ¿qué querés? Me muero de ganas de volver. Vos también, decí la verdad. Si no ¿por qué hay días que estás tan triste? Claro, un hombre no puede decir que está triste. Pero flaqui, se te nota. Además, Buenos Aires es tan, pero tan inmensa. Es como un gigante. Te da miedo. Acá nos perdemos. Esta ciudad nos come.

–Ay, Martita, hoy soy el hombre más feliz del mundo. No me jodas.

Justo en ese momento se oyó una voz que los llamaba.

–¡Teléfono para la habitación ocho! ¿Hay gente ahí?

Marta salió corriendo y bajó volando las escaleras. Regresó minutos después respirando agitada, con una sonrisa que parecía que le iba a romper la cara.

–Me voy, me voy. Era Andrés. Dice que vaya, que ya no hay problema conmigo–. Estaba feliz.

Tras sus palabras, el tiempo se detuvo, como atur-
dido. Hasta que el Flaco preguntó:

–¿Cómo que no hay problema?

–¿Qué?–, dijo el Peludo.

Marta se atropellaba con sus propias palabras:

–No sé, no sé. Me dijo: “Decile a Zabala que puede volver. Le pregunté dos veces si estaba seguro y me dijo: “Sí, completamente”. Dice que le dieron mi certificado de buena conducta a mi madre. No le pregunté mucho. Ya saben. Por teléfono no se puede hablar. Flaco, ¿viste que Andrés me quiere? Bueno, voy a aprontar las cosas. ¡Qué suerte que todavía me queda plata de la que me dio la vieja! ¿Me acompañan al aeropuerto?

–Yo me voy con vos–, anunció el Peludo, como saliendo para Aeroparque.

La realidad, en la voz del Flaco Pérez, sonó como un gong maldito.

–Yo a esta hora no voy a ningún lado–, dijo.

Marta lo odió. Tenía ganas de sacudirlo. Quería re-
tornar así como estaba. Chocaba con la parsimonia del Flaco. La detuvo un sentimiento de respeto y pena, aun-

que el corazón le decía otra cosa. Atinó a decir, vacilante:

–Bueno, mañana... ¿te parece bien?

–Sí, claro–, contestó el Flaco y se dio vuelta en la cama.

El Peludo le dio un abrazo a Marta.

–¡Suerte, mucha suerte! No te voy a poder ir a despedir. ¡Ese trabajo de mierda! Nos vemos pronto. Yo tampoco me quedo acá–. Y se fue con aire fresco.

Marta empezó a aprontar las cosas en su vieja valijita azul. Trataba de no hacer ruido aunque sabía que el Flaco no dormía. De pronto se detuvo, agarró un papel de diario y pintó un sol. Lo prendió con dos alfileres sobre un pedazo de espuma plast.

Se acercó al Flaco.

–Flarcio, dame la mano, ¿puedo sentarme al lado tuyo? Si vos no hubieras estado acá conmigo, no sé qué hubiera hecho–. Hablaba con mucha ternura, bajando la voz. –Flaquito, te prometo, te juro, que desde allá voy a hacer todo todo lo posible para que vos también puedas volver. Mirá, te dejo la camisa de jean de Andrés. De todo lo que tengo es lo que más quiero.

–Bueno, dijo él, –voy a llamar para avisar que vas.

Dentro de un rato vuelvo.

–Voy con vos-, dijo Marta. –Tengo que avisarle a la Gorda que me voy a quedar en la casa de ella.

–Yo la llamo. Dame el número. Vos terminá de aprontarte.

Regreso a Montevideo

Durante el viaje, las ideas le chisporroteaban. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse tranquila en ese corto pase de fronteras, tan parecidas y tan diferentes. Más que cruzar un río, vivió aquello como una travesía oceánica interminable. Pero pasó. La Gorda Rosario la estaba esperando en su casa de la Teja.

–Ché, casi no te conozco. Quien te viera y quien te ve. Parecés una modelo –le dijo la Gorda entre saludos. Marta venía con el pelo corto, teñido de castaño y con una pinta de rompe y raja.

No le dio importancia al comentario. A manotazos, empezó a sacarse la ropa, sudada del último miedo. Apenas alzó los hombros, frunció la boca y revoleó los ojos, como diciendo: ¡Y qué querés!

–¿Qué te pasa? Te vas a enfermar. Hace frío. –le dijo Rosario, al verla tironear la ropa con tanta rabia. –Vení a tomar un café–. Entre bufidos, Marta se desplomó en

un sillón, con la revista "Vosotras". Atropellada, contó las peripecias en los aeropuertos de Buenos Aires.

Cuando agotó las palabras, la atmósfera había cambiado.

– Bueno, nena, ya está. Ya pasaste. Decime, ¿andás con documentos falsos?

–No, por suerte. ¿Podés creer que cuando estaba allá mi madre fue a buscar mi certificado de buena conducta a Jefatura y se lo dieron? Así que viajé con mi cédula.

–¿No me digas? Así que ya no tenés más problemas.

Marta le explicó que más o menos. La Gorda entendió:

–No sabés. Encontré tu apartamento hecho una mugre. El ropero todo revuelto, la cocina ni te cuento. Pilas y pilas de platos y ollas sucias. El puf, divino; ese marroquí, rojo, que tenías, todo destripado. De comer no quedó nada. Parecía que hubiera pasado la langosta. ¡Hasta las lamparillas se llevaron! Pero ya limpié y arreglé todo.

–¿Encontraste la plata del alquiler?

–¿Vos estás loca? Nada. Mirá si te la iban a dejar y

todo.

–Bueno, hay gente a la que le ha ido peor... ¿Y la máquina de escribir?

–Tampoco.

–¡Qué bronca! ¿Te acordás que en esa maquinita picábamos las matrices de los apuntes? Remington portátiles como esa ya no se hacen más... Ché, ahora me vino frío, pasame una mantita. Bueno, ¿cómo andan las cosas por acá?

–Cada vez peor. La cosa está que arde.

–Sí. Argentina, nada que ver con esto. Es como el día y la noche.

Después empezó a preguntar por vida y milagros de varios de los amigos comunes, como si hubieran pasado un siglo sin verse. La Gordita contestaba cada vez con más parquedad. Era tarde, al otro día trabajaba y le daba bastante miedo este regreso de Marta, algo abrupto. Apenas habían pasado dos meses y medio entre que se fue y volvió. La conversación languidecía.

–Ché, estoy con ganas de irme a la cama. ¿No querés darte un baño y descansar un poco?- preguntó, por fin.

– Sos una santa, Gordita. ¿Qué sabés de Andrés?

–Nada. Andará a salto de mata. Después que el Flaco me avisó que venías, llamó para asegurarse que te podías quedar acá. Se preocupa por vos, se ve que te adora.

–Tengo unas ganas de verlo... Ché, Gordita, pará un poquito. Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Y si vos te vas a

vivir a mi apartamento y yo me quedo acá en el tuyo?

–¿Qué decís?

– Más claro echale agua. Nosotros nos quedamos a vivir acá en tu casa con Andrés y vos te vas allá, con el Gordo. Vos estás limpita.

La Gorda se quedó pensando. Marta insistió:

–Es una posibilidad. No precisamos ni pasar por inmobiliaria.

–No estaría mal– comentó la Gorda, no muy convencida. –Tendría que hablarlo con el Gordo. Pero tu apartamento es mucho más lindo y está mejor ubicado que este. No es lo mismo vivir cerca del Parque de los Aliados que acá en la Teja.

–¿Y para qué me sirve, si no puedo ir? Además, la Teja es un barrio que me encanta. Y cuando pase todo, cada una vuelve a su nido.

– Dejame charlarlo un poco con el Gordo. Ahora andá a bañarte.

–A mí nadie me manda a bañar– contestó Marta, mientras se dirigía al baño. –Vos ya conocés el apartamento. Convencélo al Gordo. Decile que queda cerca del Parque, así se entusiasma. Ché, ¿tus viejos bien?

Después de bañarse, Marta se fue a dormir en la cama marinera que Rosario le había preparado. Con la luz apagada, cayó como plomo.

Al otro día, despertó con un señor desayuno. Mar-

ta devora, no come. Masticando unas tostadas con mante-
ca y dulce de leche mojadas en largos tragos de café, pre-
guntó:

–¿Y? ¿Hablaste con el Gordo?

–Sí. Te dejó un beso. Sale muy temprano a traba-
jar con el taxi. Le pareció bien la idea.

–¡Bárbaro! Mm..., qué delicia estos pan con grasa.
Cuánto antes lo hagamos, mejor.

–Mirá, nosotros tendríamos que terminar algunos
arreglos. Estamos sin agua en la cocina. Supongo que va a
llevar unos días. Hay un problemita de humedad también
en el baño.

–Allá creo que está todo bien. Le voy a comentar a
Andrés a ver qué dice. No sé qué planes tiene él.

En ese momento sonó el teléfono. La Gorda aga-
rró el tubo y, sonriente, se lo pasó a Marta:

–Es Andrés.

Entre acaramelada y nerviosa, ella se puso a con-
versar en esa postura típica de las mujeres cuando hablan
con los hombres que aman. Ese lento balanceo del cuer-
po, la voz dulce, en susurros, la cabeza inclinada, acurru-
cada. Apenas cortó, se abrigó y le dijo a la Gorda que se
iba urgente a encontrarlo.

–Ya sé, ya sé. –Cuidate. Tomá las llaves. Volvé
cuando quieras.

Entre besos y corridas, Marta salió, diciéndole a su amiga que era un tesoro, un caramelito de dulce de leche, una bomba de chocolate. Iba muerta de risa y feliz.

Con un “andate, loca”, la otra la despidió.

Andrés había empezado a ser para Marta el comienzo de un gran amor. Cuando se conocieron, los dos salían de divorcios, así que no querían casarse de nuevo. Entre risas, se repetían uno al otro que aquellos amores clandestinos “no eran para toda la vida”. Quizas esa ilusión fue entre ellos más un embrujo que otra cosa. Estaban enamorados como un par de locos. No duró toda la vida pero sí unos cuantos años, aunque muchas veces estuvieron distanciados.

Andrés era reconocido dirigente de la llamada Tendencia Combativa, que marcaba una diferencia importante con la mayoría comunista de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT). Su militancia fue intensa. En octubre de mil novecientos setenta y dos había sido requerido por las Fuerzas Conjuntas. Continuó siendo clandestino durante mucho tiempo. Mientras permaneció en la legalidad, fue un entusiasta y enérgico orador. Era un hombre ardiente e inquieto. A veces implacable, incluso con sus propios compañeros.

Ella, entre rock and roll y minifalda, poco tiempo antes se había recibido de maestra.

Nueva guarida

Y se cambiaron los apartamentos, nomás. La pareja, ahora en casa segura, se sintió feliz.

Apenas desembarcadas las pocas cacharpas que les pertenecían, Marta se puso en plan de decoración. El cuarto tenía una de las paredes pintada de un azul intenso. Abrió una guirnalda que la acompañaba siempre como un talismán. Era un inofensivo y resplandeciente sol de papel anaranjado. Lo colgó de un clavito en la pared, encima de la cabecera de la cama grande. Andrés metió un asado al horno mientras cantaba, desafinado, un tango. Era la risa. Mientras comían, oían radio “Clarín”.

Habían terminado de almorzar cuando sonó el timbre. La Gorda estaba en la puerta, nerviosa. No aceptó ni asado ni vino. Ni se sentó. Una ráfaga de extrañeza cruzó el ambiente. Dijo que su padre había averiguado, revisando los recibos de teléfono del apartamento de Marta, que ella había tenido relación con un tupamaro del interior del país, que era buscado por las Fuerzas Conjuntas.

Marta quedó alelada:

—¿Revisó mis recibos de teléfono? No puedo creerlo. ¿Sabés una cosa? Ese señor que a tu viejo le preocupa tanto es el médico de mi padre.

La Gorda no sabía qué decir. Balbuceó algo así como “Sabés, mi padre,” y ahí quedó muda. En realidad, en ese momento, los tres quedaron mudos.

No se precisaba más para saber que de allí había que irse. Así se lo dijeron. Fijaron un día de encuentro para devolverse las llaves y terminó la conversación. Andrés se puso furioso y se la agarró con Marta. Puro garrón.

—Decime, ¿vos no te habías dado cuenta que ese viejo es un facho de mierda? Y tu amiga, esa Gorda infame, es una hija de puta. ¿Qué clase de amigas tenés vos?

Marta quedó congelada. Nunca lo había oído hablar así. Lo fulminó con la mirada. Una madeja de rabia y culpa se le atragantó. Él siguió:

—¿No te das cuenta que esto es una recagada? ¿Qué me mirás? Dale, andá sacando los adornitos y guardando las cosas. Salgo a llamar para que nos vengán a buscar.

En menos de media hora, la camioneta que los había depositado en el apartamento estaba parada de vuelta en la puerta. La cargaron y huyeron.

Otra vez a la intemperie. Por un tiempo, Andrés pudo quedarse en un galpón, en la casa de unos amigos en Malvín. Marta pasaba una noche sí y otra no, en casa de otros compañeros. Le entregó las llaves del apartamento de La Teja a la gorda Rosario. La señora amiga,

maestra de mucha prosapia, nunca le devolvió a Marta las suyas. Se quedó con el apartamento de por vida.

Pasado un tiempo, la abuela de Andrés, una mujer encantadora, empezó a buscarles alojamiento cerca de su barrio. Se lo recorría como una hormiguita, indagando por aquí y por allá. Hasta que les consiguió un cuarto para alquilar. En esos días, ya había comenzado la huelga general contra el golpe de Estado.

En lo de La Piraña

Sin pedir referencias, la dueña de casa les dio las llaves de la puerta de entrada. Su nombre era Nelly. La cara de la abuela, arrugadita, irradiando simpatía y bondad, fue suficiente. No habían pasado un par de días cuando se dieron cuenta de que les revisaba las cosas. A veces encontraban algo que habían dejado encima de la mesa, un libro o cualquier objeto insignificante, corrido de lugar. Además, les tomaba el vino y le echaba agua. Por eso le decían “la piraña”.

Empezaron a vivir con una sensación de rara inseguridad, con mucha cautela con los papeles, pensando en ese tercer habitante inesperado que se inmiscuía en lo que habían imaginado un refugio inviolable. Quedaba en una linda calle del barrio del Reducto.

No sabían mucho de la vida de Nelly. Sólo lo que sugería un rubio teñido, buena figura de mujer cercana a

los cincuenta, simpatía empalagosa, voz entradora de falsete. No se precisaban mucho más.

De ellos, la Nelly supo lo que le dijeron: Marta estudiante, Andrés, corredor de comercio. Puntuales pagadores del alquiler. Buena pinta los dos, limpios, simpáticos, correctos, de puro miedo a que sacara que estaban clandestinos. Ella tampoco precisaba mucho más. Ni siquiera pidió documentos: le dieron nombres falsos: Carlos Perdomo y Laura Mendy, nombres que figuraban en las cédulas que usaban.

Federico, el hijo de la Nelly, iba todos los días a la escuela, de una a cinco. Tenía ocho años. Apenas el gurí dejaba de verse, entraba el Gallego, amante de su madre. Era camionero. Se encerraban un rato en el cuarto, después él se iba y ella seguía haciendo una siesta. Cuando Federico volvía, tomaba la leche con pan y dulce de membrillo y salía a jugar a la calle.

A las siete y media llegaba a la casa un hombre un poco más joven, buen mozo: el novio, Raúl. De profesión carnicero, a veces traía alguna pulpa que metían al horno para ellos tres. Los nuevos inquilinos, en la misma cocina, hacían sus propios guisos y comían en el cuarto.

Después de cenar, la Nelly y Raúl hacían arrumacos en la puerta, al oscurito. A veces se oían unas despedidas de “hastamañanamiamor”.

El Gallego era la mar de simpático. Un sábado que otro, los cuatro se tomaban unas copas en el boliche de la esquina, uno de esos boliches con intenso olor a cigarro que parece pegoteado a los tapetes de los billares. A veces visitaba a Nelly una hora antes de la visita de Raúl, en un inmenso camión. Se divertían como locos charlando en la vereda.

Un día llegó Raúl con un ramo de flores. Ellos estaban ahí, el camión parado en la puerta. Sentados en la cabina, lo vieron llegar por el espejo retrovisor. El Gallego metió pata a fondo en el acelerador y se largaron. Raúl preguntó por ella y Marta lo hizo entrar. Se sentó a esperarla en la cocina con el ramo enhiesto. No pasaron ni dos minutos que la Nelly desembarcó de un taxi, como desde una alfombra voladora, pimpante, sonriente, besuqueadora: “Hola, que tal mi amor, qué alegría verte tan temprano”.

Y así siguió la cosa hasta que, no mucho tiempo después, Raúl le propuso matrimonio. Ella aceptó encantada, sin vacilaciones. Se reía, feliz, cuando dio la noticia. Andrés preguntó si se casaban por iglesia, como por decir algo.

—No, m’hijo, cómo se te ocurre- contestó -. Yo en los curas no creo mucho. Pero a ustedes les quiero pedir un favor.

Andrés asintió, formal, sin imaginar la que se ve-

nía.

–Miren, a mí las cosas me gusta hablarlas de frente – cloqueó ella –. Yo no me doy con mi familia. Ustedes saben, más vale perderla que encontrarla. No la elegimos, ¿no? Y después, se meten a querer mandonearle la vida a uno. Ustedes saben.

Ellos no veían a sus familiares desde hacía mucho tiempo. Ella no lo sabía y siguió hablando. No era eso lo que le interesaba.

–Bueno, anoche le dije a Raúl que ustedes nos iban a salir de testigos del casamiento. ¡Quedó tan contento! Eso sí, a la familia de él le vamos a decir que ustedes son primos míos, total, no los conocen todavía.

¡Ellos, de testigos! No podía pensarse disparate mayor. ¡Y ya se lo había anunciado a Raúl! Ninguno de los dos podía ir a lugares públicos y menos a un casamiento con gente que ni conocían.

–Bueno, este..., yo no sé si voy a estar en Montevideo, ¿sabe? –dijo Andrés. Con los negocios hay que estar a tiro y de repente me tengo que ir para el interior.

– Ah, no, Carlos, itiene que estar! Tiene tiempo. Vamos a hacer una fiesta de rompe y raja. Ustedes son tan elegantes. Una parejita tan linda. Vos, Laura, sos igualita a mí. La prima perfecta. Y Carlos, itan buen mozo! Zalame-

ra como ella sola, la Nelly.

–¿Saben? -agregó muy seria –yo necesitaba una familia como ustedes.

Unos lagrimones envueltos en rimel y polvos le rodaron por las mejillas.

–Bueno, Nelly, no se ponga así. No va a haber problema. Pero mire– dijo Marta, mirando el reloj– llego tarde. ¿Hablamos mañana?

–Esperen, esperen – siguió, recuperando el tono triunfal. –¿Me dejan los documentos? Así ya los inscribo mañana mismo en el registro cuando vaya a pedir fecha.

–¿Cómo? ¿Tan pronto los precisa?

Marta apretó la cartera como para que no se la pudieran abrir a la fuerza ni arrancársela de un manotazo, con el empuje que por lo visto le insuflaban los nuevos esponsales.

Andrés propuso anotarle los datos de las cédulas y llevarlas después personalmente al Registro Civil. Precisa-ban ganar tiempo.

–¡Ah, no! Hay que llevar los documentos –insistió. –
¿No pueden venir conmigo mañana y hacemos todo juntos?

Embretados, ya en la puerta, Andrés le dijo que sí.

Empezó a buscar los documentos en una billetera del año de María Castaña y ahí, en el filo de la huída, la miró con cara de genuina sinceridad:

–Pero Nelly, espere un poquito... Los registros me parece que están cerrados, no sé bien. Con esto de la huelga general, ¿vió?

–¿Cerrados? No, no. No puede ser. La gente no va a dejar de casarse por esa maldita huelga. ¡Estos comunistas! Pero no, ¿eh?, no van a poder conmigo.

–Habrà que averiguar, claro, capaz que no hay problema.

–Bueno, averigüen entonces, sí. Pregunten si no hay excepciones para las que se tienen que casar de apuro – dijo, mirándolos con picardía.

En la vereda, Marta y Andrés se miraron, entre risas y sorpresa. ¡Un par de clandestinos en el casamiento de una persona desconocida! Capaz que todos los parientes son milicos y terminaban en cana. Pide los documentos, ¿no será tira? También sabían que la soledad tiene cara de Registro Civil.

Esa noche no se habló más. La visita de Raúl coincidía con los comunicados de las Fuerzas Conjuntas y a esa hora los dos muchachos se guardaban en el cuarto.

Entonces, Andrés se aclaraba el pelo con agua oxigenada y usaba un par de lentes sin aumento. Vestía bien. Se movía en el barrio judío para los contactos clandesti-

nos.

Marta recorría los lugares de trabajo que estaban ocupados. Con las informaciones, la gente de FUNSA imprimía un boletín para ser distribuido lo mejor posible, sorteando la censura. Se trataba de levantar el ánimo de los huelguistas.

Junto con otros estudiantes, muchas veces participaba como oyente en reuniones sindicales. Hasta un pastor de la Iglesia húngara estaba allí.

Una vez, la cana se llevó a unos cuantos trabajadores de la sacristía de la Iglesia de Pocitos de la calle Tamburini (antes Luis Lamas) y Massini. Para escapar, los estudiantes y el pastor entraron a la Iglesia. La cana los vió hincados en los reclinatorios, como si estuvieran rezando. Y no detuvo a ninguno.

Cuando los milicos se fueron, el cura los hizo pasar por la puerta del campanario, para que se escondieran mejor. Subieron por una escalerita de caracol. En silencio, por los ventanucos de la torre, desde lo alto observaban la calle. Cuando la vieron despejada, salieron uno por uno por la inmensa puerta de la Iglesia. Nunca se supo si algún creyente o algún vecino los batió, pero lo cierto es que los vehículos militares regresaron. Ya no encontraron a nadie.

Allanamiento

Al otro día, temprano, sonaron unos golpes furiosos en la puerta de calle.

–¡¡Abran!! ¡¡Fuerzas Conjuntas!!

La Nelly se asomó por la ventana. Con su voz melosa, ajustándose la bata, gritó:

–Ya va, ya va, caballeros, ya va.

Bajó y abrió:

–¿Qué se les ofrece? Pasen, pasen.

Se oyó el estruendo del trote de la banda armada por la escalera. Daba la impresión de que eran unos cuantos. Quien pareció ser el oficial a cargo, le preguntó a la Nelly:

– ¿Conoce a la joven Susana Corrales?

–Sí, cómo no. ¿Qué pasa?

–¿Vive acá?– sonsacó el uniformado.

–No, caballero. Acá vivimos yo, mi hijito y mis primos, Carlos y Laurita. Nadie más. La Susana fue pensionista mía hace tres meses. Después se volvió a Tacuarembó, a la casa de los padres. No se adaptó acá, ¿sabe? No sé, a la muchacha no le gustaba Montevideo.

– Tenemos que registrar la casa.

–Pero icómo no! ¡Adelante! Este es el cuarto de mi hijo. Levantate, Federico, saludá a los señores. Este es mi cuarto. ¡Pasen, pasen! Acá no da el sol pero es una habitación muy calentita. No se fijen, no está muy ordenada, sabrán disculpar, es que todavía no arreglé nada. Son madrugadores ustedes, ¿eh?

Empezaron a sentirse ruidos de pasos que se adueñaban de la casa; golpes de puertas abiertas con rabia; órdenes de mando. Parecía que estaban dando culatazos a todo lo que encontraban. Se oyó un ruido fuerte, como de un mueble que se caía. Aquello parecía eterno.

Andrés y Marta se estaban bañando. Sabían que tenían que salir, pero el miedo los dejó inmóviles. Dejaron correr el agua de la ducha para demorar un poco, mientras se secaban. Andrés trataba de calmar a Marta, pero ella percibía que él también estaba asustado.

La casa no era grande. La voz de la Nelly, como si fuera una guía turística, se oía con claridad:

– Esta otra habitación está vacía. Estoy esperando a juntar unos pesos y alquilarla. Este otro es el cuarto de mis primos. Están en el baño. Ahora los llamo.

– Documentos. De todos – ordenó el oficial.

– Si, cómo no, hagan el favor, pasen, pasen, tomen asiento.

Nadie se sentó, claro. Pero eso a ella no le importó.

Tranquila, hablaba y continuaba mostrando:

–Esta es la cocina, pasen. Ahí está el baño, pero está ocupado. ¡Laurita, Carlos, apúrense! ¡El oficial necesita los documentos de ustedes!- gritó, golpeándoles la puerta del baño.

Marta, que estaba mirando por el agujero de la cerradura, casi se cae del susto con el golpe. Andrés la apretó fuerte. Sin consultarse, con el corazón en la boca, salieron veloces, medio desnudos, con las toallas apretadas contra el cuerpo, las manos agarrotadas.

Entraron en la habitación con un “ya vamos”, que intentó ser firme. Casi temblando, buscaron los documentos falsos de ambos. Los alcanzaron por la rendija de la puerta, que quedó entreabierta. Se vistieron a la carrera. Casi temblando, pusieron al derecho una campera y un pantalón que estaban al revés. Luego de mirar toda la habitación como con un velosísimo radar, Andrés trató de abrir un ventanuco que daba a la azotea, para aprontar el escape antes, de que entraran a registrar.

La Nelly, sonriente como un sol, intentó alcanzarle a los soldados los documentos mientras explicaba que sus primos, eran una gente divina. Dueña de la situación, les ofreció un cafecito.

Sin darle corte, al oficial a cargo le llamó la atención un papel en el que figuraba un plano, con una lista de

nombres. Estaba sobre la mesa de la cocina. Disimuló una sonrisa (que probablemente prometía un ascenso ante semejante hallazgo) mezclada con cierta conmoción de fibra patriótica, y preguntó, perentorio, a quién pertenecía. Haciendo caso omiso de la amabilidad de la mujer, indagó de un hachazo:

– ¿Qué es esto? ¿De quién es?

Rió la Nelly, alegremente, y con una mano en el pecho, orgullosa, respondió:

–Es la lista de mi reparto de empanadas. Tengo unos cuantos clientes, por suerte -. No mentía. Los había distribuido en una especie de mapa que siempre tenía a mano, para organizar su trabajo. Era un papel sucio de grasa añeja.

La empezaron a interrogar con mayor premura y dureza.

Desde su total inocencia, la Nelly explicó:

– Si no, camino demasiado y quedo muerta. ¿Andan buscando subversivos? Lo que es acá, ni por lejos.

Pero para ellos, la Nelly ya se había convertido en una peligrosa terrorista, con pruebas más que contundentes. Quizás, pensaban, que con eso meterían en cana a un buen puñado de gente. Capaz que era una lista para hacer

atentados. En tono duro, le dijeron que tenía que acompañarlos. La Nelly, con cara de sincera sorpresa, preguntó por qué, al tiempo que algo distraída, dejaba los documentos sobre la mesa.

El oficial no le contestó. Dio orden de retiro a los subordinados. Entre dos la fueron sacando. Atrás siguieron los demás y abandonaron la casa.

– Allá le van a explicar– le dijo, seco, el oficial.

–Pero caballero, mire que yo no tengo nada que ver. ¡Cruz diablo! ¡Dios no permita que me confundan con un tupamaro o alguna mierda de esas! No me apriete tanto el brazo, hágame el favor.

Asombrados, todavía dentro de la pieza, Marta le dijo a Andrés:

–Andate. Veo qué pasa con el gurí y después me voy. Tomá, guardálo-. Le dio a Andrés su documento y puso el suyo en una agenda.

–Esperá, fijate por la ventana a ver si siguen ahí, dijo él.

Ella miró con cuidado:

– Ya se fueron. Andate. Pobre mujer, la van a moler a palos. Pasate por la carnicería y avisale a Raúl.

Andrés, borsalino encasquetado, lentes falsos, pelo

aclarado con agua oxigenada y aire de gran señor, al despedirse con un abrazo de boa constrictor, le dijo:

–No demores. Te encuentro en una hora en el boliche de siempre -.Y se fue por la puerta de entrada.

Federico, que era delgadito, parecía una barrita de hielo, parado en la cocina. Pálido, los ojitos de perdiz asustada. Cuando ella se acercó, abrió, ancha, la puerta de la ternura. Marta lo abrazó y lo invitó a dibujar.

–¿Mamá va a volver?- preguntó con la voz entrecortada.

–Pero claro que sí, no te preocupes.

Estuvieron un rato juntos hasta que logró dibujar un barco sobre la hoja en blanco. ¿Qué estaría pensando ese botija?, se preguntaba Marta mientras lo veía dibujar. Sin dejarlo solo, fue a arreglar el cuarto, puteando entre dientes, con rabia y desesperación. De pronto se oyó la voz cantarina de la Nelly:

–Hola, primita. ¿Estás hablando sola? Hola Federico, dale un besito a mami.

El niño se le abalanzó.

–¡Nelly, qué suerte que ya volvió! Me asusté–dijo Marta.

–¿Asustada? ¿Por qué? ¿Te acordás de aquella can-

ción? –dijo, mientras levantaba los brazos.

Empezó a cantar y a bailar, tomando a Federico de las manos: “Total para qué, te vas a preocupar, las cosas como vienen se tienen que tomar”.

–Estos son un show. Se creyeron que el plan de las empanadas era para hacer un atentado –dijo, riéndose a carcajadas. Yo, ¡un atentado! En cuanto llegué nombré a un general amigo que tengo, bueno, no muy amigo, esas cositas que pasan en la vida. Y me dejaron en paz. Por suerte el tipo llamó enseguida y se aclaró todo. ¡Esos milquitos son divinos! ¿Sabés que yo tengo un hijo mayor que está en la Marina? Ni te había contado. Ya lo vas a conocer. El más jovencito de los que vinieron, ese que estaba atrás del primero, ¿te acordás? ¿Viste cómo me miraba? Mañana nos vamos a encontrar a tomar un cafecito.

Marta estaba pasmada. Con ese baile y ese canto, la Nelly le devolvió el alma al cuerpo. Al mismo tiempo, sintió la necesidad imperiosa de irse disparando de allí.

–¿Ya te vas? Vos no parás, nena. Los espero esta noche.

Salió apurando el paso, apretada la enorme cartera de cuero color miel, de la que nunca se separaba.

Fiesta

Dos días después, Andrés se fue a Buenos Aires. Demasiado riesgo quedarse. Poca comunicación entre ellos. Nada de teléfono ni correo electrónico en la década de los setenta. Marta se quedó en lo de la Nelly.

A veces viajaba a verlo por un par de días. Soñaban con esos encuentros donde todo se volvía intenso y apasionado. En los inicios de su relación, se habían juramentado, absolutamente convencidos: “Esto no es para toda la vida”. Después, resultó que pasarían más de veinte años juntos y hasta tendrían una hija. Pero entonces ni se lo imaginaban.

Un día los suegros de la Nelly vinieron a conocer el futuro hogar de su hijo Raúl. Ella organizó una cena como para seducir a un batallón de suegros. Desde temprano la casa olía a tortas dulces. También a morrones rellenos y carne asada. En el fogón, bastante grande, mientras empezaba a degustar una botellita de vino blanco, preparó varios platos y fuentes con saladitos y sandwiches coloridos. No paraba de batir cremas, probar la comida, lavar frutas y verduras mientras que silbaba, bajito, la canción de moda de Palito Ortega, “La felicidad a aaa”.

Federico, de pinche, iba y venía con mandados, sacaba lustre a los cubiertos y polvo a los platos, doblaba servilletas: obedecía cada una de las ocurrencias de la Nelly. Se lo veía contento de compartir esos momentos con

su mamá.

Todo estaba limpio, los vidrios relucientes, la escasez de mobiliario disimulada con varias macetas de plantas de hojas grandes. Y globos de colores.

La Nelly se compró un lindo pantalón de lanilla cuadrillé que hacía juego con un rompevientos Burma que tenía guardado para grandes ocasiones.

El día de la fiesta fue el 11 de setiembre de 1973. A la hora del informativo de las veinte, antes de que llegaran los invitados, unos gritos traspasaron la habitación de la Nelly. Marta se asomó y la vió incorporada en la cama frente al televisor en blanco y negro. Trasmítían en vivo y en directo las imágenes del golpe en Chile. Estaba transfigurada. Con el rostro desencajado, gritaba:

–Bien, muy bien, que los maten a todos. Eso: ¡A los comunistas hay que matarlos a todos! Entrá, Laurita, vení... mirá esto. ¡Fabuloso! Eso es lo que habría que hacer acá. Denles palo nomás.

Marta, parada en la puerta, quedó de piedra, hipnotizada por las imágenes. Nunca más se borraron de su mente a pesar de que las soportó apenas unos minutos. La voz del informativista le sonaba odiosa. “Sentate”, le dijo la Nelly, mientras le hacía lugar a su lado en la cama. No la miraba. Estaba como poseída. Tenía algo de satánico.

A Marta aquello le resultó repugnante: ella, el informativo, la luz del televisor, las crueles imágenes, el cuarto oscurecido, el mundo, la vida. Un sabor ácido le subió a la boca. Fue al baño y vomitó. Se encerró en su cuarto. ¿Dónde estoy?, se preguntaba, mientras las lágrimas le corrían a chorros.

El malestar de estómago despertó los mayores cuidados de parte de la Nelly, que la quería a toda costa en la fiesta. Le trajo un par de tés de marcela y a cada rato preguntaba qué le pasaba. Marta dijo que le había caído mal un chorizo que había comido al mediodía, que la dejara reposar. Se quedó en la cama, oculto así el verdadero dolor, mientras los invitados llegaban. Dormitó un poco hasta que se levantó a orinar. Ahí, ya no la dejaron escapar. Estaban en los postres. La Nelly, copa de vino en mano, la acercó a la fiesta.

Fue presentada como si fuera la reina del carnaval. ¡Al fin aparecía la estupenda prima! Le hicieron lugar en la mesa mientras la rodeaban de comida. El ambiente estaba animado. Federico era el único que ya bostezaba. De pronto, empezó una conversación casi filosófica sobre el amor.

La suegra hizo una cursi declaración acerca de “la mayor fuente de felicidad conocida” mientras le acariciaba la mano a su marido que, para disimular la molestia, alzó su copa de vino y propuso un brindis por la felicidad de los futuros cónyuges y sus arcanos. La doña comenzó a

recordar a sus propios padres. Contó con picardía cómo su papá le daba pellizconcitos en el trasero a su mamá cuando la encontraba en la pileta lavando ropa.

Una parejita, sobrinos de Raúl, hasta entonces algo alejados y muy acaramelados, se acercaron a la mesa a escuchar de los viejos, el futuro soñado.

La Nelly, de repente, aulló: “¿El amor?”, dijo. Y largó una de sus más auténticas carcajadas. “¿A mí me vienen a hablar de amor?” Capturó de inmediato la atención de los invitados. Resuelta, se sirvió una copa más de vino. Se la empinó de un golpe y dijo, muy a sus anchas, mientras miraba a todos:

—A la gente no le importa nada el amor. Lo que les importa son las gomas, ilas gomas! Y además de las gomas, ila plata!

Silencio total. Raúl se acomodó en la silla, apoyando, incómodo, los brazos sobre la mesa. La parejita joven se tomó de las manos. Se miraron entre ellos con cara de interrogación. Lo mismo los suegros, que no emitieron palabra.

—¿Qué decís, Nelly? —preguntó Raúl, la frente arrugada, los ojos brillantes.

—Repito lo que dije: que lo que importa son las gomas y la plata ¿O me equivoco? El amor es pura palabrería.

Con voz ronca, contenida, Raúl le dijo:

- Nelly, callate.

Ella lo miró, desafiante:

-Me callo si quiero. Lo que digo es la pura verdad. La plata mueve al mundo. Y las gomas. El amor, un invento.

Raúl elevó el tono: -Callate, Nelly.

-No me callo nada. A mí nadie me hace callar-, gritó.

Raúl empujó la silla para atrás. De pie, volvió a gritarle:

- ¡¡Callate Nelly, te dije!!

-¿Y quién sos vos para hacerme callar? ¿A ver? Haceme callar si podés.

La cara de Raúl estaba transfigurada. Caminó unos pasos. Daba la impresión de que la iba a matar. De repente, ella agarró uno de los platos de la mesa y se los tiró por la cabeza. El hombre esquivó. Veloz, tomó un florero con ilusiones y rosas, que voló y se estrelló contra una pared. Todos los invitados al feliz evento se pararon de golpe. Empezaron a gritar:

- ¡Paren, paren!
- Raúl, Nelly, ¡paren!
- ¡Esto es horrible!

Pero ellos no escuchaban nada.

Arreció la refriega: volaban botellas, platos; una fuente con un pedazo de torta se deshizo contra la heladera. Los insultos eran cada vez más hirientes y desaforados. Raúl agarró una cuchilla del fogón. Empezó a caminar en dirección a la Nelly. Escondida detrás del armario de la cocina, la madre gritó: -Viejo, viejo, agarralo a Raúl, paralo.

Federico estaba pálido, arrinconado contra una pared.

Marta no podía creer lo que ocurría. Era tal el escándalo, que pensó que podía caer la cana. Lo último que podía suceder. Tuvo miedo de terminar presa. Trató de sujetar a la Nelly. No pudo. Tenía una fuerza brutal a pesar de que se notaba que había empinado el codo de lo lindo. En un momento, consiguió detenerla. Mientras la sostenía con fuerza, le gritó: -¡Basta, Nelly!-. La mujer se calló la boca por un instante. En voz baja, Marta le dijo: -Nelly, es muy tarde, vámonos todos a dormir.

Pero ella no quería. Marta insistió, con una calma desconocida. La amenazó con llamar a la Policía, cosa que a la Nelly le importaba un comino. Trató de acercarse a

una jarra de vino de vidrio para usarla como proyectil:

Yo no me voy a acostar nada - gritó. No voy nada. Y vos, pajaron, ándate a la mismísima mierda. Andá a buscar a tu “amorcito”, el pintún del Carlitos. Seguro que ya debe andar enredado con alguna gata porteña.

Amenazadora, Marta perdió los estribos también:

-¡Vaya a acostarse! Si viene la cana, esta noche duerme en la Comisaría-. Y bajando un poco el tono, agregó: -Mire que si yo abro el pico, usted está muerta y enterrada con su famoso casamiento.

Eso pareció calmarla un poco. Con ayuda de Raúl, la empujaron hacia la cama. Cayó como atontada.

Los suegros y los sobrinos de Raúl, asistieron a la trifulca arrinconados, asustados, llorosos, apretándose entre ellos. Lo menos que querían era que cayera la Policía. Había que aprovechar el momento para despejar. Marta los acompañó a los cuatro hasta la esquina y los metió en un taxi: - Váyanse, vayan. No lloren. Ya se va a arreglar todo.

Al volver a la casa se oían ronquidos de locomotora: la Nelly dormía. En la cocina, sentado, estaba Raúl, cabizbajo, derrotado. Un hombre perdido. Miró a Marta y sin decir nada, con un gesto de impotencia, se fue a dormir con la Nelly.

Federico también se durmió.

Por la cocina parecía haber pasado un vendaval. Marta sentía un cansancio infinito. Barrió lo más silenciosamente posible los vidrios del piso. No le dieron las fuerzas más que para apilar lo que había quedado sano de la vajilla, sin limpiar nada. Se fue a acostar. No podía dormir. Pensaba: yo de esta casa me tengo que ir, me tengo que ir. De esta mujer nadie sospecha, la Nelly no es milica. Pero no doy más. Sí, ya sé, los presos aguantan la cárcel. Pero, no puedo, no puedo. Me tengo que ir. Ya encontraré otra pensión. Un lugar donde por lo menos tenga un rincón de tranquilidad.

A las seis de la mañana se despertó. Juntó algunas cosas, mate, termo, cepillo de dientes, ropa interior. Las guardó en el portafolios azul. Algunos papeles, en la cartera color miel. En una hoja de cuaderno, que dejó sobre la mesa, pegada con cinta scotch, en uno de los pocos lugares visibles y no atacados, escribió:

Nelly:

Me voy unos días para afuera. Después paso a buscar mis cosas. Un abrazo para el chiquito. Hasta pronto.

Laura

No quería encontrarse con la Nelly. No quería verla más. Salió sin rumbo. Tomó al descuido el primer ómnibus que pasó, sin fijarse en su destino. Estaba vacío. No podía parar el llanto que salió, huérfano. El guarda la miró con cara de extrañeza por unos segundos y volvió a

contar sus monedas.

Prisión

Unos días después, en una fría madrugada, Marta tuvo que volver a Buenos Aires. La situación se había tornado cada vez más negra en Uruguay. En Argentina ya operaban las tres A.

Allá la esperaba Andrés. Unos compañeros argentinos, de pura cepa, les habían prestado un apartamento chico, de lujo. Era un chiche, algo desconocido para ellos. Todo moquetado, las bibliotecas hechas de persianas de roble lustradas, ventanales enormes. Una hermosura. Estaba ubicado en la calle Migueletes, a dos cuadras del Hospital Militar que se encuentra en la Avda. Luis Ma. Campos, en Palermo. Ese barrio a Andrés no le gustaba para nada. Tenía que salir muy bien vestido y decía: “Esto está lleno de gorilones”.

Todavía los familiares uruguayos de Marta y de Andrés podían venir a visitarlos. Apenas pasados cuatro meses, el catorce de abril de mil novecientos setenta y cinco, Andrés desapareció. Esa noche no vino a dormir. A las seis de la mañana Marta empezó a llamar a todos los hospitales y comisarías. Nada. Un compañero, de los pocos de los que tenía el teléfono, la quiso tranquilizar. Le sugirió que podría haberse quedado con otra. Marta no le creyó.

Así que, por tranquilidad, Marta empezó a vaciar

el apartamento. Juntó ropa y libros.

Para su sorpresa, cuando abrió las puertas de arriba del placard del dormitorio, escondida detrás de unos bolsos, encontro una valija Samsonite marrón. La puso sobre la cama, ya destendida. Apenas las cerraduras hicieron clic y levantó la tapa, vio que estaba llena hasta reventar, de billetes de cien dólares, alisados y muy bien ordenados. Casi le vino un soponcio. Sabía que había temas que entre ellos no compartían. En eso estaban de acuerdo. Pero aquello no se lo esperaba para nada.

Le vino una cólera satánica. ¡Este es un tarado!, pensó. Tenía que deshacerse con urgencia de la tal valija. No la tiró por la ventana que daba a la calle porque no quería hacer ruido. Antes de cerrarla pasó los dedos por encima de los dólares. La plata le quemaba.

Más rápido que ligero, en un elegante bar de Belgrano, la devolvió a un compañero, sin decir una palabra. Ese día creyó que el cuerpo le iba a explotar. Nunca supo ni quiso saber adonde fueron a parar esos dólares. Tampoco cual era su origen. El tema quedó enterrado y nunca fue mencionado en los interrogatorios bajo torturas a los que fue sometido Andrés y varios otros compañeros.

Marta vivió toda esta situación como si fuera un dibujo animado macabro del que había que huir. Y huyó.

Llamó a Montevideo y le pidió a la madre de An-

drés que se viniera urgente. Vino.

Las dos mujeres estuvieron días sin saber nada, dando vueltas, cada vez más desesperadas. Hasta que una tarde, el senador Solari Irigoyen las convocó. El hombre, inolvidable, con una cara de prócer que intimidaba, les dio noticias. Dijo que un mozo, empleado en un bar de la Avenida Leandro Alem, había presenciado la detención de un hombre que a los gritos decía: “¡Soy Andrés Píriz!. ¡Me quieren secuestrar!”. Al mismo tiempo, tiro un documento de identidad sobre el mostrador. También dijo que al armarse tanto lío, había intervenido la Policía de Tránsito de la Casa Rosada. El detalle: en la Comisaría de la casa Rosada, al otro día, negaron que ellos hubieran participado en el asunto.

Saber que podía estar preso no fue una alegría pero sí un alivio. Hasta confirmarlo, claro. Ya habían empezado a aparecer muertos en las cunetas y mentiras oficiales. Al fin, un habeas corpus, presentado en provincias, tuvo respuesta. Decía que Andrés estaba detenido en la Cárcel de San Justo.

La madre de Andrés fue allí a tratar de verlo. Prepararon ropa limpia y comida rica. Inútil. No lo pudo ver. Dijeron que estaba detenido en el Penal de Sierra Chica, a 16 kilómetros de Olavarría, allá por donde el diablo perdió el poncho.

Pensión Independencia

Mientras buscaban donde vivir, las dos mujeres pasaron unos días en un hotelucho, hasta que un día apareció un aviso en “Clarín”, el único que no pedía garantía para alquilar un cuarto. Sólo tres meses por adelantado. Habitación amueblada, teléfono, baño y cocina. En la calle Independencia casi Piedras. Un verdadero lujo. La alquilaron sin verla. La vieja de Marta prestó la plata. El encargado de la inmobiliaria, un hombre correcto, vestido a la porteña, bien disimulada la circunstancia de que les estaba haciendo un gran favor, hizo el papeleo sin preguntar más que lo indispensable.

La habitación tenía una antigua puerta ventana con postigos, que daba sobre un balcón hacia la calle Independencia. Era grande, con pisos de pinotea. El baño, una lástima, no tenía abertura alguna ni respiradero. Al entrar, las cucarachas parecían ejércitos en retirada.

En otro cuarto, pegado, vivía una pareja de indios del Chaco, con cinco hijos muy chiquitos. El menor tenía seis meses. Sin teléfono ni baño privado. Compartían un espacio con cocina a gas, pileta y mesa para comer. Ese lugar quedaba siempre sin llave. Estaban algo apartados del resto de los inquilinos del enorme caserón. Casi nunca los veían.

El arreglo con la inmobiliaria era que a los tres meses había que empezar a pagar mes a mes.

Al otro día de instaladas las dos mujeres, apareció una italiana, petisa y gordita. Dijo que quería hablarles. Vino con el marido, que no abrió la boca. Posiblemente las eligió como interlocutoras porque eran las únicas inquilinas de tez blanca. Los demás eran casi todos cabecitas negras, decía, de esos que sólo merecen que se les grite.

Apenas entró, empezó a decir que la casa era de ella. Y que los inquilinos éramos todos usurpadores. Mientras hablaba miraba los muebles de la habitación con cara depredadora: dos camas marineras, un ropero, una mesa y un par de sillas, diciendo que también le pertenecían. Inquieta, seguía mirando como un radar. Se detuvo en el teléfono:

—Este me lo llevo, es mío-. Lo desconectó de un tirón y lo apretó abajo del brazo.

Marta les dio las explicaciones del caso: que ya habían pagado, único dato pertinente y eficaz.

Hizo muchas preguntas sobre el arrendador, que no fueron contestadas. La Tana empezó a gritar. No se comprendía lo que decía. Con gesto y cara de extrañeza, Marta y su suegra le dijeron que era mejor pensar y hablar otro día.

Aquella resultó ser una guarida perfecta para ellas. No las conocía nadie. De a poco, se acostumbraron a las cucarachas. Con la señora de al lado se llevaban bien, sin

hablar mucho. Al marido se lo veía poco. Salía a trabajar a las cinco de la mañana. Los niños casi no se sentían. A veces, algún llanto en la noche.

Penal de Sierra Chica

La madre de Andrés nunca faltó a las visitas al Penal de Sierra Chica. La primera vez, Marta la acompañó, por no dejarla sola.

Siguiendo a otros familiares, vieron la enorme cárcel. No era para presos políticos. Era para los llamados presos comunes, ya condenados. A la entrada había una larga cola de mujeres con sus bolsas gastadas, en silencio total, apretadas por el frío. No había lugar para la risa. Más bien se respiraba un aire de desconfianza, en todo caso de ensimismamiento, de preocupación y tristeza. Marta fue con su suegra hasta la cola y le propuso ir a tomar un café: aquello daba la impresión de que iba para rato.

-No, de ninguna manera -contestó la mujer, -yo me quedo acá.

-Bueno- le dijo Marta -voy a ver qué puedo comprar para que le lleve. ¿Caramelos? ¿Galletitas?.

Al fin, compró unos lápices, un block y un paquete de tabaco: una miseria. La madre de Andrés guardó todo. Cerca del Penal había un hotelucho. Quedaron en encontrarse allí a la salida. Era de piso de tierra. Se parecía más a un boliche de campaña que a otra cosa.

Marta entró y miró el panorama sin saber dónde meterse. Era un espacio no muy grande, con mesas y manteles de hule, pegajosos. Se sentó cerca de una ventana. Había poca gente. En su mayoría mujeres muy humildes, con bolsas desmañadas, sentadas sin consumir nada, como en eterna espera. Nadie hablaba. Detrás de un mostrador de cemento, un hombre muy gordo, mal vestido, lavaba vasos. No la miró (aunque, por supuesto, la vió), ni le preguntó qué quería cuando ella se sentó.

Pidió para ir al baño. El gordo le hizo una seña hacia donde había una cortina de cretona que rezumaba grasa. Del baño, mejor no hablar. Atrás de la cortina se veían pequeñas habitaciones. El lugar era boliche y hotel para los familiares de los presos comunes, más pobres que todos los pobres juntos.

Marta pidió al gordo un café con leche mientras espantaba el mosquerío. Pasaban las horas. Cada tanto salía a dar una vuelta por el pueblo. Cortita. Caminaba sin rumbo. No pudo encontrar ningún atractivo, tironeada todo el tiempo por volver a buscar a su suegra, por saber qué había pasado con su amor. Eran casas bajas, posiblemente de los funcionarios de ese lugar. Pueblo de cuartel.

Al final, la suegra apareció.

—Vámonos —dijo desde la puerta. Tras los pequeños lentes, los ojos claros traslucían espanto. Temblaba.

No volvió a hablar. Tomaron el primer ómnibus que salía para Buenos Aires. Ella, muda. En el largo trayecto, lo único que dijo fue que la visita había sido en una capilla y que Andrés rengueaba. Cada tanto repetía:

–Dice Andrés que acá no vuelvas más, nunca más.

En silencio, pasaron las nueve horas que demoró el trayecto hasta Constitución, en Buenos Aires.

Tapiz

A Marta no le importaba la mugre de la ciudad ni el ruido atronador de los colectivos de Buenos Aires. Mucho menos las paredes descascaradas y el agrio olor a orín de gato que impregnaba los corredores de la pensión donde vivían.

Entrar por la puerta colonial desvencijada, siempre abierta, subir la erosionada escalera de mármol hasta la pieza recién alquilada fue para ellas llegar al escondite que necesitaban con urgencia. Una cabaña tranquila y protegida.

Los sueños se deslizaban por los rayos de sol. Se colaban por los vidrios sucios, pegoteados de polvo y nafta. Eran pasiones embravecidas y fulgurantes.

Marta le escribía cartas a Andrés en papeles de ternura colorida: celestes, amarillos, naranjas. Cartas arcoiris. Volvían otras, abigarradas, vivaces, dobladas con esmero, escritas en letra pequeña, de preso.

Así se armó el tapiz, tejido entre la celda de un penal y una pieza de pensión.

Marta lo mira hoy, descolorido y deshilachado. Sube por una lana roja. Trepas de nuevo al ómnibus desde la Estación Constitución a la ciudad de Olavarría, en el centro de la Argentina. Nueve horas de viaje en pleno invierno para llegar temprano a la visita negada. Nueve horas de regreso a Buenos Aires con el rostro sin olvido: su suegra, al salir del penal, el terror hecho mujer. Y aquellas palabras que tampoco nunca se borraron, como esculpidas en piedra: “Que te vayas, que te buscan, que no vuelvas nunca más”.

Marta tenía que esconder el dolor. Solo podía intentar sostener la angustia de aquella madre. Pero mientras pasaban y pasaban los kilómetros, su cabeza volaba: “Qué me importa que me busquen si quiero verlo, qué me importa, si lo amo, qué importa que me agarren; quienes son para separarme de él”. Desgarro del alma muda. Rabia, empacho de rabia que no puede salir.

Hay que esconder las lágrimas. No sabe quién viaja a su lado. Ni el que va adelante ni el que va detrás; ni el que maneja, ni para dónde va. El ómnibus para. Sube un

hombre con una caja de herramientas. Paga el boleto. Busca donde sentarse. Marta sabe que el hombre viene cansado. De un cansancio distinto. Pero se hace la distraída y no le ofrece su asiento. Al contrario, hace como que no lo ve. El conductor retoma la ruta.

La Tana y el pillo

A los tres meses de estar viviendo en la pensión de la calle Independencia y Piedras, fueron a pagar el alquiler a la inmobiliaria. El escritorio no estaba más. Rarísimo. Hablando con los demás inquilinos, resultó que les había pasado lo mismo. Estaban todos en igual condición. Nadie entendía nada. Desconcertados, perplejos.

A partir de ese momento, la Tana empezó a venir casi todos los días: se paraba en la puerta y se dedicaba a insultar a los inquilinos que reconocía. La puerta de abajo quedaba siempre abierta. La suegra de Marta le tenía pánico. Pensaba que podía darle un empujón y tirarla escaleras abajo, cosa que la aterraba. Un día la Tana entró y sacó todas las hornallas de la cocina para que no se pudieran cocinar. Le puso llave a la puerta. El agua para el mate, las frituras y los guisos, se empezaron a hacer en el horno. Lo sintieron como un triunfo y, en realidad, cocinar en el horno no cambiaba mucho las cosas.

Alguien dijo que la Tana había iniciado una demanda y que, en cualquier momento, la Policía los iba a desalojar. Otro consiguió la dirección del arrendatario. Lo

buscaron.

En uno de esos días de insoportable calor porteño, lo encontraron. El hombre estaba como un pashá, tirado en una reposería en el jardín sombreado de su casa, tomando cerveza fresca. El tiempo había pasado bien para él. Cuando le preguntaron cómo se hacía para seguir pagando el alquiler dijo que no había que pagar nada, que ya el negocio estaba cerrado. Le contaron las presiones de la Tana y el desalojo. Largó la risa y dijo:

—Ni pensar, de ahí no los saca nadie.

Le dijeron que los había estafado.

Con un gesto de absoluta suficiencia, contestó:

-Miren, les voy a explicar. Yo no soy ningún estafador. Lo que yo hago es obra social. Ustedes no tienen ni un mango para pagar un alquiler y yo les doy alojamiento regalado por tiempo indefinido. Obra social se llama eso, ¿entienden?

Se les figuró Perón. Era un pillo inteligente.

Después de consultar a un abogado, resultó que el hombre tenía razón: de ahí nadie los podía sacar, ni la Tana ni la cana. Nadie pagó más el alquiler y pudieron quedarse un buen tiempo más.

Un día la Triple A empezó a andar cerca. Por la calle Piedras empezaron a asomarse los Ford Falcon de particular.

Le dejaron la llave de la pieza a la vecina y se fueron. Les había dolido siempre saber que vivía ahí, sin baño, con el marido y los hijos, en la misma cantidad de metros cuadrados que ellas.

Libertad y destierro

En el Juzgado de San Martín se inició un expediente de investigación sobre la situación de Andrés a cargo del Juez Luque. Marta y su suegra iban a verlo casi todas las semanas para tratar de que todo caminara más rápido.

Luque era un alfeñique, con cara de cuervo. Las atendía a la hora que quería. Unas cuantas mujeres hacían colas eternas. Una de ellas era la madre de Dardo Cabo, montonero, que compartió la cárcel con Andrés.

Marta se presentaba a las breves y tensas reuniones con Luque como una santa señora que acompañaba a su suegra por pura bondad. Un día, sin darse cuenta, apoyó sobre el escritorio del Juez dos libros que estaba leyendo. No escaparon a su mirada inquisitiva. Marta casi se muere de miedo cuando vio que el alfeñique leyó los nombres de los autores: uno era Tolstoi, el otro Gramsci. Pero el hombre no dijo nada.

Así siguió, simulando tranquilidad, hasta que el Juez les informó que había firmado la libertad de Andrés. Solo faltaba enviar la resolución a Tribunales, en Buenos Aires.

La noticia fue un verdadero triunfo. Las dos mujeres fueron al escritorio del fondo del Juzgado a hablar con la secretaria de Luque. Era tan cínica como él. Les dijo que ya era demasiado tarde para hacer el trámite. Y se retiró. En un raptó de audacia, Marta tomó el teléfono y llamó a Tribunales. Cuando la atendieron, haciéndose pasar por la secretaria, pasó la información del expediente. Falaban cinco minutos para el cierre de los Juzgados, así que se fueron. La maniobra funcionó. Para ellas, la libertad no cumplía horarios.

Muchas veces, en esa época, a la muchacha no le costaba mucho actuar como si fuese otra. Y mucho menos si se trataba de amor.

A Andrés lo tuvieron unos días más en la Policía Federal de Buenos Aires y dieron fecha para su partida hacia París, Francia. Toda la familia fue a despedirlo al Aeropuerto de Ezeiza. Un avión levantó vuelo, pero a él no lo vieron. Regresaron con muchísimo miedo. ¿Qué podía haber ocurrido? La única forma de saberlo era ir a averiguar a la Policía Federal. ¡Fue la última botijada que les hicieron! ¡Dijeron que no habían tenido tiempo de hacerle el pasaporte! Fijaron otra fecha de partida que, finalmente, se cumplió. La alegría volvió a los estrujados

corazones. Mientras Andrés volaba hacia su destierro en París, en la noche se juntaron en un bolichón de Buenos Aires a festejar. Pocos días después, Marta viajó a encontrarse con él.

París

El viaje desde Ezeiza hasta Charles de Gaulle, se le hizo interminable. Tenía unas ganas locas de llegar. Como estaba algo pasada de peso, para disimular, fue con una camisa floja. Se puso el perfume del avión, esos que parecen ser de marca pero que son una porquería. No quería tener olor a transpiración. Andrés la fue a esperar con una amiga italiana, Roberta, en un fitito. Ella manejaba. Sentados en el asiento de atrás, se comieron a besos.

La prisión de Andrés en la cárcel para penados de Sierra Chica (Olavarría) los había mantenido alejados alrededor de ocho meses. Las extensas cartas que se escribían nunca fueron censuradas. Tampoco los libros: uno de ellos “El Capital”, traducido por Perico Scarón.

La distancia alimentó el deseo del encuentro, no exento de dolor. Pocos días antes de su viaje, un compañero de militancia de Marta, en un boliche porteño, le entregó una larga carta. Con lujo de argumentos, de una rigidez casi militar, decía que su partida iba a ser una traición a la lucha.

También le reprochó su ausencia de una especie

de tribunal que sus compañeros habían preparado para hacerle un juicio de intención, al que no había concurrido. Esa carta fue para ella una puñalada que durante varios años llevó en el corazón. Fue una de esas heridas de las que no se borran. Por eso, su viaje a París, fue contradictorio. Hubo amor pero también un profundo sentimiento de culpa y rencor.

Hasta hace muy poco tiempo, Marta no fue capaz de darse cuenta que si no hubiera salido de Buenos Aires en aquél momento, habría sido una de las tantas mujeres que el genocidio argentino y el Plan Cóndor desaparecieron pocos meses después. Aquellas queridas compañeras y compañeros que hasta hoy no se sabe dónde están.

Ya en París, Andrée Broescké, francesa, amante de un argentino muy mujeriego, les había conseguido el apartamento de una bella modelo sueca, en Montparnasse. La sueca estaba en Estocolmo. Allí, la seguridad social le estaba haciendo un tratamiento en los tendones de una mano. La habían dañado, en un intento de robo, en el ascensor del edificio.

El apartamento tenía amplios ventanales y el gris de París se colaba a raudales. La sala de estar parecía un comercio de venta de adornos finos, minúsculos. A cada paso había que prestar atención para no romper algo. Los estantes estaban abarrotados de chucherías. Uno de ellos, con varias botellas de licores. Era imposible leer el nombre de los autores y los títulos de los libros. La colcha de la

cama grande, sobre la que se abalanzaron, parecía ser de piel de conejo. Toda blanca y peluda. Para ellos, aquello era muy extraño.

Los primeros días pasearon a orillas del Sena, enamorados, como si recién se hubieran conocido. El barrio latino les encantó. Él estaba como embobado. Se reía de cualquier cosa en los encuentros con compañeros franceses. En un desastroso francés, hacía chistes que nadie entendía. Cuando quería demostrarse atento, hacía gestos ridículos; esos que hacen algunos hombres cuando se ponen demasiado zalameros y delicaditos.

Ella se revolvía un poco mejor, aunque muchas veces no entendía todo lo que se hablaba en francés. Pero en los vapores del encuentro, no le importaba. Fue sí un problema en las tareas cotidianas. Cuando le hablaban, le parecía que surgían palabras en castellano. Y los parisinos no perdonaban: apenas percibían que era extranjera, respondían con mucha grosería.

Luego de haber vivido en Buenos Aires y en París se hicieron expertos en el arte de ignorar parte de su identidad. Durante muchos años, estuvieran donde estuvieran, no dejaron de sentirse tensos.

Días después de llegar a Francia, viajaron en tren hasta Beausoleil, donde vivían el hermano de Andrés y su familia. Luego, visitaron a la hermana de Marta, su marido y sus hijos, en Lovaina, Bélgica.

Para todos ellos, los encuentros fueron de nostalgias y alegrías. Hacía mucho que no se veían. El hermano de Andrés había sido parte de la enorme emigración económica que la crisis había expulsado de Uruguay. La hermana de Marta, de la política.

Cuando la sueca anunció su regreso, fue necesario dejar impoluto su apartamento y, sobre todo, reponer los licores. Andrée Broescké le había prestado a Marta una amplia capa de paño negro, larga hasta los pies. Ella se la puso y fue hasta un supermercado cercano. Como si fuera una reina, se acercó a la góndola de las bebidas con alcohol y escondió, bajo sus brazos, varias botellas. Salió sin pagar. Parecía que estaba embarazada. Luego de dejarlas, repitió el operativo en otro comercio algo más lejano.

Entre los dos, acomodaron los licores en su estante y para despedirse y agradecerle, esperaron a la sueca con una linda cena. Entre pitos y flautas, le contaron los detalles del robo. La sueca, sorprendida, quedó encantada. Y se reía mucho porque una de las botellas era de un whisky etiqueta negra. Parece que como era muy caro, ella no lo compraba nunca.

El ambiente entre los cuatro fue tan distendido que Andrés, escuchando música con los auriculares puestos, se durmió, tirado en el suelo, mientras las mujeres siguieron charlando. Al otro día, como un guarango, no tuvo mejor idea que quejarse de que la sueca no le prestaba atención!

De allí pasaron a vivir a otro apartamento, en la rue Geoffroy de Saint Hilaire. El dueño, Alain Labrousse, estaba de viaje por América Latina. Fue allí, en lo de Alain, la única vez que entre los dos escribieron los detalles de la dureza de la detención de Andrés en Buenos Aires. Habían participado militares uruguayos y argentinos, pero la vida itinerante les hizo perder ese testimonio.

Tenían teléfono fijo. De cuando en cuando llegaban llamadas para Andrés, solamente desde Buenos Aires. Una de ellas fue de terror. Se trataba de la aparición de cuerpos mutilados en las orillas uruguayas del Río de la Plata. Era el mes de marzo de 1976, justo cuando hacía pocos días habían sido detenidos en Colonia, mientras intentaban ingresar, desde Buenos Aires a Uruguay, tres compañeros.

La prensa uruguaya publicó espantosas fotografías de cadáveres, irreconocibles, diciendo que eran marineros asiáticos, que habían muerto en trifulcas en los barcos. Esta macabra historia, escasamente creíble, sólo sirvió para crear un enorme desconcierto e incertidumbre.

También comenzaron a llegar las noticias de los desaparecidos en Argentina así como el nombre y apellido de sus responsables. Podrían contarse con los dedos de una mano los delincuentes que permanecieron en el anonimato. Cuando surgía un nuevo testimonio, la verdad se fue construyendo, como si fuera un puzzle. Con tesón, escribieron y realizaron innumerables denuncias en perío-

dicos, organismos internacionales y entre los uruguayos que ya se habían refugiado en el exterior.

Fueron inolvidables las intervenciones de Carlos Giambruno, representante de Uruguay en la Comisión de Derechos humanos de las Naciones Unidas: mentiras, una atrás de la otra.

Lucía

Cuando Marta y Andrés se conocieron, él había tenido dos hijos, Ana y Joaquín, de un matrimonio anterior. Ellos también habían tenido que salir de Montevideo a Buenos Aires, hasta que desde Argentina también tuvieron que huir.

Fue así que los dos muchachos, ya adolescentes, por entonces viajaron a París. Su padre y Marta los esperaban. Su mamá llegó un par de meses después.

Para cobijarlos, alquilaron una bohardilla en la Rue de Flandre, en Porte de la Villette, ubicada a pocas cuadras de donde años después se construyó la Ciudad de Ciencias y de la Industria. La entrada del edificio, de cinco pisos sin ascensor, hasta hoy tiene un inmenso portón de madera. No era un palacio pero tenían lugar suficiente para los cuatro y una cocina, no muy amplia.

Muchas antiguas viviendas parisinas, de las que pueden verse en tantísimas fotos de la ciudad, fueron

construidas sin duchas. Durante años los franceses se bañaron en palanganas, algunas veces de cobre. Las duchas fueron agregadas con posterioridad. Ese fue el caso de la bohardilla: la ducha estaba en la cocina, cubierta por una cortina de plástico. Para hacer sus necesidades debían ir al descanso de la escalera del edificio, donde había una tasa turca, esas donde para cagar había que hacerlo en cuclillas, como lo hacen (o lo hacían) casi todas las indias del continente americano. Era compartida con otras dos familias que vivían en el mismo piso.

Durante ese período, que finalizó cuando la mamá de los muchachos pudo escapar de Buenos Aires y viajar a París a encontrarse con sus hijos, Andrés y Marta tomaron una decisión muy saludable para todos: si algún tema se volvía escabroso, quien intervenía era su padre. Marta no se sentía capaz de hacerse cargo de aquella situación, de aristas por demás complejas. Así pudieron mantener el equilibrio indispensable para la convivencia, plagada de incertidumbres: desde las más profundas hasta aquellas que muchas veces se colaban en la vida cotidiana.

Marta estaba rumiando las ganas de tener un hijo. Temiendo una negativa, no lo decía. Hasta que un día se animó. Él, de inmediato le contestó: “¡Cómo no!”, como si fuera lo más evidente del mundo. Y se pusieron manos a la obra. Pero no había caso: ella no quedaba embarazada. Preocupada, comentó el tema con su amiga Andréa Broescké, aquella mujer que tanto los había ayudado en el momento de su llegada a Francia. Sin vacilar les reco-

mendó un médico especialista en situaciones como esas.

Y allá fueron a verlo, sin necesidad de pedir hora. Tenía un consultorio sumamente prolijo en uno de los barrios más ricos de París. Cuando los atendió, sin preguntar razones y sin cobrarles ni un vintén, luego de un par de exámenes les informó que ella estaba bien pero que los espermatozoides de él caminaban muy lentos (se ve que eran perezosos). Les indicó un minucioso tratamiento. Sin embargo, no fue necesario: trabajaron con tanto entusiasmo que los espermatozoides se aceleraron y ella quedó embarazada.

Hotel Dieu

Antes de ser reformado, para ingresar al llamado Hotel Dieu, un espacioso hospital ubicado en la misma plaza que Notre Dame de París, era necesario atravesar una enorme puerta giratoria. Allí se despidieron con mucha ansiedad Marta y su compañero, cuando ya ella estaba con las contracciones que anunciaban el parto.

Muy entretenidas conversaciones y juegos de la imaginación los habían llevado a elegir como nombre de niña Lucía y, si era varón, Martín o León. En el momento en que la apuraron para que entrara, él, con mucha timidez, le pidió que si nacía una niña, también le pusiera Victoria. Era un nombre que amalgamaba vidas y pasiones compartidas, con la alegría inmensa de que el hijo o la hija que esperaban ya hacía meses, pataleaba con entusias-

mo.

Ubicaron a Marta en una habitación bastante cómoda, para dos personas. La compañera, que también esperaba el momento del parto, era búlgara. No se manejaba ni con el francés ni con el español. La comunicación entre ellas empezó a circular a través de una improvisada lengua de señas. En algunos momentos, intercambiaban gestos elementales, muchas veces de contenidos ininteligibles para las dos, extranjeras.

Ambas estaban con la presión alta. Todos los alimentos que recibían no tenían ni una pizca de sal. Ni la magra tostada de la mañana, que acompañaba un enorme tazón de leche, ni los almuerzos o cenas.

Los controles de las enfermeras, muy frecuentes, con caras serias, las dejaban cada vez más inquietas. Apenas ellas se retiraban, las dos mujeres se miraban abriendo mucho los ojos, entre asustadas e interrogantes. La ansiedad les hormigueaba por el cuerpo. Se preguntaban si tendrían alguna grave enfermedad o si algo perjudicaría el parto. ¿Moriría el bebé esperado? Eran dudas que enterraban en el fondo de sus pensamientos.

En la hora de la primera visita, cerca de ocho familiares, muy emperifollados, rodearon la cama de la búlgara. De unos paquetes que habían traído, le acercaban alimentos que ella devoraba. Marta ese día no tuvo visitas, así que pudo notarlo, con asombro. Y se preocupó.

Antes de que se fueran, logró preguntarle a uno de ellos el nombre de la joven. Se llamaba Ivanka. Aprovechó también a decirle que quizás no le hiciera bien ni, a ella ni al bebé, comer productos que no estaban en el régimen hospitalario. Breve y en búlgaro, el familiar hizo la traducción a la muchacha y, apurado, se retiró.

Ivanka miró a Marta, furibunda. Con brusquedad se cubrió y le dio la espalda, ignorándola.

Al otro día, en la mañana, llegó el marido de Ivanka. En un perfecto francés habló con una de las enfermeras. Se lo notaba preocupado; quiso saber cómo estaba su mujer. Le dieron pocas explicaciones, pero lo dejaron más tranquilo. Marta, en su franchute rioplatense, le dio a entender el enojo de Ivanka y su propia inquietud.

La respuesta del hombre fue clara. La numerosa visita de la tarde anterior se debió a que sus familiares le habían traído a Ivanka un pan dulce casero (Kozunak), hecho por su propia madre. Atravesando fronteras hasta llegar a París, eludiendo los controles sanitarios, aquel pan dulce había logrado que ella pudiera celebrar la Semana Santa, como se hacía en su país de origen. No era en la misma fecha que en la religión cristiana occidental sino que formaba parte de una legendaria tradición búlgara, proveniente del calendario juliano.

Marta no conocía esta tradición. Se dio cuenta, muy disgustada, que su intervención en el asunto había

sido de una falta de respeto muy grande, justo en esa situación en que ambas estaban preocupadas y ansiosas. Se disculpó con sinceridad ante el marido de Ivanka y le pidió que se lo transmitiera a ella.

Así mejoraron un poco aquellas extrañas maneras con las que se comunicaban. Hasta que las dos parieron: Ivanka, un varón, Andon. Marta: una niña, Lucía.

Fue un problema el hecho de que en el baño de la habitación no hubiera ducha. Por eso, luego del parto y a escondida de las enfermeras, con una toalla y un camisón limpio, Marta caminó por los anchos corredores de aquel grandioso hospital y encontró una. Era para las limpiadoras. Entre lampazos, baldes y trapos de piso, pudo bañarse, feliz. Minutos después, descansó, hasta que le acercaron a Lucía en una cunita rodante.

Cuando trató de darle la teta, la niña no la chupaba. Preocupada, lo comentó con una enfermera que, abriendo muy grandes los ojos, le dijo: “Nosotras le damos mamaderas con leche en polvo especial”. Marta no podía creer lo que oía. Enojada, con mucha rabia, le pidió que no le dieran más sus polvorientas mamaderas. Y agregó, contenida: “S’il vous plait”, como si estuviera rezando.

Tampoco se podía usar chupete: estaba prohibido. Cuando Lucía berreaba a su lado, como Marta tenía uno debajo de la almohada, se lo ponía. Y pensaba: “¿Sería bueno para los pulmones dejar que un bebé llorara? ¿Qué

pasa en este país que las mujeres no dan de mamar? ¿Será que les duele? ¿Tendrán miedo de que las tetas se les estiren hasta el ombligo? ¿Será una moda que no conozco?”

Por estos motivos que Marta no comprendía, dijo que quería volver a su casa. No era imposible. Pero si se retiraba antes de diez días (fueran tres, cinco o nueve), la Seguridad Social francesa no se hacía cargo de nada de lo que pudiera ocurrirle a los bebés. Ella no quiso correr ningún riesgo. Y lo aceptó.

El día de regresar a sus hogares, nevaba en París. Ivanka salió primero de la habitación. Cuando le tocó el turno a Marta, encontraron a Ivanka llorando con Andón en brazos: nadie había venido a buscarla. Junto con Andrés, le propusieron acercarla hasta su casa. Pero cuando llegaron, allí tampoco había nadie.

Se miraron, consternados y, en menos que canta un gallo decidieron llevarla al apartamento a donde se habían mudado no hacía demasiado tiempo. Ivanka, casi temblando, dejó una nota a los funcionarios del hospital, con la dirección: seize Rue de Roses, Porte de la Chapelle.

En el poco tiempo que permaneció allí, el buen trato se hizo añicos. La convivencia en un apartamento de dos habitaciones, separadas por un delgado tabique, se volvió insoportable. El tiempo no invitaba a salir. La atención de los nuevos bebés las llevaba a molestarse todo el tiempo. Además, tanto durante el día como en la noche,

cuando una lloraba el otro se despertaba. Ni qué hablar de los momentos de bañarlos o lavar y poner a secar los pañales, aún de tela. O de las mudas relaciones sexuales de Marta y Andrés, muchas veces interrumpidas.

Él hacía los mandados. Algunos de los alimentos tenían que ser guardados en una diminuta heladera que tenían en la cocina. Sin ningún problema, Ivanka la vaciaba y Andrés, cada vez más malhumorado, en su mal francés, hacía las compras de nuevo.

Las amabilidades del tiempo en el hospital fueron olvidadas. Para peor, una noche pasó por París, de regreso de la URSS, el payador Carlitos Molina. Parece que uno de sus tantos amigos uruguayos le había conseguido un pasaje para que conociera el país, con la peregrina idea de que cambiara sus ideas libertarias, cosa que por supuesto, no ocurrió. Y fue invitado a cenar al apartamento. Al poco rato de llegar, tomó su guitarra y empezó a cantar sus ingeniosas payadas.

Lucía lo miraba desde la cuna con sus grandes ojos. Le hacía tantas fiestas que Carlitos decretó que sería su padrino. Pero para Ivanka (y los vecinos franceses) aquello resultó insoportable. No durmió en toda la noche y al otro día estaba de tan mal humor que ni señas hacía.

No se sabía dónde estaba su marido ni tampoco alguno de los que le habían llevado el pan dulce al hospital. Hasta que por fin, un día llegó a buscarla un búlgaro

que chamuyaba un poco el francés. Dijo algo así como que el marido de la muchacha había tenido un grave accidente de trabajo y estaba internado. El tipo no tenía muy buena facha. Pero ellos le dibujaron una amplia sonrisa y los dejaron irse sin preguntar.

Ese día, el besito de la noche se adelantó para Lucía. Sus padres, aún preguntándose si Ivanka no volvería, pudieron cenar tranquilos en un hogar que recobró su intimidad.

Esa niña, en aquel atormentado París que escasísimas veces tuvo un atractivo turístico, fue para ellos una luz. Criada en el pecho materno, su guirigay los despertaba por las mañanas.

Santa Cruz de la Sierra

Cuando vivimos en Brasil, mientras no pude tener un documento de residencia legalizado, viajé varias veces a la frontera. Para regularizar mi situación necesitaba que me sellaran el pasaporte en Migraciones. Eran largos y tediosos viajes en ómnibus hasta las Cataratas del Iguazú, donde obtenía esos sellitos de morondanga.

Una vez, pude acortarlo yendo en avión a Santa Cruz de la Sierra, con pasaje de ida y vuelta. El viaje fue un placer. Servían unos panes riquísimos y comida boliviana abundante, de excelente sabor. No como esas de ahora, escasas y con gusto a heladera.

En Bolivia todo era más barato, así que elegí un Hotel con piscina y todo. Me quedé con poco dinero, sabiendo que al otro día, regresaba a casa.

Esa noche, dormí como piedra. Apenas me desperté, me apronté para volver. No tomó mucho tiempo. Sólo viajaba con una mochila verde, que hasta suerte me había dado de tanto usarla. Pagué el hotel y fui a la com-

pañía de aviación a marcar el regreso.

Resultó que había que pagar en dólares, una tasa extra obligatoria. No era mucho pero yo no lo sabía y no tenía aquel dinero, ni por lejos. Le expliqué a la muy arreglada señorita que me atendió, que nadie me había informado de ese pago suplementario. Me enojé mucho. Apareció el “yo no tengo la culpa”, hermético e implacable, que tantas veces sucede en situaciones enojosas.

Le sugerí que se comunicara a Sao Paulo, con la agencia que me había vendido el pasaje. No funcionó. No hubo caso. Volví al hotel a pedir un día más de alojamiento. Prometí el pago para el día siguiente, desde Sao Paulo. La negativa también fue rotunda. No tenía a quien recurrir. Mi marido estaba de viaje y no había manera de encontrarlo. Llamé también a una amiga brasileña. Estaba enferma, en cama. Así que tratando de no alarmarlos, le avisé a mis suegros que iba a demorar un poco en llegar. Ellos se habían quedado con Lucía, mi hija, en casa.

Salí caminando hacia una plaza. Los árboles eran altísimos, de hojas grandes y troncos inmensos. Unos perzosos peludos y grandes, de largas patas, colgaban inmóviles de las ramas. El calor era sofocante. Algunas cholas andaban en la vuelta, con sus pollerones, muy conversadoras. Pero no pude disfrutar del panorama boliviano, que sólo conocía por fotos e historias.

Busqué la sombra de un banco para sentarme. Lo

único que me pasaba por la cabeza era que tenía que encontrar una solución. De pronto, vi una Iglesia. Tenía las puertas cerradas. Como un rayo, se me iluminó el pensamiento, empujado por la desesperación. Ahí me tienen que ayudar, pensé. Para eso se supone que existen las iglesias. ¿Por qué no a mí?

Ya era cerca del mediodía. El calor se tornó más intenso y húmedo. No recuerdo si toqué timbre en una puerta lateral o abordé a un cura, al que le expliqué lo que pasaba. Lo cierto es que fui a parar a un Colegio de Monjas.

Al llegar allí, vi una larga cola de mendicantes esperando. ¡Cuánto quisiera tener hoy las palabras de los grandes maestros para describir aquél panorama! Ver aquello me dio la sensación de estar en el siglo XVIII, en una de aquellas novelas de Dickens o Edmundo D'Amicis, que nunca más había vuelto a leer desde mi infancia.

Había gentes sucias, con pieles enfermas y ropas desgarradas. Gestos serios y avejentados, espaldas curvadas, bocas sin dientes, feos olores, pies casi descalzos, cabellos largos enmarañados, engrasados. Algunos se despiojaban, como la cosa más natural de la vida. Todo era oscuro.

Allí me puse a esperar. Mi forma de vestir y mi aspecto desencajaban. Pero no pareció que mi presencia llamara la atención a ninguno de los mendigos. La monja,

que abrió la puerta, en un orden que abrevaba en siglos de compasión cristiana, nos fue dejando pasar. Fuimos entrando a un salón inmenso, con largas mesas de madera y muchos bancos. Todos nos acomodamos, sin apuro. Sobre platos descascarados, ella fue sirviendo, con un cucharón grande, un ensopado. Lo devoramos hasta la última gota. Nadie hablaba con nadie.

Terminado el sopón, esperé que todos se fueran para dirigirme a ella. Le expliqué lo que pasaba. Me oyó, parca. Se metió la mano en el bolsillo del hábito y empezó sacar moneditas. Bien contadas, una a una, me las dio; también me indicó un lugar donde podía pasar la noche. Supuse que tanta monedita debía provenir de las limosnas que recogían los monaguillos en la Iglesia, después de las misas.

Por muy poco dinero, alquilé una habitación compartida en una pensión. El sitio recomendado tenía un patio central, con un aljibe en el medio. A su alrededor, daban las puertas de varias habitaciones. Una rutina extraña invadió mis días: comer en el convento, levantar las moneditas, pagar la pensión, ir a la agencia de viajes a ver si los dólares que faltaban para viajar habían llegado y andar remoloneando por la ciudad. De la pensión al convento, del convento a la agencia, de la agencia a la plaza, alguna vez tratando de descubrir si los perezosos se movían o no.

La tarde era larga. Insistente, me daba otra pasada

por la agencia de viajes.

Hasta que una mañana, la señorita que me atendía en la agencia, cambió. Me dijo:

–Señora, mire, entre los empleados de acá juntamos el dinero que usted necesita para volver a Sao Paulo.

Yo no podía creer lo que oía. Pedí que me lo repitiera y me puse a llorar. Quise atravesar el mostrador para abrazarla. Viví un momento confuso. No estaba acostumbrada a tanta generosidad y, mucho menos, de personas que casi no me conocían. Los demás empleados seguían en sus tareas, como si nada hubiera ocurrido. Ella me dijo que esa misma tarde me podía ir. No me salían las palabras que hoy, después de casi treinta años, quisiera haberle dicho.

Fue un momento de mi vida tan intenso que hasta hoy me emociona y que deja estas palabras escritas en la mesa de mi cocina, con una estúpida birome Bic.

Ya vuelvo

¡Permiso!

La sala de espera tenía un aspecto desmadejado, poco cuidado, polvoriento. La mujer se sentó a esperar, inquieta. Venía a averiguar cómo podrían hacerle un documento de residencia en un país que no conocía, con un hombre al que tampoco conocía. Se lo había recomendado un amigo diciéndole que era un despachante, palabrita ésta que a ella le sonaba con olor a estafa.

Cuando pasó al escritorio, la única diferencia fue que aquel hombre estaba allí. Un poco mayor, canoso, de aspecto algo desprolijo; se lo veía muy cómodo sentado detrás de un escritorio lleno de papeles desparramados, a tono con la sala de espera.

La mujer se explicó, breve, cuidando no decir nada de más. El hombre la citó para otro día con un “déjeme pensar”. De manera muy agradable y pausada, aseguró que alguna solución iba a encontrar.

En esos días el gobierno de aquel país había convocado, por primera vez, a todos los extranjeros en situa-

ción irregular. Tenían que presentarse ante las autoridades para obtener documentos legales. Los inmigrantes eran muchos. Pensaban que aquello podía ser una trampa para ubicarlos y echarlos. La incertidumbre y el miedo no eran poca cosa para ellos. Habían vivido y trabajado “en negro”, sin problemas, durante años.

El hombre del escritorio la citó varias veces. Parecía que el tiempo le sobraba para la charla, siempre tranquilizadora. Ella solo dijo su nombre de pila. Ninguna dirección. Tampoco le fue preguntada. Charla va, charla viene, algo pasó entre ambos. Simpatía, quizás sabiduría de parte de él después de haber captado, luego de mucho tiempo de trabajo, que aquella mujer no era una inmigrante económica. Un día, como al pasar, dijo que en su juventud había sido comunista. ¡Nada menos que comunista en un país donde casi no existían los comunistas!

Eso abrió el campo para que la mujer hablara. Contó sus verdades. Largas verdades de su estadía en aquel país. Residente política indocumentada. Hacía unos meses había dejado de salir a la frontera cada tres meses con su hija, en viajes abrumadores. Le contó de la última vez que viajó sola, sin ella. Al pasar la Aduana le había hecho creer al funcionario que la pequeña no podía bajar del ómnibus porque estaba con cuarenta grados de fiebre. En realidad, se había quedado muy tranquila en su casa con el papá. Empezaron a intercambiar anécdotas de uno y del otro, siempre sin apuro, muchas veces divirtiéndose. Él se despachaba, gustoso, con historias de su juventud y

con largas disquisiciones sobre las características de personas de distintas nacionalidades que había conocido en su profesión. Parecía tener un fichero en la cabeza.

Las charlas se tornaron cómplices. Lo antaño de él se volvió actual. Ella pudo, por primera vez después de mucho, hablar sin fingir. Así surgió una muy linda amistad, de las pocas en aquellos años. El hombre hasta llegó a contarle las distintas modalidades que utilizaba para hacer documentos de residencia falsos. Una, la más barata (mil dólares), consistía en poner foto y firma del interesado sobre el fondo, verdadero, del documento de identidad. También, verdadera, la firma del delegado de Policía a cargo. El trámite era veloz. La desventaja: era fácilmente detectable. La otra, más cara (cinco mil dólares), era absolutamente segura. Se ubicaba una partida de nacimiento de alguien que hubiera muerto en una zona lejana y a partir de ahí, se reconstruía toda una vida y una identidad falsa. Esa era inexpugnable.

La palabra “verdadera”, en este caso, significaba que el papel de fondo no era falsificado. Cuando eso está, es muy simple poner encima, una foto y firmar. Es decir, son verdaderos cuando, además, la foto, la nacionalidad, la fecha y lugar de nacimiento, la huella digital, la firma del usuario y el número de documento también son verdaderos. Hay casos de expertos falsificadores, que han podido reconstruir, sin falla alguna, fondos de muchos tipos de documentos. Es un trabajo arduo.

Lo increíble de ambos procedimientos era cómo conseguir la firma del delegado de policía en los documentos. La pregunta, hecha por la mujer, tuvo como respuesta una sonora carcajada.

—Después que alguno de los delegados policiales termina el turno, vienen acá de noche y firman, explicó el hombre.

—¿Acá? ¿En este mismo escritorio?

—Sí señora, acá mismo, respondió él, con una sonrisa elegante.

La mujer, que no podía creer lo que oía, quedó como pasmada. Hasta que se dio cuenta que ella no entraba en ninguna de las dos fórmulas. No por inocente. No era ajena a ciertos manejos ilegales de documentos. Pero no disponía ni de mil ni de cinco mil dólares. Así se lo dijo. Pero el hombre propuso una solución.

Buscaron juntos un domicilio en otra ciudad, lejos de donde ella vivía, para no dejar ningún indicio de su permanencia en el país. Allí viajó la mujer toda una noche en ómnibus, con un japonés, empleado del hombre, hasta el puesto de Inmigraciones. El japonés casi no hablaba. Prefería gesticular, al cumplir su tarea de guía.

Ella no durmió en todo el viaje. El japonés, a su lado, ni bien se sentó, durmió a pata suelta como un bendito. Al llegar, muy temprano, lo primero que le pidieron en la oficina de Inmigraciones, fue muestras de orina y

materias fecales. La mujer pudo orinar. El japonés, siempre inmutable, entregó el líquido amarillo. Como ella no podía defecar, siempre acompañada por la mudez del japonés, cruzó varias veces a un bolichito cercano. Tomaba jugos y más jugos de naranja. Pero el intestino no respondía.

Pasó un buen rato de idas y vueltas. La mujer cada vez más ansiosa, solo atinaba a gesticular un “no”, cada vez que salía del baño. Visto el fracaso, en determinado momento, su acompañante entró a las oficinas. Se ve que ya lo conocían. Expectante, unos minutos después ella lo vio salir. Impasible, el japonés se sentó a su lado, serio, sin explicarle nada. Cuando ya imaginaba un rechazo, la llamaron por su nombre y apellido. Le tomaron fotos y huellas digitales. Vuelta a esperar. Luego de un rato que pareció eterno, sintió resonar otra vez su nombre. En la ventanilla le entregaron el documento. “¡Vaya a plastificarlo ahí enfrente!”, dijo el funcionario policial. “Está pronto”.

Era un papelito finito, amarillo. Nada que se pareciese a los documentos que usaban otros amigos extranjeros, como la “modelo 19”, que era perfecta. Es la estrella de David, pensó ella. ¡Que yo misma lo plastifique!, se dijo, asombrada. ¡Esto es joda!

Lo hizo. Y ahí terminó la historia. Ya el japonés tenía preparado el regreso. La guió por aquella extraña ciudad hasta el ómnibus. Otra vez, los dos viajaron juntos. Él mudo. Ella despierta.

La mujer, meses después, obtuvo su residencia legal, con la “modelo 19”. No lo podía creer. Fue a mostrarle el flamante documento a su amigo despachante. Se puso muy contento. No le cobró ni un vintén partido por la mitad. Para ella, aquel hombre se volvió casi un ídolo. Una vez, ya desde lejos, le escribió una carta muy expresiva, dando noticias y recordando sus encuentros.

Pasaron los años. Un día lo llevaron preso. Entre las búsquedas, la Policía, intentando acusarlo de sus muchas ilegalidades, encontró la tal carta. Supusieron que se trataba de un amor que podría darles más pistas de acusación. Lo interrogaron para saber de quién se trataba. No dijo nada. Posiblemente ni se acordaba de aquella mujer. Tampoco cayó en la redada el japonés.

Al tiempo, como no podía ser de otra manera, salió en libertad.

Río

Agua de cielo,
agua de lluvia,
agua de monte
espeja tu lecho.

Susurra un secreto
Susurra mi nombre
Dime adónde vas
Dime quien soy yo.
Río abajo, contigo voy.

Cascada de piedras
tu cintura afina
se quiebra en cristales
espejos de sol.

Rompe en mil pedazos
el agua del monte,
el agua del cielo.
Mil nuevos espejos
Contigo se van.

Ya vuelvo

Anatole y Victoria

Sabía que en la noche del día que ganamos el mundial del cincuenta, Obdulio Varela se había ido de copas con los jugadores derrotados. Pero no sabía si los brasileños todavía no nos guardarían rencor por aquel triunfo, cuando tuve que ir a hablar, en Sao Paulo, con un grupo de personas que trabajaban en defensa de los derechos humanos, apoyados por la Arquidiócesis de esa ciudad. Su nombre era Clamor.

Mientras me dirigía, con mucha ansiedad al pequeño escritorio que tenían, detrás del edificio de la Curia, esa fue una de las ideas locas que se me ocurrieron. En el momento en que llegué, había una larga y apesadumbrada cola, esperando a ser recibida. Parecían ser los restos de un tronco comido por termitas. El suave run run latinoamericano que zumbaba me tranquilizó. Me sentí entre amigos, aunque para mi urgencia, aquello tenía una lentitud de tortuga.

En nuestra casilla de correos del simpático barrio Vila Mariana de Sao Paulo, en junio de 1979, habíamos re-

cibido una información de la mayor importancia: las fotos de Anatole y Victoria Julien Grisonas, niños uruguayo-argentinos, desaparecidos junto a sus padres en el partido bonaerense de San Martín, habían sido publicadas por el diario “El Nacional” de Caracas. Al verlas, fueron reconocidos por una joven empleada que los había cuidado en un orfanato en Valparaíso, Chile, cuando la muchacha se encontraba de vacaciones en Venezuela.

A esto se agregaba un papelito arrugado, de bordes desparejos y pocas palabras, escritas en mayúscula:

“ADOPTADOS POR UN DENTISTA. Valparaíso.
Decían mamucha y papucho”.

Esto fue lo que transmití a la persona que me atendió en el cristiano escritorio.

Quiso la vida que por esos días, una información semejante llegara a la Curia: los niños, abandonados en la plaza O’Higgins de Valparaíso habían sido custodiados en una Casa de Menores hasta su adopción: el varón con cuatro años, la pequeña uno y medio.

Apenas unos días después, fui invitada a una reunión en la que un periodista de la TV Record se comprometió, muy decidido, a viajar a Chile a hacer las averiguaciones del caso.

Sin embargo, pasaron largos días sin que se supie-

ra qué era de su vida. Mi compañero y yo nos inquietábamos cada vez más, hasta que decidimos proponer que yo fuera a Chile. Nuestra hija quedaría a buen resguardo en casa, con su papá.

Hice la propuesta, que fue estudiada con cuidado. Dudaron. No les resultaba claro entender mis razones. Imaginaron extraños y ocultos movimientos políticos ante lo que en realidad no era otra cosa que la búsqueda de la verdad. Temieron también que, en caso de ubicar a los niños, yo no pudiera mantener la reserva absoluta que la tarea suponía. Finalmente, estuvieron de acuerdo. Me costó bastante admitir ante ellos que no teníamos dinero para el pasaje. Pero no tuve más remedio. Para nosotros, así fuera todo una mentira, una trampa o lo que fuese, había que ir a Chile a indagar. El hecho de que yo soy ciudadana franco-uruguaya, jugó en mi favor: el uso de un pasaporte francés en el viaje aportaba seguridad.

Me indicaron que debía ser bendecida por Don Paulo Evaristo Arnes, Cardenal de la Arquidiócesis de Sao Paulo, antes de viajar. Durante la ceremonia, entre la majestuosidad y el silencio del recinto, se oían las palabras, pausadas y graves del Cardenal. Me dieron una paz necesaria e inesperada.

Viajé desde Sao Paulo a Santiago de Chile con una valijita azul de cuero. Un cuero blandito, tierno, de un tamaño muy fácil de transportar, sin rueditas. Casi no pesaba. Llevaba un poco de ropa y, en un inocente sobre de

papel manila, las dos fotos, bien grandes, de Anatole y Victoria. En la cartera de mano, una libretita de ocho centímetros por cuatro, con solo tres teléfonos a los que podría llamar si me pasaba algo, fuera bueno, fuera malo. Uno de París, dos de São Paulo.

Luego de atravesar la Aduana, el miedo y la ansiedad no me abandonaron. Adquirieron los olores y colores más inimaginables e inesperados.

Como no conocía la ciudad de Santiago ni llevaba referencia alguna, tomé un taxi y pedí al chofer que me llevara a un hotel céntrico. En el momento de registrarme, hablé lo menos posible, acentuando el francés. Fue como otra segunda aduana. Era un hotel medio pelo, que me permitió darme una ducha y pasar la noche.

Al otro día, fui a encontrarme con Belela Herrera. Tenía inmunidad diplomática, al ser representante de las Naciones Unidas. No nos conocíamos. En el recibidor de su escritorio, estaban sentadas varias mujeres de aspecto aindiado, haciendo una reunión clandestina. Cuando me hizo pasar, le expliqué por qué había ido a Chile. Pensé que iba a desconfiar de mí y de aquella historia casi de ficción que le acercaba. Sin embargo, hizo lo necesario para que al otro día pudiera recorrer Valparaíso, con un funcionario chileno, de la Vicaría de la Solidaridad.

Fuimos en una combi blanca por aquella hermosa ciudad. Yo miraba cada niño que jugaba y correteaba por

las calles. Esperaba reconocer más que nada a Anatole, cuyos rasgos fisonómicos eran muy marcados, muy parecido a su papá, Roger.

Dimos vueltas y más vueltas. Llegó un momento en que todos los niños que veía, me parecía que podían ser Anatole. Hasta que nos dimos cuenta de que aquella búsqueda era inútil.

Al regresar a Santiago, fui a la elegante casa de Belela Herrera. Quedaba en una zona bastante alejada del centro de Santiago. Me sentía desarmada, con mucha tristeza. Con calma, me invitó con un whisky y a que pasara la noche allí. No acepté, mientras caminaba por el living como un estúpido muñeco de resortes. Hasta que en un momento ella dijo:

—“Mirá, ahora que pienso, hay un psicólogo uruguayo que vive en Valparaíso. ¿No sería bueno verlo?”

Quiso la casualidad que yo hubiera conocido a ese hombre en la época en que se había fundado el Colegio Latinoamericano, en Montevideo. Mis sobrinos habían sido alumnos pioneros de ese Colegio y habían participado en algunas reuniones con él.

Pensando en verlo al otro día, esa noche fui a cenar a un restaurante cerca del hotel: mi tercera aduana. Quería comer un buen churrasco. Siempre ahorrando las palabras, ya que no sabía si en Chile se usaba la palabra

“churrasco”, elegí de la lista lo que más se le parecía. Hice como que no entendía cuando el mozo preguntó si lo quería jugoso o bien cocido.

Mientras esperaba, la TV comenzó a transmitir un acto que se estaba realizando en esos momentos en las calles de Santiago. Empezaron a aparecer los generales, encabezados por Pinochet, con unos capotones gigantescos negros que les llegaban hasta los pies y sus caras sombrías, inundadas de poder, en medio de una multitud enardecida que agitaba antorchas llameantes y voceaba al líder.

La mirada de Pinochet me atravesó. Hasta hoy me veo sentada en una mesa como si hubiera sido un pajarito mojado, esperando que un halcón me capturase. ¡Fue horrible!

Además, me pregunté: “¿Qué estoy haciendo acá? ¿Qué es lo que me espera?” Me atravesó un flash, pensando en Hitler.

Permanecí como hipnotizada, hasta que el mozo trajo el churrasco. Fue tal el miedo que tenía, que apenas lo probé. Pagué y volando fui a refugiarme al hotel.

Al otro día, toqué el timbre en el consultorio del psicólogo en Valparaíso. Me abrió él mismo la puerta, en un momento bien extraño. Estaba atendiendo a una niña autista. En muy pocas palabras, le expliqué el porqué de mi visita, luego de tantos años.

Con rapidez, me dio nombre y dirección de una muchacha que trabajaba en una escuela a la que concurrían los hijos de los presos políticos chilenos. Y cerró la puerta, apremiado.

En cuanto pude, tomé contacto con ella. Era una mujer de unos treinta años, igual que yo en aquella época. A partir de ese momento, a pesar de que el encuentro fue helado, orientó todo el trabajo en Valparaíso. La primera vez, hablamos solo lo necesario. Le di las fotos de los gurises y nos despedimos hasta el otro día. Supuse que ella podría desconfiar de mí, tanto como yo de ella. Yo pensaba: Si es una militante clandestina, me puede mandar en cana. Y tras ese pensamiento, se me aparecía la adusta cara de Pinochet.

Esa noche me quedé en una especie de hostel, próximo a la ciudad de Valparaíso. Entre los tablones del cuarto se colaba un viento afilado y frío. Era tal el miedo que, después de cerrar con llave, corrí contra la puerta los escasos muebles que había en la habitación. ¡Ridículo! Si venía la cana, de una patada podían abrir sin ningún problema.

Al otro día, la muchacha me llevó a un lugar que era como una especie de anfiteatro enorme, completamente vacío. En las gradas se sentó una señora. Le mostramos las dos fotos. Era una funcionaria de la Casa de Menores donde habían estado Anatole y Victoria. Inmediatamente los reconoció y contó que los habían en-

contrado abandonados en la Plaza O'Higgins de Valparaíso. Sus palabras coincidieron con lo narrado en Caracas por otra de las funcionarias. Agregó que una pareja de chilenos los había adoptado. No dio nombres. En ese momento, pensé que quizás estábamos tras una pista veraz.

De allí, fuimos al consultorio de un dentista y nos sentamos en la sala de espera. Cuando nos hizo pasar, como si dedicara el tiempo en revisarnos la dentadura, le mostramos las fotos. El hombre no lo dudó: conocía perfectamente la historia y el nombre de su colega, la adopción de los niños y hasta la dirección donde vivían. Nos informó también que el encuentro de los niños en la plaza O'Higgins había sido publicado en los diarios chilenos. En uno de los reportajes de "El Mercurio" del 29 de diciembre de 1976, el periodista, a quien las expresiones "mamucha y papucho", típicamente rioplatenses, le habían llamado la atención, escribió: "Parecen uruguayos o argentinos".

A partir de ese momento, cayeron todas las barreras de desconfianza entre la muchacha y yo. Me invitó a pasar la noche en su casa. Para mí fue como un regalo del cielo. Podría estar en territorio conocido, sin temor, sin alarmas. Hicimos un largo viaje en ómnibus. Aquella casa de tablonos de madera se volvió mi hogar y sentí el calor de la amistad. Conversamos horas, contando la historia de nuestras vidas militantes, nuestros hijos, lo que viniera. Dormí en la cama de uno de sus hijos, arropada en una manta de telar abrigada, muy pesada.

No sé si fue el dentista o quien, nos había dicho que los niños iban a un Colegio de padres franceses. Así que al día siguiente fuimos al Colegio. Como era domingo no había clases. El Colegio estaba vacío. Queríamos corroborar si Anatole y Victoria estaban anotados allí. Nos abrió la puerta un sacerdote, muy amable. Fuimos a mirar el registro de los alumnos. El padre los conocía, de modo que enseguida los localizó, en las hojas de un cuaderno de tapas duras.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando veo que los dos estaban anotados con sus nombres verdaderos, aunque con otro apellido! No coincidían las fechas de nacimiento, pero la diferencia era mínima.

¡Ya era suficiente! ¡Eran ellos!

Nos dimos un fuerte abrazo con la muchacha. Fue de mucha emoción, de alegría y de despedida.

A partir de ahí, lo único que quise fue irme. Primero fui a un locutorio. Llamé a París para avisar de la noticia, sin dar detalles. También a Sao Paulo. Volví a Santiago, le avisé a Belela y me tomé el primer avión que salía para Sao Paulo, la última aduana. Otra vez el miedo. Tenía un dolor en las piernas impresionante.

Pasé migraciones sin problemas, siempre de boca cerrada. Me abrieron la valija y me sacaron una botellita de pisco que había comprado. Mientras lo hicieron, pensé

que los milicos eran unas verdaderas ratas de caño.

Al fin, subí al avión. En el aeropuerto de Congonhas me esperaba todo el equipo de Clamor en un auto. La primera pregunta que me hicieron fue: “¿Você viu as crianças?”

Me pareció percibir la desilusión en sus caras. Pero después, cuando por segunda vez contaba, punto por punto, aquél increíble periplo tan intenso en tiempo real y subjetivo, no tuvieron dudas.

Este fue apenas el inicio de otra historia, semejante a los surcos que sin erkes ni charangos, los mapuches fueron dejando por la cordillera de los Andes. Algunas pinceladas tomaron estado público en aquella época. Otras siguen siendo una macabra y cobarde incógnita.

¿Viu, María?

No tuvimos mejor idea, mientras vivimos en Sao Paulo, que hacernos pasar por argentinos (para disimular nuestro origen oriental). Se ve que todavía no nos habíamos dado cuenta que ya el Cóndor sobrevolaba, maldito, más allá de la Cordillera de los Andes. Hoy me pregunto si, en realidad, no queríamos darnos cuenta.

Salimos de París, como algunos de los uruguayos que, desde distintas partes del mundo, creímos que desde allí podríamos ayudar a la resistencia a la dictadura en Uruguay.

¡Cuántos eternos viajes se hicieron en ómnibus hasta Porto Alegre, a Pelotas o a Santana do Livramento! Tal vez alguien contará...

La cercanía de los dos países también ayudó a que fuéramos visitados por nuestros familiares.

Una vez vino mi madre, desde Durazno. La esperé en el Aeropuerto del Galeão, en Río de Janeiro. De allí embarcamos en ómnibus hasta Sao Paulo. Era un viaje de seis horas.

Nosotros no queríamos que mamá supiera dónde vivíamos. No sabíamos si no habría sido seguida por los milicos, para después buscarnos a nosotros. Capaz que, sin darse cuenta, podía ponernos en peligro.

Durmió un poco, hasta que en un momento me dijo: “Nena, ¡qué lejos que queda tu casa!”. ¡Hacía como cuatro horas que veníamos viajando! Le dije que ya faltaba poco. Y seguimos.

Cuando llegamos a casa, en la calle Samuel Porto, le expliqué el asunto de que allí éramos argentinos. Me escuchaba. Para terminar le dije: “Así que, vieja, no hables nada de Uruguay ni de los uruguayos. Y acordate bien que acá nadie me conoce por Mariela. Acá soy María. Y al Hugo no le digas Hugo...”

- ¿Y cómo le digo?, me preguntó. Yo ya estaba cansada de la perorata y ella me salvó

- Ya sé, le digo Tito -.

Y así lo bautizó.

Todo eso vino a cuento porque la íbamos a sacar a pasear por Sao Paulo con una vecina, Zulma, que era de

Belem do Pará.

Salimos en aquél volskswagen medio cascarriento que teníamos, a recorrer palacios y plazas. El Hugo al volante, yo al lado con Sofía en la falda; mamá atrás con la vecina, de guía turística. Cada vez que terminaba de explicar algo, Zulma decía: “¿Viu, María?”

En un momento, frente a una estatua de Don Pedro II, empezó a contar todas las amantes que el rey había tenido. Nada de tráfico de esclavos, nada de colonización portuguesa: amantes.

Mi mamá era tuerta, no veía mucho. Pero tenía un oído de tísica y había sido profesora de historia. Al escucharla, dijo: “Viu María?”, como una broma elegante.

Y seguimos. Hasta que de repente, a lo lejos, vio flamear una bandera con varias franjas celestes y blancas, con el sol muy grande. Y dijo, emocionada:

¡Una bandera uruguaya!, quiero decir, ¡argentina!

2.

Mi hermano Martín había muerto mientras nosotros estábamos en Sao Paulo. Me lo dijo el Hugo. Tenía la manía de leer las necrológicas del diario “El País, antes que las noticias. Ese diario, como la yerba, lo comprábamos en el centro de la ciudad.

Quedé helada. No sabía qué hacer. Solo lloraba, tratando que Sofía no se diera cuenta.

Hasta que me atreví a llamar a mi madre a Durazno. No me podía hablar. Apenas me dijo: “No me animaba a contarte”. Tuve que cortar la comunicación.

Días después, ella regresó a Sao Paulo. Ya no vivíamos en la casa de Samuel Porto. Nos habíamos mudado al barrio Vila Mariana, rua Botucatu número quince.

Fue muy difícil aliviar aquél dolor, que hizo olvidar otros dolores.

3.

Pasaron los años. Cuando supe que ya no estaba más requerida, volví a Uruguay con Sofía. Solitas las dos.

Lo primero que hicimos fue regresar a Durazno, largo viaje por entonces. Miré al chofer de la ONDA y a los pasajeros, tratando de encontrar algún conocido: nada.

Ella fue todo el tiempo mirando para afuera, hasta que se durmió.

En la esquina de casa, nos estaban esperando mamá y los cuatro hijos varones de mi hermano Martín. Casi no los conocí: altos como álamos. No los veía desde que eran niños. Nos esperaron con un ágape faraónico.

Pasamos un mes entero en aquella ciudad: río, amigas, sorpresas.

Recorrer lo que había sido mi casa fue un paseo en el que no me perdía y, al mismo tiempo, me asombraba.

No podía creer que mamá hubiera guardado el roperito de mis muñecas, aquél que había hecho el gallego Lores, un carpintero un poco loco pero con mucha sabiduría. Me detuve largo rato en la biblioteca de mi infancia y juventud. Acaricié con tanta dulzura como si fueran humanos, aquellos mis libros de tapas amarillas...

Salí a pasear del brazo con mi vieja. Era puro adioses con personas que yo no conocía. La ciudad se había vuelto para mí una fotografía, un paisaje fijo, como una lejana película.

El mayor de mis sobrinos, también llamado Martín, un día me llevó al campo.

Charla va charla viene, le conté que había vivido en Brasil. Casi no le creo cuando me dijo que su abuela, es decir, mi vieja, en todos aquellos años ino le había contado nada!

Entonces, me vino a la imaginación el “viú María” de mi madre, como si estuviera haciéndole una broma a las amantes del rey portugués Don Pedro II.

Ya vuelvo

Amigos del alma

Nosotros somos de lo más grande que inventó la humanidad. Para cualquiera, aunque muchas veces se olvidan. Además, nadie puede imaginar lo que fue nuestra vida, llena de peripecias y aventuras. Hubo períodos de calma sí, pero para recuperar fuerza. También épocas de doloroso abandono.

Voy a contar solo dos momentos de los más memorables.

Un día nuestro primer dueño, nos regaló a un hombre de quien era amigo del alma. El tipo, Alberto, apenas entró en contacto con nosotros, no nos dio tregua. Trasmítía un estado de excitación permanente que tardamos en comprender. Nos sacó como chicharra de un ala a tomar un taxi y después un avión. Diga que nosotros somos flexibles y comprensivos así que no le ocasionamos ninguna molestia. Muy por el contrario, le prestamos un gran servicio.

El viaje fue largo y en el avión nos abandonó. Por

suerte pasamos una noche tranquila. Pero a la hora de bajar nos volvió a agarrar y otra vez se puso eléctrico. No se quedaba quieto ni un segundo.

Mucho tiempo después nos enteramos que habíamos viajado de Montevideo a Madrid.

En Madrid, salvo contadas ocasiones, Alberto se olvidó de nosotros. Vivimos encerrados en un placard. Como el apartamento era chico nos entreteníamos oyendo las conversaciones, música, ronquidos, quejidos y otros ruidos que mejor no nombrar, aquellos cotidianos que los humanos esconden por puro pudor. Llegamos a conocer sus más íntimos secretos.

Pasó mucho tiempo, no podríamos decir cuánto. Hasta que un día apareció otro amigo de Alberto. Cómo iba para Cuba, además de remedios, parches de bicicleta, palmetas para matar moscas, ropa de esa que en Europa se tira nueva, marchamos con él a la isla.

Alberto le dijo al que se iba para Cuba: “Tomá, llévátelos. Sólo me traen malos recuerdos”. Un verdadero desagradecido resultó ser el tipo.

En Cuba pasamos a ser propiedad de un clarinetista cubano que tocaba en una boíte. No parábamos al son del jazz, los danzones y habaneras. ¡Eso sí que era vida! Siempre dispuestos, descubrimos el mundo de la música.

Dejó de interesarnos quien nos usaba. Porque la música, esa sí que se convirtió en nuestra amiga del alma. Todas las noches, acompañábamos los pies del instrumentista en sus menores detalles, siempre brillantes, relucientes y tersos por el betún del cuero con el que nos lustraba todos los días. Como corresponde a gente de nuestra categoría.

Ya vuelvo

Volver a Durazno

Cuando supe que podía regresar a Uruguay sin riesgos aparentes, preparé todo con urgencia para viajar con mi hija. Volver fue tan veloz como cuando tuve que escapar, salvo que con menos miedo. La idea era ir lo más rápido posible a mi casa paterna, a mi ciudad natal. Lo demás vendría después.

Ver la ONDA, estacionada en la Plaza Libertad, me produjo un sentimiento de familiaridad con solo mirar el dibujo que representaba el famoso galgo en carrera, pintado a los costados, sobre color aluminio, logotipo de la compañía. El ómnibus, con la carrocería también de aluminio, ondulado y remachado, pintada de blanco salvo en una franja lateral (creo que de color gris), con sus pequeñas ventanillas y sus contornos bombés, como las heladeras de antes, me pareció que era el Concorde.

Apenas subí, miré las caras del conductor y el guarda, pensando en iniciar conversación. Creía conocer a todos de la época en que viajaba con frecuencia. Pero no; no conocí a ninguno. Tampoco entre los viajeros, salvo

una señora que me saludó con extrema cortesía y cariño. Nunca supe quien era. Quedé encantada de que me hablara. Le seguí la corriente para no defraudar el entusiasmo con que venía, que se resistía a ser desplazado por cualquier contrariedad, por nimia que fuera.

¡Volvía! Al lugar donde había pasado dieciocho años de mi existencia. Soñaba con los amigos que iba a encontrar y mucho más. Tenía que atar lo que se había roto, después de doce años de destierro. Entredormida me acordé de la plaza. Era nuestro patio, nuestro lugar de juegos, de juntar bichitos de luz al anoecer, de carreras en bicicleta; de jugar a la escondida, sobre todo atrás del monumento a Colón en medio de la Plaza, que olía a pichí en cada rincón, con aquella bola de cemento arriba.

Esa bola, pelota, como se le quiera llamar, ocupaba una parte de nuestra imaginación. Jamás recuerdo que alguien nos hubiera enseñado que eso representaba el mundo redondo. Pensábamos que tenía cartas escondidas; cartas de Colón, de los Reyes de España, de algún marinero, de muertos que habrían contado allí sus experiencias por el cruce del océano, lleno de monstruos peligrosos. O cartas de amores perdidos.

La ansiedad se mezclaba con una sensación de contento y temor. Mi hija, que de campo y vacas poco había visto en su vida, al rato se aburrió y se durmió hasta que llegamos. Fue muy cómico cuando volvimos a Montevideo y me mostró su primera poesía:

“Campo,
campo,
campo,
campo”.

Había repetido la palabra como siete veces.

Y nada más.

Nunca un viaje se me hizo tan largo. Por la Ruta cinco iba registrando las ciudades y pueblos, que conocía de antaño. Me resultaba difícil reconocer el paisaje. Hasta que de a poco comencé a ubicarme, casi antes de llegar. Me paré antes de entrar a la ciudad, por miedo a que hubieran cambiado el recorrido. Pero no. Seguía igual. Mi familia nos esperaba en la parada, en la esquina de mi casa. Estaba mi madre, mi cuñada y cuatro de mis sobrinos. Parecían álamos allí parados. Una altura y una delgadez impresionante. No sabía quien era quien; no encajaban con el recuerdo de aquellos gurises que dejé de ver siendo niños. ¡Hasta sus nombres se me confundían!

Largos, húmedos, fueron los abrazos, entre sonrisas y preguntas inconexas. Hasta que arrancamos todos para casa. Mi vieja había armado un verdadero banquete del que solo recuerdo haber comido y bebido mucho. Y sentirme incómoda, insegura ante mis sobrinos, llenos de timidez. Para ellos yo era una desconocida absoluta y eso me cortaba el habla. Seguramente hice ese tipo de preguntas ridículas que hacen las tías, respondidas con par-

quedad por los muchachos.

El tema de la muerte de mi hermano, su padre, escapó por el bies de una conversación. Mi cuñada empezó a sollozar. Me acerqué a ella, nos abrazamos y quedamos que al otro día iríamos juntas al cementerio. Yo necesitaba hablar de mi hermano, muerto cuando estábamos viviendo en Sao Paulo. Me había enterado de casualidad, por un diario. El tema quedó por ahí, suspendido, en un silencio que alguien rompió con espontaneidad.

Me sorprendía que me llamaran por mi nombre. ¿Era, entonces, la misma persona que aquella que nombraban? ¿Quién era la que respondía a ese nombre tan sonoro? ¿A qué persona, de las tantas que fui, le estaban hablando? ¿Cómo era ésta, mi familia?

Había alegría, curiosidad, sorpresa, reconocimiento, búsqueda, confusión, recuerdos desencontrados, balbuceos. Un comienzo plagado de extrañeza. Después que todos se fueron, recorrí punto por punto toda la casa. Le mostré a mi niña el que había sido mi cuarto, mi biblioteca, el roperito de las muñecas, las muñecas. Los vestidos y sombreros emplumados de antiguos casamientos o cumpleaños. Eran de mis hermanas o de mi madre. Terciopeños, plumas, encajes, enaguas, sábanas y manteles llenos de puntillas bordadas a mano. Un vestido mío, también de fiesta, minifalda, de gasa y raso negro. Era de cuando tenía quince años. Nos pusimos todo, inventando disfraces y muriéndonos de risa.

Después nos sentamos juntas al piano. Busqué viejas partituras. Traté de ejecutar las más sencillas. Ella, con sus siete añitos, nunca había visto a su mamá tocando el piano. Enseguida quiso unirse, entusiasmada, golpeando una tecla por aquí, otra por allá. No entendió por qué la rezongué. Sentada ante el piano, todo lo demás desapareció para mí, incluso ella. Oír una disonancia cuando apretaba con sus deditos cualquier tecla, me enojaba. Le enseñé a tocar “Para Elisa”. Así volví a aquella extraña realidad.

Al otro día, mientras guardaba la vajilla que había quedado sucia, no podía creer que me dirigiera, certera, a los lugares donde, desde siempre, habían estado los platos, las copas, los cubiertos de fiesta, los de todos los días. Encontrar los interruptores de las luces sin necesidad de preguntar dónde estaban. Me inundaba una sensación de pertenecer a algo que no sabía lo que era. Retomaba ese pedazo de vida por lugares insólitos y de una simplicidad que la ausencia había escondido.

Fuimos con María Delia, mi cuñada, al Cementerio. La última vez que había estado allí fue cuando murió mi padre, en 1972. Nunca me gustó ir a los cementerios ni a los velorios que se usan ahora. Prefiero los velorios de los cuadros de Figari. Sentadas en el borde de un escalón, en la soledad de aquella tumba de granito rosado, me contó mucho de mi hermano. Su vida cobró realidad en su voz dolida. Vi su reflejo días después en la cara y en las charlas, ya distendidas, con sus cuatro hijos y su única hi-

ja: heridas que hasta hoy dejaron cicatrices, enormes huecos vacíos de preguntas, de vivencias, de consejos, de equivocaciones, de caricias, que les dejó su temprana muerte.

Mi sobrina estaba en Montevideo cuando llegamos. Cuando regresó, me llevó hasta la playa más alejada que pudo encontrar. Le daba vergüenza que alguien me viera con un bikini horroroso que me habían prestado. Charlamos mucho. Recuerdo que cuando hablamos de Martín, su padre, mi hermano, me preguntó: “Pero él de la familia se preocupaba, ¿no?”

Estuvimos veinte días en aquél momento. Me encontré con algunas viejas amigas, caminé mucho, fui al río varias veces. Recobré la caricia de las ramas curvas de los sauces, peinadas por el agua; habían crecido de manera increíble, hermosas. El río retomó su anchura en mi alma, su sabor, su tibieza, la placidez de la corriente.

En una de sus orillas, asomaba el Club Náutico, el de los bailes a los que íbamos casi todos los sábados en verano. Dije que quería ir hasta allí. Pero no. No se podía. Al Náutico se lo habían quedado los milicos: era y es propiedad del Ejército hasta hoy. Me sentí estafada. Una rabia sin sosiego me hizo olvidar otros atropellos. Fue como si me hubieran mutilado.

Pasó a ser mi tema de conversación con todos los que me encontraba. No podía comprender que aquello se

hubiera permitido. Durazno no era Durazno sin el Náutico, sin la posibilidad de ir a bailar, hacer picnics, salir a pasear en bote. ¿Cómo era posible? En esa ciudad cuartera no había respuesta. Al tocar el tema, veía vacilación en mis interlocutores. Oscuridad. Si yo hubiera estado allí, sé que las cosas no habrían cambiado. Sin embargo, pasados los años, tengo esa vivencia de muchísima pena. Cada vez que vuelvo al río, la rabia me sube a la garganta con la misma intensidad que entonces.

Además, los alrededores del Club Náutico, parecían haberse convertido en un balneario de lujo. Habían construído lindos chalets y jardines, con la entrada muy bien custodiada por un soldado con metralleta, al lado de una barrera, como la de los trenes.

Estuve paseando muchísimo. Salía a caminar del brazo con mi madre. Mi hija se pegó a sus primos, que la mimaban todo el tiempo. Aprendió a jugar a la baraja: truco, conga, trampas incluídas.

La ciudad me parecía una de aquellas fotos antiguas, con rostros conocidos y desconocidos. De esas fotos sepias, con personajes acartonados y vestidos impecables para la pose. Esas sonrisas buscadas, recorridas por una felicidad forzada. Esas fotos que nos traen un pasado ignoto, ordenado y pulcro.

Caminar por Durazno era caminar entre adioses. Todos los vecinos, aunque no se conozcan mucho, al cru-

zarse por la calle dicen, con un tonito muy particular: “Adiooós”. A veces alguien me reconocía y nos deteníamos a conversar. Era casi sistemático que al separarnos, tuviera que preguntarle a la vieja: “Mamá, ¿quien era?” Y ella me contestaba: “Esa es la mujer de Fulano; esa es la tía de Zultano; este es el hermano de Mengana”. Y así en más.

Ni que hablar de los hombres de mi edad. Los “dragones” por los que suspirábamos en mi juventud, casi todos habían engordado en forma asombrosa. Imaginaba, posiblemente equivocada, vidas aburridas atrás de sus cordiales saludos y sus rebosantes panzas.

Muchas de mis amigas y compañeras de Secundaria o de la escuela, ya no estaban más. Solo me encontré con algunas de aquellas con las que, aunque pasen los años, parece que nunca hubiera dejado de verlas. Otras, de las que no había sido tan amigas, me sometían a un interrogatorio minucioso sobre mi vida afuera. De tanto contarla, fui haciendo los relatos cada vez más frugales. Un poco porque me cansaba hablar siempre de lo mismo. Además, pasados los primeros días, el interés sobre mi vida me hacía acordar a los encuentros en los velorios: una oportunidad de chimento.

Cuando les tocaba contar a ellas, aparecía una impresionante cantidad de anécdotas, llenas de precisión, sobre sucesos que habíamos compartido. A mí, aunque tenían sabor a verdad, a proximidad, se me habían olvidado por completo. Me inundaba una sensación de tiempo

detenido, inmutable. También hubo historias de horror. Cuando las quiero contar no puedo. Baste decir que, como mi casa quedaba al lado de la Iglesia y en otras épocas me conocía a todos los curas, fui a ver al que estaba de párroco en ese momento. Había abierto un espacio para mujeres golpeadas. “Son muchas acá, más de lo que se puede uno imaginar”, dijo.

Había momentos en que me sentía desnuda, haciendo intervenciones que luego me daba cuenta que no encajaban. Yo tenía un lenguaje más directo, sin tanta censura. Percibí que cuando tocaba algo espinoso, por ejemplo, los milicos, el temor reaparecía en la cara de mis amigos; la conversación se volvía un susurro y, al menor pretexto, se cambiaba de tema.

Esos veinte días hoy me parecen un cortometraje hecho por otra persona. A veces me lo paso por la cabeza antes de dormir. Corren las imágenes, suenan las conversaciones, el verdor de los plátanos, los inviernos helados, los insoportables calores del verano. Hasta que aparece el río Yi. Me acoplo a la corriente, ondulada y barrosa. Me sumerjo como cuando era niña, siempre con ganas de acercarme a las boyas rojas que indicaban el peligro de los remolinos. Entonces, logró dormir, como viajando otra vez.

Ya vuelvo

Líber Arce

Se habla de ética más que en la época de los griegos. La conocí hace muchos años. Era un pueblo como el de la película “Chocolate”: todas las mezquindades estaban presentes, todas las apariencias arrojadas, lustradas, reguladas.

No había un conde vigilante. Todos éramos condes. Un cura o dos aparecieron diciendo cosas que al viejo párroco de la Iglesia San Pedro, el padre Alvarez, lo hubieran hecho solicitar pase urgente en comisión al lado del santo padre Pío XII. Salió una murga: “los apaches”. Supongo que fue un invento de uno de los curas para que los muchachos no pasaran el día pensando en ir al quilombo.

Que a nadie se le vaya a ocurrir que ir allí estaba mal visto. No. Era lo normal, que no es sinónimo de público. Práctica masculina, transmitida de padre a hijo y susurrada en el confesionario. Rezar diez padres nuestros y caer en el pecado la semana siguiente.

Para las mujeres, castas y púdicas, la caridad con el

prójimo según los mandamientos del Nuevo Testamento y el Sermón de la Montaña.

Pero mis viejos, hijos de inmigrantes franceses e italianos hicieron propios sus deseos de hacer la América. Hacer la América era salir de la pobreza, progresar. Y en esa época se podía. Mucho rezo era un exceso. Podía ser una medallita colgada al cuello, por supuesto de oro.

Mamá peleó con sus pasiones: entre sus ganas de ser profesora de historia (sin IPA) y la “carrera” de escribana.

El viejo, que tenía una letra hermosísima “a pesar de no haber ido a la escuela”, era de una irreprimible insolencia.

Me veo un día de verano caminando por las calles de mi pueblo. Lluvia torrencial, el agua haciendo fintas alrededor de mis tobillos por los cordones de la vereda, los zapatos en la mano, el pelo desmadejado, chorreante, sin miedo, feliz.

Me vuelvo a ver parada en la esquina de Manuel Albo y Avenida Italia hace justo treinta y tres años oyendo un silencio atronador de rostros dolientes: el cortejo de Liber Arce, parecido a las majestuosas crecidas del Yi, agua furiosa, remolinos peligrosos, arrastre de aguas ignotas, alimento de sauces llorones sorprendidos, vida irresistible.

Estoy acá, desde mi balsa, saludándolos.

La bandera de los Treinta y Tres

La historia de los treinta y tres orientales, con Lavalleja a la cabeza, ha tenido varias miradas. Ya se sabe, por ejemplo, que no eran treinta y tres sino más. Y que muchos orientales los esperaron, desde este lado del río Uruguay, con varias banderas de libertad o muerte.

También pueden verse cuadros, realizados por famosos pintores, en algunos museos de nuestro país. La bandera que enarbolaban estuvo expuesta durante años en el Cabildo de Montevideo. Hasta que fue robada de allí por un grupo de anarquistas, el dieciséis de julio de mil novecientos sesenta y nueve. Tres años después, varios de ellos fueron presos e interrogados con saña y odio en los penales.

Al año siguiente, muchos compatriotas tuvieron que exilarse en Buenos Aires.

También se exilió en esa ciudad la insigne bandera. Si la transportaron en avión, en buquebús o caminando por alguna frontera, nunca se supo. Fue un secreto.

Uno de los anarquistas, que la llevó escondida, había sido estudiante de Bellas

Artes. Fue capaz de copiarla a la perfección, en todas sus formas y colores, incluso con algunas manchas algo oscuras que estaban en la bandera original. A partir de su delicado trabajo, se realizó un afiche en papel satinado. Tenía los bordes en blanco y, en la parte de abajo, decía: “Este emblema flamea y flameará al frente de las luchas populares”.

Por entonces, el diario “El País” publicaba un mapa rojo del Uruguay. Lo llamaban “el planisferio rojo”, en un intento de demostrar a sus lectores la invasión de nuestro país por el comunismo internacional, como si fuera una mortal pandemia.

Años después, en 1976, poco después de que los servicios de inteligencia argentinos ocuparan el lugar de la macabra triple A, comenzó también la persecución de los uruguayos, plan Cóndor mediante. Algunos de ellos eran muy queridos compañeros. Varios fueron transportados por la Fuerza Aérea a Montevideo, donde sufrieron prisión. Otros, aún no se sabe dónde están, salvo excepciones. De esto, “El País” nunca se ocupó.

El famoso afiche de papel satinado anduvo, durante varios viajes, enrollado dentro de un tubo de cartón.

La sección “se dice” del mencionado diario “El País”, cada tanto volvía a repetir la cantinela del robo de la bandera.

A través de quienes habían sido detenidos en Buenos Aires y traídos a Montevideo, cuando ya estaban en libertad, pudo saberse que la verdadera bandera había permanecido oculta en una de las casas bonaerenses. Esa casa había sido robada y casi destruída por los milicos.

Hugo Cores, que fue diputado hasta poco antes de terminar su mandato, (ya que renunció a la banca), solicitó una intervención en la Cámara para referirse al tema. Expuso toda la verdad, sugiriendo que era posible que la bandera estuviera en manos de los militares que habían allanado aquella casa de Buenos Aires. Es muy posible que sus palabras se encuentren registradas por escrito en los archivos del Palacio Legislativo.

Lo increíble fue que muchos soñadores, sin evidencia científica, no creyeron su versión. Pensaban que la bandera aún estaba escondida en algún lugar del mundo.

¿No estará?

Ya vuelvo

Nos criamos juntos

Entró a la oficina del periódico, casi sin saludar. Se sentó y se presentó como Julián. Estaba bien empilchado y peinado, como si hubiera salido de la ducha. Sacó un sobre de la campera y lo abrió. Era una foto. La miró. Parecía que no podía desprenderse de ella. Cuando pudo, me la mostró. En colores, tomada con una cámara simple, sin pretensiones, era la clásica foto de familia reunida detrás de una mesa, con un lindo mantel y una torta de cumpleaños infantil. La miré con curiosidad. Inmediatamente señaló a un muchacho que estaba de pie, rodeado de varias personas.

–Mire, este es un torturador- dijo, todavía sin soltarla.

La voz le temblaba. La mano también. Parpadeaba. Parecía apurado. Me la acercó un poco más y repitió, entrecortado:

–Se lo juro por mi madre, es un hijo de puta, es milico, de Inteligencia. Es este, fíjese bien, éste-, agregó,

apuntándolo con el dedo, golpeando sobre la imagen del sujeto, sin vacilar.

El señalado era un hombre bastante joven, lentes culo de botella, vestido de pinta, con algo de bobón y gesto aburrido. Un tipo común y corriente, serio.

Dejó la foto sobre la mesa y casi sin esperar, sacó del bolsillo la hoja de un diario. Allí se habían publicados varios nombres de represores. Uno de ellos estaba subrayado con birome. Dijo que era el de la foto: José Felipe Sande Lima.

–Es él, es él. Lo conozco desde chico. Nos criamos juntos. Vive frente a mi carpintería... Usted me tiene que creer... Esto que le digo es verdad. Lo conozco desde chico. Ahora me entero que es un semejante hijo de puta. ¿Usted se da cuenta? ¡Años pasé sin saber nada! Hasta jugábamos juntos.

Mientras hablaba se movía, cruzaba y descruzaba las piernas. Las palabras se le atropellaban de tan rápido que hablaba. Insistía en que le tenía que creer, quizás porque a él mismo le costaba creerlo. Miraba la foto y fruncía el ceño, repitiendo varias veces con incredulidad:

–Desde que era chico..., desde que era chico lo conozco, parece mentira–. Estaba furioso. Sufría.

Quizás había sido la primera vez que hablaba de

este asunto con alguien que no fueran sus compañeros de trabajo. Necesitaba confianza, mucha confianza para espantar la rabia.

Me detuve a mirar la foto. La ingenuidad de la imagen me asombró. No era la primera vez que escuchaba historias que navegaban, como esa, entre la ficción y la realidad. Pero habíamos vivido tantas situaciones terribles en tan poco tiempo, que no podía darme el lujo de no escuchar bien a Julián.

Le pregunté si había hablado con el milico. Me detuvo con un gesto firme:

–Espere, espere. Ya le voy a contar lo que pasó–. Se acomodó en la silla. Pareció retomar algo de su postura.

–La cosa es así: yo tengo una barra de amigos, allá en Sayago, ¿sabe? Cada tanto nos juntamos en la carpintería a comer un asado. Cuando nos enteramos que éste era un torturador, por el diario, sabe, decidimos invitarlo a un asado y ahí, apretarlo, a ver qué decía.

Parece que el whisky corrió a piacere y el asado también. Hasta que lo empezaron a acosar. Así lo contó Julián, ya sin ningún balbuceo, como quien cuenta una historia de misterio.

–Contame como es tu trabajo –le dijo uno.

–Tranquilo nomás.

–Pero ¿qué es lo que tenés que hacer?

–Soy secretario. Poca cosa.

La rueda de amigos se le acercó, como bobeando.

–¿Secretario? ¿De quién?

Otro, un poco más audaz, haciéndose el distraído, preguntó:

–¿Vos no serás secretario de Gavazzo? Yo me lo cruzo dos por tres cuando salgo de trabajar. ¡Qué tipo ese!

–No me jodan. No vamos a ponernos a hablar de trabajo ahora. Es tardísimo. Además, la vieja no anda bien. Me tengo que ir. Ya saben cómo se pone si le llego tarde.

–Pará un poquito... Vos sabés que tu vieja te va a esperar toda la vida. ¡Qué vieja la tuya! Del que no me acuerdo es de tu padre. Habría mucho para hablar. Pero eso, ahora, vamos a dejarlo.

Así se fue alargando la conversación, por distintos caminos, hasta que uno fue al centro:

–Mirá lo que dice este diario. Acá está tu nombre. Sos vos, -ino?– ¿el que estaba ahí torturando gente?

Dijo el carpintero que primero empezó a negar todo. Después, se cagó en los pantalones. La última frase que se oyó fue uno que le dijo:

—¿Qué te parece si ahora que estás solito empezamos a hacer lo que vos hacías con los presos?

Entre aserrín y polvo, el milico no sabía qué hacer. Empezó a traspigar, parecía que iba a romper los lentes de tanto secar los cristales con la punta de la camisa. Al dar un paso atrás, casi se cae sobre un banquito de madera. Hasta que, trastabillando, logró salir.

—Lo dejamos-, contó Julián. —¿Qué más podíamos hacer? ¿Ustedes pueden hacer algo? ¿No pueden tratar de hablar con él a ver si confiesa?

Yo estaba helada. Vivía aún en la etapa de esconder las emociones; hacía muy poco tiempo que habíamos regresado a Uruguay. Así que disimulé. No me había perdido ni una de las palabras de Julián. Creí en su sinceridad. Me despedí de él y guardé la foto en mi agenda para mostrársela a los compañeros que habían sido detenidos por Gavazzo y su banda, los del grupo llamado en la jerga de inteligencia militar “300 Carlos”. Sande Lima era el 311.

Lo reconocieron de inmediato. Era el que los golpeaba cuando estaban en el suelo, después que las sesiones de tortura más terribles habían terminado. Lo hacía sin que le dieran órdenes.

A los pocos días, vino de Buenos Aires a Montevideo, un abogado que trabajaba, tenaz y firme, en la investigación de los uruguayos desaparecidos en Argentina.

Cuando le conté esta historia, me propuso intentar ver al sujeto. Julián nos dio la dirección de la casa, bajo promesa de que no dijéramos que era él quien nos la había dado. Fuimos. No sabíamos bien qué íbamos a hacer, pero fuimos. Golpeamos la puerta, hasta que una señora la entreabrió, con la cadena puesta. Apenas preguntamos, con nombre y apellido, la cerró de un golpe.

Fui a ver a Julián y le conté. Me dijo que después del famoso asado, el milico había desaparecido del barrio.

—Acá, nosotros lo quemamos con la gente que lo conocía. Todo el mundo le dejó de hablar. Y ¿sabe una cosa? Estaba por casarse, y cuando la novia se enteró, también lo dejó.

No podría decir que Julián estaba contento. Pero la pequeña venganza ciudadana parecía haberlo dejado más tranquilo.

Pasados unos días, Sande Lima subió al mismo ómnibus que yo, con los mismos lentes culo de botella y el mismo aire insulso. Me dio mucho miedo. Un miedo que creía que la vida había diluido. Pero no. Reapareció en ese cotidiano y vulgar trayecto en ómnibus.

Demasiados, vergonzantes años después, entre los pocos milicos enjuiciados, fue procesado por “homicidio muy especialmente agravado”. Y por estafa.

Poesía desaparecida

¿Dónde están?
La palabra vale.
Pasado el tiempo,
Cada vez es más breve.
¿Qué pasó con ellos?
También es una pregunta corta.
Lo más doloroso es saber
Cómo hubieran continuado sus vidas.
Y las nuestras con ellos.
¿De qué continuaríamos hablando?
¿Hablaríamos?
¿Cómo hablaríamos de nuestros hijos?
No lo sabemos.

Ya vuelvo

Carrozona

Hace unos doce años, viviendo en Italia, con un calor de 40 grados, tuvimos que viajar a la ciudad de Fabriano, región de Marche, del lado de atrás de la bota, a la altura del Mar Adriático, por una razón un tanto especial: cargar en una inmensa chatarrería, una casa rodante amarilla y azul. Azul casi eléctrico y amarillo desteñado.

El carromato, apoyado en doce ruedas de goma desinfladas, tenía ocho metros de largo por dos cuarenta de ancho. Nos lo había regalado el dueño del establecimiento, primo de César, mi novio por esas épocas. Se llamaba Perseo, un tano petiso, de charuto, ojos azules y entreverado de habla. Fue subida en un inmenso camión que tenía una cabina roja de cuatro metros de alto.

Del operativo, sudando a chorros, participaron cinco personas, cuatro de ellas, hombres. El hijo de Perseo, Alcides, de torso desnudo, manipulaba una especie de montacargas. Conducía como experto auriga, con una velocidad increíble dentro de los pocos metros que tenía para maniobrar, un aparato multifuncional que demostró

tener una increíble potencia. Le exigía movimientos rápidos, precisos, tensando al máximo su musculatura. Parecía un dibujo animado.

El camionero, Antonio daba órdenes a los gritos:

–¡Vai!, ¡Ti ferma!; ¡Vai! ¡Ti ferma! (¡Dale!, ¡Pará!). Los gritos eran más fuertes que el calor, cortina de fondo que transmitía la tensión que concentraba a los cuatro hombres en la tarea.

César, daba ideas y ayudaba a un peón. Entre los dos necesitaron ingeniárselas para construir una rampa que permitiera subir la carrozona al camión. La hicieron con unas vigas y un par de planchas de hierro que tuvieron que buscar y rebuscar en el ya despojado terreno de Perseo. Apenas alcanzó para un desplazamiento temerario y vacilante. No sé si era el peso del hierro o aquel sol que rajaba la tierra. Lo cierto es que al caminar se tambaleaban.

La quinta persona, de sexo femenino, era yo; miraba desde lejos, abajo de un árbol, fumaba, inquieta. A veces me acercaba por hacer que ayudaba pero no hacía nada y el calor me calcinaba. La tarea, ciertamente engorrosa debido al tamaño del objeto circense y a lo desacostumbrado de la maniobra, duró una hora y media.

Era como tratar de mover una mole de granito: atarla con gruesas cadenas en dirección a la parte de atrás

del camión, avanzar un poco, detenerse para enderezarla, volver a avanzar otro poquito. Todo con extrema lentitud y a los gritos.

Al terminar, el camionero partió, Alcides se fue en su cero kilómetro blanco reluciente y el peón arrancó para la casa, a media cuadra del lugar. Nosotros fuimos a saludar a Perseo en su nuevo local donde según las normas ecológicas modernas se trituran los autos en una máquina. Quedan como latas de corned beef aplastadas.

Perseo era el que mandaba, pero no lo parecía. Fue hijo pobre y criado por una “mama late”. Desde muy joven empezó con la chatarrería. Ahí sí que estaba a gusto y fue haciendo plata. En un terreno grande, recibía lo que viniera: autos desechados, motos viejas...

Hasta que la ecología ambiental le puso punto final. Lo hicieron trasladarse a otro lugar, acorde con los deseos de algún funcionario no corrupto bajo la presidencia de Berlusconi.

Ver a Perseo en sus nuevas instalaciones ecológicas luego de haberlo conocido en una chatarrería, era impresionante. Tenía un escritorio de lujo con una silla rodante en la que no se sentaba ni dos minutos. Toda la construcción era nueva, no se veía ni una mota de polvo. Lo único que permaneció igual fue Perseo, con su charuto, su simpatía y su charla entreverada. Estaba orgulloso pero no parecía cómodo. Posiblemente extrañara la actividad a la

que se dedicó casi 40 años de su vida. Pero cuando veía a su hijo en el cero kilómetro blanco, se lo veía satisfecho. Lo mismo en su casa, rodeada de un enorme jardín muy prolijo y limpio, lleno de macetones y esculturas que ni él mismo sabía lo que eran. De esas estatuas que se ve que los genes italianos usan más por copia que por sabiduría.

Al regresar hacia nuestra casa por la autopista, vimos a lo lejos cruzar por otra ruta la carrozona azul y amarilla en el camión rojo brillante. Rompía veloz el paisaje verde de los Apeninos. A la distancia, era como un sueño volando. Nos sonreía el cuerpo entero al verla desde lejos, mirándola viajar veloz por las ondulaciones de las montañas.

Al otro día, a las siete de la mañana llegaba al cementerio de Calcata, el lugar más próximo donde se podía maniobrar para poder bajarla. La noche anterior casi no dormimos. Nuestro sueño era arreglarla para que fuera un lugar para los amigos y para que yo me pudiera sentar tranquila a escribir.

César cargó en su camioneta casi todas las herramientas del taller por si las moscas. Yo llevé el mate, como corresponde a una oriental.

Antes de descargarla inflamamos las gomas. Era la única manera de poder hacerla andar. Sólo funcionaron once ruedas porque la duodécima estaba pinchada, como pudo verificarse al instante.

Sin problemas, fue arrastrada por el tractor de Giani, vecino de una chacra de al lado de casa, por el angosto camino de tierra lleno de zarzas. La señora carrozo-
na era como aquella canción de Vinicius de Moraes:

"Era uma casa muito engraçada
Não tinha teto, não tinha nada

Ninguém podia entrar nela, não
Porque na casa não tinha chão

Ninguém podia dormir na rede
Porque na casa não tinha parede

Ninguém podia fazer pipi
Porque penico não tinha ali

Mas era feita com muito esmero
Na rua dos bobos, número zero"

Había sido saqueada días antes de que fuéramos a buscarla: sólo quedó la estructura. Varios avispones estaban comenzando a hacer sus camoatís en algunos rincones del techo y las arañas se paseaban como en domingo por dieciocho de julio. Una pátina de mugre cubría su interior; el piso agujereado, además de una inundación de excrementos de roedores.

El carromato tiene lugar para baño y cocina, un pequeño dormitorio con dos cuchetas y otro más grande

de cama doble, todo en estado de decadencia total. En el medio hay un espacio bastante grande donde sueño con instalarme algún día a escribir las novelas y los cuentos más hermosos del mundo.

Eso será cuando tenga puerta, ventanas y esté en condiciones de ser habitable. Y cuando aprenda a escribir de manera tan hermosa como sueño. También servirá para alojar, además de a nuestras amistades, a los familiares más queridos, a los nietos y sus papás.

¿Podrá ser trasladada en barco al Uruguay?

Entre adoquines y Santa Rita

Viví alrededor de veinte años en la calle 14 de julio, a media cuadra de Rivera. Muy cerca del zoológico. Hoy esa calle todavía está adoquinada, como antes estaba la Ciudad Vieja y tantos barrios del Montevideo antiguo.

Eso le da un aire muy hermoso a pesar de los baches y de un lugar, justo en el medio de la calzada, donde cada dos por tres se rompe un caño y el agua sale a torrentes. En verano, era la gran diversión de los gurises de la cuadra. Jugaban como si fuera un corso: se bañaban, hacían rezongar a las madres, que se quejaban de que la OSE no venía nunca y se desperdiciara agua, que les ensuciaban los pisos recién lavados, etcétera, etcétera. Pero en el fondo todos nos divertíamos.

El agua, es el agua. Tiene un no sé qué de atractivo.

Entre los adoquines y unos árboles añejos, tupidos de verdor, el barrio es muy acogedor, a pesar de que en algunas casas ya se usaban rejas en puertas y ventanas: es

ese miedo que todos tenemos a los robos, asaltos y otros delitos mayores que, según los informativos de la noche, parece que se multiplicaran día a día.

Una vez, nadie supo por qué, a la Intendencia se le ocurrió levantar todos los adoquines para hacer una calle de verdad, de hormigón armado. El vecindario estaba encantado. Íbamos a subir de categoría, a terminar con lo que consideraban algo viejo y feo, a entrar en la modernidad.

Empezaron a llegar cuadrillas de trabajadores que se dedicaron a sacar y sacar adoquines; de esos que dicen que hoy valen como veinte dólares cada uno. No sé si será verdad. Yo me quedé con dos. De recuerdo. Los tenía siempre en el balcón, como arma de autodefensa. No fui la única: la mayoría de los vecinos se llevaron adoquines. Capaz que para ponerlos abajo de una maceta o porque, en el fondo, esos adoquines tenían mucho para contar. Claro que nadie se los quedó pensando en hacer fortuna: demasiado pesados.

Casi en seguida, por otra resolución que tampoco nadie supo el motivo, empezaron a arrancar todos los árboles de la cuadra. Eso sí no cayó nada bien. Había árboles con troncos como de medio metro de diámetro o más, altos, de ramas largas, tupidas, onduladas. Árboles con la corteza con corazones flechados y palabras de amor; árboles que escondieron besos clandestinos en las nochecitas; árboles colonizados por gatos y perros. Árboles de

nuestro cotidiano andar.

En poco tiempo, la calle se llenó de ruidos; parecía un campo de guerra. Adoquines tirados por todos lados, baldosas rotas, veredas deshechas, plantas aplastadas, macetones partidos, ramas quebradas, troncos atravesados a la que te criaste. Los días de lluvia había que tratar de evitar los resbalones en el barro o en los charcos, para llegar a las casas.

Cuando arrancaron el árbol del frente de mi puerta, resolví poner en su lugar una Santa Rita (Buganvilla), al lado de un alto foco de luz. La tenía hacía tiempo en una maceta en la azotea y si bien no se secaba, no prendía. Me la había regalado mi hija. Yo la cuidaba mucho, pero ella se hacía la indiferente: no daba flores ni hojas. Me daba pena que estuviera como pasmada. Parecía muerta.

Todo el barrio me hizo augurios negativos: que los chiquilines te la van a romper, que los perros la van a matar con el orín, que la gente no cuida nada. Ante tanto alarmismo, decidí rodearla con unos palos y unos alambres y, confiada, hablé con los gurises del barrio para que no la rompieran con la pelota cuando jugaban al fútbol.

Mientras fue pequeña, nadie dijo nada. Pero al poco tiempo, la Santa Rita empezó a crecer a una velocidad increíble, dando gajos y más gajos: para arriba, para los costados, para todos lados. Y pequeños brotes de flores.

Entre tanto, aparecieron varios hombres que empezaron a colocar los adoquines ide nuevo en su lugar! Gran incógnita y semejante susto cuando se supo que aquellas personas eran presos. Presos comunes, valga la explicación. Ponían otra vez los adoquines, uno a uno. Cada tanto, los espolvoreaban con un poco de arena, para rellenar los intersticios vacíos. Trabajo de preso mismo.

Casi pegado a casa vivía Mirta. Era una de esas vecinas que no se perdía ni una. Tenía un lavadero y se conocía a todo el mundo. Manuela (una viejita muy simpática) y otros vecinos, los días de sol, se sentaban en rueda frente al kiosco de la cuadra.

Un día, Mirta se les acercó y empezó a fichar a los presos. Señalando a uno de ellos con disimulo, dijo: “Ese estuvo preso por violación. Tengan ojo”.

El auditorio fue, poco a poco, volviéndose hacia el criminal. Javier, otro vecino, en tono de broma baja, le dijo: “Pero Mirta, si usted desde que apareció esta gente deja la puerta abierta”.

A nadie le gustó el chiste; no hubo risas y todos siguieron cuchicheando sobre la barbaridad que estábamos viviendo, haciéndose los distraídos.

Desde ese día, Mirta le cortó la palabra a Javier. En realidad, ya no se lo aguantaba desde antes; él siempre le tomaba el pelo o la ignoraba.

Pero ella no paró con las noticias. Otro día, dijo: “Aquél que está allá, no trabaja nunca; hace que trabaja. Parece que está preso por asalto a mano armada”. Así, con sus cuentos cada vez más suculentos, la alarma iba en aumento. Igual que la Santa Rita, que estaba cada vez más fuerte. Ya tenía unas espinas enormes.

Un día Manuela me tocó timbre y me dijo:

–“Nena, tenés que cortar esa Santa Rita. Fijate vos, es un peligro! Un hombre se puede esconder ahí atrás y sin que nos demos cuenta, meterse a robarnos. Es un peligro”.

Tenía cara de preocupada. Ella vivía sola con su perrito pequinés, que de tanto mimo, ya ni ladraba.

–Manuela– le dije –“¿A quién se le va a ocurrir esconderse ahí, con ese semejante foco de luz que alumbrá todo?”.

No me hizo caso así que, ante su insistencia, compré una tijera de podar y un poco de piola. La corté, pero no mucho. Me encantaba. Ya estaba empezando a dar flores más grandes. Subida a una escalera, una parte la dirigí hacia la columna de la luz. Otra, empecé a levantarla hacia nuestro balcón, sin que las ramas se desparramaran por la vereda. Soñaba con tener flores en el balcón.

A todo esto, el tema de los presos fue tema de con-

versación permanente en el vecindario: “¿A esos delincuentes mandarlos acá? Deberían dejarlos morir en la cárcel”. “Pensar que han hecho cualquier tipo de barbaridad y nosotros somos los que les pagamos casa y comida en la cárcel. Viven como unos reyes y uno se está reventando el lomo trabajando todos los días. ¿Y ahora los traen acá?”. “Tendrían que matarlos a todos, qué nos vienen con cuentos”.

Las charlas sobre los adoquines también abundaban: que no los saben poner, que los ponen torcidos, que la calle va a quedar hecha una porquería; que los presos son unos vagonetas, que con tal de no volver a la cárcel ponen un adoquín cada media hora. Alguien dijo, con aire suspicaz: “Con esto alguien se está haciendo un buen negocio, a mí que no me jodan.”

Fue pasando el tiempo. Llegó diciembre, con ese calorcito tan agradable. Y de pronto la relación con los trabajadores cambió. Los presos, poco a poco, empezaron a pedir agua. La Mirta, que tanto los había criticado, a veces les llevaba una jarra de jugolín con hielo. Era frecuente verlos de palique con los vecinos, de lo más tranquilos. Algunos, hasta empezaron a dejarlos entrar al baño.

El treinta y uno de diciembre, ese día tan particular, bajo un calor que rajaba la tierra, al mediodía pararon de trabajar, como todo el mundo. Se los vio muy contentos, brindando con vinos espumantes, sidra y otras bebidas con algunos vecinos. Hasta que el camión que los

llevaba y los traía todos los días los vino a buscar. Se fueron cantando a voz en cuello; un dechado de sonrisas y saludos. Sospecho que entre presos y vecinos, todos terminaron algo achispados.

Finalmente, la calle quedó terminada. Durante el tiempo que llevó la tarea, larguísimo, no hubo delitos en el barrio.

Fue Manuela la que, ya sin otro tema, empezó otra vez con su cantinela:

–"Nena, mirá que por acá todos los días pasa un ciego y un día se va a lastimar. Cortá un poco más esa Santa Rita-. Me lo dijo con un tono algo imperativo y cara seria, cosa que no era muy propio de ella, que era pura ternura".

Volví a sacar la escalera y la podadora. Otra vez me puse a cortar. Juro que me daba pena. Y dolor. Las espinas me lastimaron todos los brazos. En esas estaba, completamente imbuida en la tarea, cuando siento un leve golpe en la escalera. ¿Quién iba a ser? El ciego.

Desde arriba, no me di bien cuenta de lo que había pasado. Bajé enseguida y lo vi. Caminaba tambaleante, con su bastón blanco. Se apoyó en la ventana de la vecina de abajo. Maldecía a dios y a todos los santos. La verdad, me asusté y sin decir nada (para que no me identificara), lo ayudé a seguir su camino. En realidad, no había pasado

nada grave. Pero a mí me parecía que me miraba con odio. Manuela, que al principio estaba contenta viendo el destrozo que yo hacía, a lo que vio al ciego trastabillar, volvió a la carga:

—”Yo te dije, nena; mirá si se pincha un ojo. Cortala, cortá toda esa planta. Mirá si el hombre se lastima”-.

Ni que hablar que en todo el barrio, la anécdota que corrió fue que mi Santa Rita le había arrancado un ojo al ciego.

En enero me fui de vacaciones. Cuando volví encontré la Santa Rita absoluta y totalmente tronchada. Ni una rama quedó. Esos vecinos de mala madre, de seguro, se pusieron de acuerdo para sacarla. Nunca supe quién fue, a pesar de que fui preguntando, casa por casa. Y no digo llorando, porque la rabia era más fuerte: una verdadera maldad.

Nadie sabía nada, claro.

Lo sentí como una injuria personal. Pasó un tiempo en que casi no saludaba a nadie. Hasta que, como tantas cosas en la vida, me olvidé.

Dinges y Wilson

Hace un par de años, estando en el campo de los alrededores del pueblo de Calcata, a cuarenta y cinco kilómetros de Roma, recibí desde Montevideo un mensaje de una amiga con la que nos conocemos desde los tiempos de hierro. Me sorprendió. No es una mujer dada a la escritura de cartas. Pero supuse que viniendo de ella el motivo debería ser importante. En pocas palabras me propuso que tomara contacto con el periodista norteamericano, John Dinges, en esos momentos un desconocido para mí.

No dudé en comunicarme con él. Hablaba y escribía muy bien el castellano. De inmediato me respondió, diciendo que había llegado a sus manos un documento desclasificado de la CIA referido al Plan Cóndor. Me hizo algunas preguntas acerca del período en que mi familia y yo estuvimos exiliados en París.

Le pasé un par de fechas y le pregunté si podría enviarme una foto de las páginas donde se nos mencionaba. No dudó en hacerlo. Eran solo dos.

Las estudié, renglón por renglón, palabra por palabra. No pasé por alto ni un punto ni una coma y vía gmail, paso a paso, le fui enviando lo que me sugería su lectura, mientras fumaba como un turco tratando de aventar los recuerdos. Muchas veces sentía que, otra vez, estaba en aquel París en el que vivimos hace cuarenta y cuatro años.

Porque en el árido texto estaban escritas las calles de los inmensos portones de madera de la entrada de los edificios donde habíamos vivido. Entonces me daba la impresión de que los estaba atravesando; de que subía las escaleras comiendo una “tarte aux pommes”, cuando volvía de limpiarle la casa a unas japonesas que, apenas yo llegaba, se iban sin mirarme. Dejaban todo tirado y sucio, salvo los francos que me pagaban por hora.

Cerrando los ojos, a veces veía a Hugo, mi compañero y padre de nuestra hija, con su gorra y aquél sobre todo azul que habíamos encontrado, casi nuevo, tirado a la basura, en la Rue des Roses. O a nuestra hija Sofía empezando a caminar. Inolvidable el color de su piel, su pelito pirincho, sus primeros balbuceos.

Hasta que volvía al documento y me enfriaba de nuevo. Así percibí que, si bien el nombre de las calles estaba bien escrito, faltaba el número de piso y de los apartamentos de nuestras viviendas parisinas. Además las fechas de nuestra estadía en ellas, todas, estaban equivocadas.

Lo insólito fue que, antes de llevar a cabo sus planes, los cóndores habían escrito que alguien nos había informado ¡justo a nosotros! de su presencia en territorio francés. Y que por ese motivo nos habíamos mudado de domicilio, cosa que no tenía nada que ver con la realidad. Me dio la impresión de que fue un pretexto para justificar el fracaso del operativo ante sus mandos. No lo sé.

Los escasos párrafos verdaderos fueron los referidos a un vuelo que habían realizado integrantes del Plan Cóndor, desde Uruguay a Francia, con el intento de asesinar al Hugo y a Wilson Ferreira Aldunate en París. Wilson y su esposa estaban refugiados en Londres luego de huir de Argentina cuando Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz, Rosario Barredo y Wiliam Whitelaw aparecieron asesinados en Buenos Aires. Hugo, recién había salido del Penal de Sierra Chica (Olavarría, Argentina).

Wilson muchas veces pasaba por París. Compartía con nosotros los horrores de los testimonios que iban llegando desde el Río de la Plata. Estoy casi segura de que junto con él escuchamos, grabamos e imprimimos el extenso relato del viejo Rodríguez Larreta, quien por azar, en 1976 había podido salir de Automotores Orletti hacia Europa. Sus palabras escritas se extendieron por más de treinta y dos países donde vivían chilenos, argentinos y uruguayos desterrados.

En algún momento, con Hugo conversamos sobre la situación de Wilson en aquellos tiempos. A diferencia

de los militantes comunistas o socialistas, él no tenía una internacional que lo apoyara. Lo que nos unió fue que, como muchos de nosotros, odiaba el despotismo. Y en eso, éramos intransigentes.

Un vez pasó por nuestro apartamento en Porte de la Chapelle con su esposa para que los acercáramos hasta el aeropuerto Charles de Gaulle. Ese día la conversación fue relajada. Y entre otras cosas, nos contó que le gustaba coleccionar ceniceros. Entonces le regalé uno que me había robado de un café de París. Limpito, sin cenizas ni puchos apagados. Los dos rieron, simpáticos y lo guardaron, a pesar de que el intempestivo regalo era un poco mamarrachiento.

Era muy cómico su entusiasmo cuando alguien mencionaba al Goyo Alvarez. Él interrumpía y, levantando el brazo derecho, decía, enfático: “Alvarez Armelino”.

¡Bien sabía quien era el Goyo!

Tal vez los cóndores militares, mientras permanecieron en París, desestimaron los controles de sus víctimas que, sin estar en la clandestinidad, viajaban varias veces y circulaban, sin saberlo, por la ciudad luz.

Por suerte, sus planes fracasaron con total éxito.

Parecía tan fácil...

Pasé unos días en Mantes la Ville, donde vive mi pequeña familia franco uruguaya. Hasta que llegó el día de volver a Italia, a Calcata, ciudad etrusca donde mi compañero tiene una casa. Construída por él, allí vivió cerca de treinta años.

Para llegar al aeropuerto, hay que tomar un tren que sale de la estación de Mantes la Ville hasta París.

Mathias, mi nieto, iba a acompañarme en ese corto viaje. En París me esperaría mi hija, Sofía, para luego ir juntas hasta el aeropuerto, dirección Roma.

Fuimos hasta la estación con una pequeña valija rodante y un bolso de tela bastante grande. Él, como un duque, tratando de no adelantarse, llevaba la valija. La abuela, más lenta, el bolso.

Subimos por una escalera mecánica. Al llegar a un puente bastante largo, construído sobre las vías, Mathias se detiene y me dice:

-No traje mi tarjeta de tren.

No te preocupes - le digo. - Compramos los tickets en la estación.

Caminamos unos pasos más y agrega:

- No sé cuál es el tren que hay que tomar.

Mi cabeza me dice: “¿Cómo? A este chiquilín lo mato”. Pero le digo:

-Preguntamos. Dale, vamos.

Me mira sin saber qué hacer. Con el inolvidable celular en la mano, llama a su madre. Yo sigo caminando, esta vez adelantada. Tomé la valija y me apuré. Pasa gente de un lado para otro (negros, blancos, trenzas, rulos, champions; todos los colores). Casi van corriendo. De repente, me detengo para ver dónde quedó mi caballero. No lo veo. Me asusto. Mucho. En un instante, me toca el brazo con cara de “acá estoy”. Seguimos juntos cruzando el puente.

Llegamos a la ventanilla donde venden tickets: cerrada. Me mira consternado. Entra en funciones su celular, mientras me dirijo hacia la última escalera mecánica de la estación. Sabe que tiene que seguirme. Y lo hace, hasta llegar al andén.

Un tren se acerca, lento, por una de las vías. Alguien confirma que es el correcto. Antes de que se abran las puertas, me dice: “Abuela, si subís sin tickets te van a meter una multa como de 500 euros. ¡O más!”

Se abren las dos puertas. Subo y le digo:

-Vení Mathias, si aparece el guarda le explico que en la ventanilla no había nadie.

No me hace caso. El celular en la oreja retrasmite las órdenes de su mamá, con mucha calma:

- Hay un tren que sale más tarde. Voy hasta casa a buscar el ticket y vuelvo. Bajate.

- No Mathias, vení conmigo.

No se mueve, abrazado a aquella voz que no oigo.

- Te van a multar. Bajate, abuela - repite.

El tren se va llenando de gente hasta que el chasquido de las puertas que se cierran interrumpe el tenso diálogo. Nos miramos a través de los sucios cristales, en una inopinada despedida.

El tren rueda, veloz. Trato de sentarme. En uno de los asientos cercanos un afrodescendiente, con delicadeza, abre un paquete con su alimento matinal. Me olvido del posible control de tickets. No pasó ningún guarda. Cuan-

do la velocidad se enlentece, observo los muros plagados de grafitis, tan anónimos como sugerentes.

Y me preparo para encontrarme con Sofía. Su cara, para mí siempre de pajarito, refleja una de sus más bellas sonrisas.

Felipe Michelini

El aeropuerto de Carrasco estaba repleto de gente. Algunas con carros y valijas haciendo fila para presentar documentos, otras para despedirlos; algunos chiquilines corriendo de un lado para otro.

El vuelo tenía como destino París.

La situación era casi la misma que antecede a la mayoría de los viajes aéreos. El avión que esperaba a los pasajeros era gigantesco, moderno y muy bien pintado. Las azafatas vestidas y calzadas como para un desfile de moda, en la puerta de entrada. Los viajeros tratando de ubicarse en sus respectivos lugares, evitando molestias. Pilotos en la cabina, puertas cerradas, cinturones puestos, el estruendo del avión recorrió la pista. Silencio. Todo perfecto.

Se preveía que el vuelo hiciera escala en San Pablo. Al llegar allí, el moderno aparato no funcionó más. Algo se había roto. Hubo que bajar y esperar. Dando vueltas y más vueltas, vi a Felipe Michelini. Nos reconocimos. In-

tercambiamos saludos cariñosos.

Vení conmigo- me dijo -, vamos hasta la sala vip.

Tratando de no atropellar a nadie, fuimos hasta allí. Al poco rato, nos hicieron bajar hacia un espacio cercano a una de las puertas del aeropuerto; a esperar que apareciera un nuevo avión. Los pasajeros, cansados, disgustados, empezaron a sentarse en el piso, con sus mochilas y bolsos de mano.

Al fin, se pudo volver a embarcar, soñando con que el nuevo vehículo aéreo no se hundiera en el Océano Atlántico. Esta vez, se subió en desorden. Cada uno se acomodaba donde se le ocurría, en cualquier asiento. A mí me tocó en primera clase, al lado de un joven que, durante el viaje, me contó que era guitarrista.

Al llegar a París, Felipe se me acercó, amable. Me dijo que lo acompañara. Acepté de inmediato su invitación, con el joven pegado a mí. Casi nos habíamos vuelto amigos íntimos durante el viaje.

El cónsul uruguayo, lo esperaba. Los tres subimos a su auto. Primero dejó al joven guitarrista. Luego arrancamos hacia la casa de mi hija, Sofía. A pesar de que por la ciudad había muy poco tránsito, parecía que no llegábamos nunca.

Ese año, ella vivía al sur de Place d'Italie, en el ba-

rrio llamado Villejuif, ubicado a unos ocho kilómetros del centro de la capital francesa.

Hasta allí fuimos; Felipe distraendo al cónsul, que parecía estar bastante molesto.

Era noche en París.

Felipe me despidió con un abrazo de sol.

Fue la última vez que nos vimos.

Ya vuelvo

Un día coronado

En el fondo de casa, sobre una pequeña mesa que se tambalea y a la luz de una tenue lamparilla, escribo a mano.

El cielo se anuncia diáfano. Apenas oigo algunos ruidos. Da la impresión de que pasaran camiones; a veces una frenada fuerte. Luego, algo similar al sonido de las olas. O nada. Silencio absoluto. En algún momento, insistente, una moto circula sin silenciador. A esta hora no despiertan a nadie. La ciudad duerme.

A veces mis ojos parecen los de una mosca. Agrandados, giran de un lado a otro. Comienza a aclarar. Aún no han apagado las luces que alumbran los balcones de los edificios construídos a pocos metros del arroyo Malvín. Son tan altos y están tan pegados que parece que viviéramos en Nueva York. Para tratar de no verlos, ni de día ni de noche, dejamos sin cortar las ramas de los tres gigantescos árboles que crecieron en la parte de atrás del terreno, a unos quince metros. Pero no hay caso, igual se ven.

El viento agita las hojas de unas alegrías. Quizás esconden un dolor que quisiera huir. Y las de una solitaria higuera. También las de las cañas del terreno de al lado. Algunas ya están rodeadas de flores violetas. Esas que crecen sin que nadie les preste atención. Se les llama “campanitas”. El gato que siempre anda por el techo de chapa me tiene miedo. Salió disparando apenas sintió mis pasos. Por lo menos a esta hora no bajará. Lo conozco muy bien. Es un gato raro. Cuando caga en la tierra no cubre la mierda, como lo hacen todos los de su especie. La deja al aire libre. La verdad, es muy extraño. ¿O estará aburrido?

El árbol de nísperos está empezando a dar flores. Si fuera de día, alguna abeja cualquiera andaría por allí revoloteando. Unos pajaritos cantan, haciéndoles compañía. El cielo se cubrió de nubes y empezó a garuar. Es muy agradable oír las gotas que caen, dulces. Pero empezó el frío. Es hora de entrar a la casa. Subo la escalera y, de paso, vació la oxidada lata de atún que uso de cenicero. Antes de llegar a la puerta hay que pasar por un corredor que apretuja este viento otoñal. En verano, al atravesarlo, nos calcina.

Ya adentro, el horno entibió el ambiente y la cocina huele al pan casero que preparó el hombre de la casa. Se llama César, Cesare. Es italo-argentino, con motas uruguayas. De pura casualidad no es también belga: vivió varios años en Bruselas. Al finalizar su trabajo culinario, se enchufa en el celular, sentado en el sillón de hamaca que era de mi madre. No me sorprende. Tiene una aplicación

con la que se conecta con media humanidad, dice. Se siente frustrado. Nunca, hasta el día de hoy, me había dicho algo así. No se explicó, pero lo entiendo. Este año no va a poder viajar a Italia, donde vive su único hijo. Además, allá está por empezar el verano. No agrego más palabras por ahora. Sobran.

Me acerco a la puerta de la heladera de nuestra vivienda. Allí pegamos, hace una eternidad, un mapa mundial, es decir, un mapamundi. Pienso que hay que cambiarlo. El papel se está rompiendo. Además, no nos ha sido de gran utilidad. Está cubierto de fotos, postales, pegotines que empiezo a tratar de tirar a la basura. ¡Qué dilema! La postal con la típica cara de Carlos Gardel, con el gacho y su dulce sonrisa, no la puedo tirar. Justo cubre toda la China, la India, Rusia y sus alrededores. Está sostenida por un pegotín que, además, también tapa parte del Océano Pacífico.

Las fotos familiares, sobre una diminuta Europa, tampoco puedo tirarlas. ¡Me dolería el alma! Ahí está mi “petite” familia franco-uruguaya. No son muchas. ¡Todas tienen una historia!

Más abajo he acumulado varias propagandas de pizzerías, farmacias, cerrajerías y hasta una empresa de control de plagas domésticas. Despego sólo dos. Las demás, pienso que tal vez un día pueda necesitarlas. ¿Un día? ¿Qué día?

La incertidumbre da un salto hacia la muerte. ¿Qué muerte? La que hoy, justo hoy, sin urgencia alguna, me encantaría tirar a la basura.

Miro la hora. El reloj se paró. Pero, ¿a quién le importa el tiempo cuando no hay tiempo?

Preguntas vanas ante la única que hoy es valedera en el planeta tierra: ¿cómo se detiene a este monarca tan cruel y siniestro que nos amenaza?

Tengo miedo, mucho miedo de que a mí tampoco me importe, como no le importa a las hojas de las cañas ni a la áspera higuera.

Año 2020

Esta noche no se oye ruido alguno. Apenas unas voces lejanas, de hombres y mujeres. Unas más agudas, otras más graves. No son voces de fiesta sino de conversaciones, con palabras muy bien articuladas. Debe ser gente que sufre insomnio. A veces suena una corta carcajada.

Algunos vecinos me han dicho, hace unos días, que hay quienes se pelean desde diferentes pisos, gritando frases groseras: “¡Apagá la luz, M&\$#!” o “¿No se dan cuenta que esa chiquilina llora a gritos? ¡Hagan que se calle”! Me cuesta creerlo pero ¿por qué mentirían? Pienso si no se estará juntando mucha rabia con la cuarentena. A mí ya me está ocurriendo mientras escribo: la tambaleante mesa, hoy me da rabia, por ejemplo. Por suerte, poner una planchita de hierro debajo de una de las patas me tranquilizó: quedó inmóvil.

La ventolera de ayer ensució las enormes piedras del piso con ramas y hojas secas. Me salta un gen de mujer dominada, paro de escribir, agarro la escoba y las barro.

Moverse dicen que hace mucho bien. Hace años que se dice eso, no sólo ahora. Se me va un poco el frío. De la parra cayeron unas cuantas uvas casi secas. Las junto y las tiro para el terreno de al lado. Total, ahí no vive nadie. Vaya Dios a saber si no tienen ese virus.

Una extraña y helada sensatez me activa una irrefrenable necesidad de entrar para casa otra vez. Sigo trabajando en la cocina.

Hoy el reloj funciona. Le pusimos pilas nuevas. Marca las tres y cuarenta y cinco minutos. Cinco minutos en punto de la madrugada. El segundero gira y gira, impertérrito.

El hombre de la casa duerme, a pesar de que el gotero con aceite de cannabis que atrae su sueño, se le perdió. Ya estaba casi vacío, me parece. Pero no le dije nada para no pelearnos. El italo-argentino es bravo en los enojos. O se hace la víctima, cosa que me sulfura.

Uno de estos días estuvimos acordándonos de cuando recién llegamos de Italia a vivir a Montevideo, a esta misma casa, hoy cuarentenada. Él se despertaba de mañana antes que yo. Un día, cuando me levanté, me di cuenta que estaba escuchando un programa en la radio que se llamaba “la hora bolchevique”. Yo no lo podía creer. Era como si estuviera hablando Stalin. Además, cuando empezó nuestro enamoramiento, me había dicho que se había ido de Buenos Aires por culpa de Isabel Perón y su

amigo López Rega.

Pensé en qué asociación de ideas habría hecho entre esa realidad que le tocó vivir y aquél programa. Casi me muero de risa. Imaginé que recién estaba conociendo las radios uruguayas o, a lo mejor, la tal “hora bolchevique” sólo transmitía de madrugada. Nunca lo supe. Por suerte después entró a otras emisoras, sobre todo musicales. Creo que lo ayudó a no extrañar tanto Italia, donde vivió casi treinta años, país al que este invierno parecería que no puede ir, que es su mayor deseo.

¿Qué vamos a hacer? No sabemos.

Los días de hoy parecen domingos, como soñaba Thiago de Melo. O primero de enero. Nada por aquí, nada por allá; nada por el más allá. ¿Estaremos volviendo a “aquellas pequeñas cosas, que nos dejó un tiempo de rosas”? ¿O a un tiempo que nos puede transformar en personas narcisistas y obsesivas? ¿O a una especie de medioevo con señores feudales que no se ven porque permanecen escondidos en sus castillos?

Este tipo de preguntas me hacía ayer, viernes de noche, cuando fuimos a la mutualista a retirar remedios. Por suerte estaba vacía. Propuse dar una vuelta, en el auto, por Dieciocho de julio. ¿Por qué no? Tiempo había. Él me dijo que a mí se me ocurre salir a pasear cuando no se puede. Pero no le disgustó. Creo que lo que pasa es que el coronavirus a mí me despierta el espíritu de contradic-

ción. En el centro no había un alma. Ni un boliche abierto. No lo dije, pero me vinieron unas ganas locas de tomar un café.

Hace años que no íbamos por ahí. Verlo así, fue impactante. César manejaba parlotando mientras yo miraba por la ventanilla. Los comercios sin marquesinas también cerraron, sin luces ni gentes por las veredas. La estatua de la Plaza Libertad parecía un árbol de Navidad, con muy prolijas guirnaldas de lucecitas de colores encendidas. Desde allí hasta la Plaza Independencia, el mismo tipo de luces. No sé si tantos adornos quedaron allí desde Carnaval o los pusieron en homenaje a la Semana Santa. Con pasmosa lentitud circulaban dos patrulleros a dos cuadras de distancia entre sí.

Volvimos por Dieciocho hasta Bulevar Artigas. Seguimos hasta la placita Varela y doblamos para llegar a Ada. Brasil, dirección Pocitos. Créase o no, por ahí nos perdimos. Mi compañero de amores y dolores, enlenteciendo la velocidad, me dijo: “Estamos en el Ombú”. Miré mejor y le dije, dubitativa: “Me parece que estamos en la rambla”. Estaba oscuro en los alrededores. Fue una confusión muy interesante. Porque “il Cesare” es de esos hombres que se ubica de una manera asombrosa, perfecta y pluscuamperfecta. En cambio, de mi parte más bien me pierdo con pasmosa frecuencia.

Me alegró darnos cuenta, de pronto, de que nos habíamos acercado a la rambla. A él circular por allí, le

encanta. Aumenta la velocidad, atento, como si estuviera jugando una carrera de autos, aunque casi no había autos. Le acaricio la rodilla con cariño. Se detiene en la panadería del barrio: cerrada. Seguimos unas cuadras más hasta casa, sin ruido alguno.

Juro y perjuro, con palabras graves o agudas, que sobre este tema y sobre estos días, no voy a escribir ni una sola palabra más.

Ya vuelvo

¡Cuántas cosas!

Parece que hubiera pasado un siglo. Muchas palabras whatsaperas. Imaginables e inimaginables. Circulan algunas fotos actuales, otras antiquísimas; música; recetas de cocina, chistes, poesías, pensamientos inesperados, conocidos y desconocidos; modernos, postmodernos, revolucionarios, filosóficos. Es como si el mundo empezara a chisporrotear.

Casi todos los días he respondido, como en un breviario, a las personas que me han escrito y que quiero. Dos por tres, sin darme cuenta, ilo hago en portugués! He notado que se entiende. Así que ya ni corrijo. No me sale ni un “che”, ni un simple “no te preocupés”. Además, la verdad, con tan variados interlocutores, parece que me estuviera convirtiendo en ministro de relaciones exteriores, rol que nao gosto, nao. Non me piace, per niente.

Parece que ese tipo de trabajo es agotador. Así que no.

Hoy tomé una decisión: me alejo un poco de todo

eso. Respeto, escrupulosa, algunos horarios: uno, charlar un poco con mi hija. Me alegra el día. Otro, el tiempo de trabajar. Luego, descansar. Lo demás, vendrá por añadidura.

Oigo el timbre y salgo. Es Mario. Llegó en su moto, con varias paltas en una bolsa. Aún no están maduras. Dijo que se cayeron con el temporal de días atrás. ¡Qué regalo! Mario es, para nosotros, como un dios. Fue el que nos ayudó a arreglar y pintar la casa en la que vivimos hace unos trece años. Lo queremos muchísimo.

Charleteamos, alejados. Ni bien llegó dijo, sonriente: “Soy negativo”. Carcajadas. Nos contó alguna cosa sobre la vida de Alejandro, un muchacho que a veces trabajaba con él para ganarse unos pesos; los dos en negro. Alejandro era y es no vidente, por culpa de unas cataratas. Parece que había varias personas con ese problema en su familia. Ninguno se operó con los médicos cubanos. Un día, cuando estaba a punto de ser intervenido, se levantó y se rajó de la sala. ¡Asunto serio ese Alejandro!

Cuando Mario se marchó, paró en la puerta Miguel. Fue vecino nuestro hasta que una pareja de uruguayos que regresó de Australia le compró la casa, con plata que habían ahorrado allá. Él trabajaba como obrero de la construcción; ella como empleada doméstica.

Miguel vino en auto, con su mujer. Pasaron a saludar, nomás. Ella, no sé cómo decirlo, es bastante rarita. La

verdad es que ihe conocido personas tan raras! Algunas tienen una manera de imponerse con una ridícula superioridad. Solo ellas se la creen. El resto de los mortales parece que fuéramos los fundadores de la idiotez. ¡Qué se yo! Siempre hay cardos a la vera de los caminos.

Apenas se fueron, ya estando en casa, entró Ricardo Darín. Una amiga lo notó extraño también. Otra le contestó que lo que pasa es que está mayor. Estos comentarios, quizás baladíes, me hicieron pensar en la diferencia entre mirarse por el espejo y pensarse para adentro.

Cuando uno se mira al espejo, a veces da ganas de no verse. Pero si se mira para adentro, parece que tuviera veinte años. Haga clic en lo que prefiera. Si elige espejo, más vale que sea opaco. Si elige mirarse para adentro, trate de no mentirse. Tiene infinidad de opciones. Hoy elegí verme para adentro. Con esto del corona, no es cuestión de andar afuera.

Me veo jugando de tardecita a la escondida, con toda la gurisada de los alrededores, niñas y varones. O tratando de ganar una carrera de bicicletas. O juntando bichitos de luz.

Escondida, bicicletas, bichitos de luz; tropezones, agachadas, paradas, gritos, llantos, sudores, barro. Todo, en la enorme plaza de la ciudad. Para nosotros, era la liberación. Los monumentos que allí están hasta hoy, eran

juguets. Y eso que uno de ellos homenaja a Cristóbal Colón. ¡Quién diría!

También me veo jugando a la ronda en el patio de la escuela, cantando, afinadas o desafinadas:

Sale el sol, sale el sol
En la esquina de mi casa.
Voy a ver, voy a ver,
La vereda solitaria.
Que salga la dama dama
Vestida de marinero,
Si no tiene dinero,
La pala de acero.

Pasé esta letra a un pequeño grupo de amigas. Lo recordaron muy bien y agregaron otro:

De la soledad se debe huir,
se debe huir.
Sólo con las amigas se debe jugar,
se debe jugar.

¡Pobre George Moustaki! Pensar que cantaba: “Je ne suis jamais seule, avec ma solitude”.

¿Cómo haría?

Vaya uno a saber.

Así son las cosas.

Doña Irene

Querida Sofía:

Cuando te conté, la última vez que nos vimos en tu casa, en Mantes la Ville, que estaba escribiendo cuentos, me dijiste muy entusiasmada: “Dale, dale, mamá, que yo hago que te publiquen acá en Francia”. Ese entusiasmo, que te volvió mi niña alocada con tanta ternura, me hizo pensar en cuántas cosas no te he contado.

Las dos sabemos que muchas de las que hemos vivido juntas, las sentimos de distinta manera. Y otras, vienen de la prehistoria, como vos decís. Entonces, hoy te mando una de la época de Neardental, en honor a nuestros orígenes vascos.

Tiene que ver con Doña Irene, tu bisabuela, una de las mujeres más encantadoras y cálidas que conocí en mi vida.

Era chiquitita, de pelo corto y blanco. Usaba unos lentecitos redondos casi sin montura y, aunque no se pue-

da creer, ya por los años setenta, andaba de champions. Quizás recuerdes una foto de ella, que siempre tuvimos en la casa de la calle Botucatú, mientras vivimos en Sao Paulo.

Estando yo en Montevideo, antes del golpe de Estado, me guardó en su minúsculo apartamento de la calle San Martín y Fomento durante un buen período. En esa época, yo estaba semiclandestina. Aunque no lo creas, era más chico que el tuyo de Rue de la Comune, en el que viviste en París, cuando estabas embarazada de Irina. En la habitación de ella, sin ventana, no cabía una cama de dos plazas. El baño no tenía una de esas bañeras que a vos tanto te gustan. Había solo un duchero que funcionaba con alcohol. Tenía la alcuza a mano, pero no la usaba nunca. Doña Irene se bañaba con agua fría, invierno y verano.

Por entonces, después de las ocho de la noche tratábamos de no andar por la calle. A esa hora, se transmitían los comunicados de las Fuerzas Conjuntas, requiriendo las personas que los milicos consideraban subversivas. Así que yo me guardaba en el apartamento con Doña Irene. Siempre me esperaba. Cenábamos juntas y nunca jamás me dejó dormir en un silloncito pequeño que tenía en su habitación. No hubo caso. Siempre me hacía dormir en su cama. Y así descansábamos todas las noches, después de unas lindas charlas.

Doña Irene era la mamá de tu abuela Irma y de tus tías la Chola e Irene. Vivió durante bastante tiempo casada

con don Julián, tu bisabuelo, un comunista acérrimo y hombre bastante rígido. Hasta que un día, por unos amores que la dejaron embarazada, tuvo otro hijo: el Coco.

Era la oveja negra de la familia. No recuerdo haberlo visto nunca en casa de tu abuela Irma ni de tus tías. Pero ella sí lo recibía a veces los fines de semana en la calle San Martín, como a un duque. A veces le preparaba una inmensa olla de licor de huevo, además del almuerzo, por supuesto.

Un día en todos lados salió la noticia de que Jacqueline Kennedy se había casado con el multimillonario griego Onasis. Esa noche, cuando llegué al apartamento, con una cara de disgusto, Doña Irene me dijo:

-Mariquita, ise nos emputeció la Jackeline!

¡Ella! ¡Que nunca decía malas palabras! Además, estaba verdaderamente disgustada. Esa expresión, pasan los años y no la olvido nunca. Es como si aún la viera, con sus lentes y su cara toda arrugadita.

Nos separamos cuando me fui a vivir a Buenos Aires. Tuve el placer de tenerla conmigo unos días. Cuando a tu padre lo sacaron del Penal de Sierra Chica, en Argentina, como toda la familia, fue a despedirlo al Aeropuerto de Ezeiza.

Hubo que ir dos veces al Aeropuerto. La primera

vez no apareció. Volvieron todos muertos de miedo, sin saber qué había ocurrido. Yo no había ido; el lugar podía estar demasiado vigilado. Tu abuela Irma tuvo que hacer de tripas corazón e ir a la Policía Federal a averiguar qué había pasado. Le dijeron, sin importarles un comino, que el pasaporte no estaba pronto. Dieron otra fecha para el viaje. Ahí si los acompañé, desde lejos y ¡al fin!, lo vimos partir.

Como te imaginarás, su salida nos dio a todos una inmensa felicidad. Los festejos los empezó tu abuela Irma, en su habitación, en un Hotel en la calle Rivadavia. Nos había hecho llorar de la risa cuando, alzando una copa de vino, se puso a cantar el himno de los comunistas italianos: “Bandiera rosa a che triomphera... que viva la anarquía e la liberta”.

Esa noche hicimos una cena bacanal en un bolichón de Buenos Aires. Doña Irene encabezaba la mesa. Y, ¿qué se le dio por hacer? Pedirme un pucho, prenderlo y hacerse la vampiresa, largando humo a raudales. ¡Cosa de no creer! ¿Te la imaginás?

Fue el mejor festejo después de tanto tiempo de dolor.

Terminando por acá, te cuento que cuando tenía 93 años, la tuvieron presa con la tía Chola y su marido Acuña. Entre los tres, sumaban más de doscientos años.

Bueno, mi querida, te dejo por acá. Recibí hoy de mañana el cuento de las bicicletas. Me encantó tu agregado. Muchos besos a mis nietos y también a ti y a Jorge

Mamá

Ya vuelvo

ÍNDICE

Prólogo	5
Durazno en flor	9
Se equivocaba y hacia maravillas	41
Kurt Wilckens	51
Peripetias rioplatenses	57
Santa Cruz de la Sierra	139
¡Permiso!	145
Río	151
Anatole y Victoria	153
¿Viu, María?	163
Amigos del alma	169
Volver a durazno	173
Liber Arce	183

La bandera de los Treinta y Tres	185
Nos criamos juntos	189
Poesía desaparecida	195
Carrozona	197
Entre adoquines y Santa Rita	203
Dinges y Wilson	211
Parecía tan fácil... ..	215
Felipe Michelini	219
Un día coronado	223
Año 2020	227
¡Cuántas cosas!	233
Doña Irene	237



Con ella y su
compañero
viajaron hacia la
ciudad de Sao
Paulo (Brasil), tras
el sueño de
ayudar en la lucha
contra la
dictadura
oriental.

Su casa, en el
barrio Vila
Mariana, fue la
sede de su trabajo
como
corresponsal de
"El Día" de Méjico
y en el
Secretariado
Internacional de
Juristas por la
Amnistía en
Uruguay (SIJAU).

Volvió a su ciudad
natal y luego, otra
vez, a Montevideo
cuando finalizó la
dictadura.

Para Mariela
Salaberry, las
palabras escritas,
leídas y
escuchadas,
formaron parte de
su vida itinerante.
También fueron
motivo de la
mayoría de los
cuentos que se
publican en esta
edición.

"Estas crónicas y memorias tienen la propiedad de contar un camino personal y expresar a la vez, la trayectoria de una generación que centró su experiencia en luchar contra las injusticias sociales, sobre el entendido de que no hay modo de afirmar la vida propia sino es en solidaridad con los demás.

Las aventuras juveniles, el compromiso político, la persecución de la dictadura, la vida clandestina junto a Hugo Cores, quien fue su compañero por muchos años, los exilios en Buenos Aires, París, Brasil, la maternidad, las perplejidades del regreso y nuevas experiencias, despliegan un abanico de circunstancias en que se reconoce la historia colectiva bajo la mirada de una narradora desasida de formalidades, capaz de transmitir las muchas maneras en que se mezclan el miedo, el grotesco y la comedia, el dolor con el absurdo, la perseverancia y el azar."

Carlos María Domínguez



ISBN: 978-9915-9310-1-2



9 789915 931012